

Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco
División de ciencias sociales y humanidades
Departamento de sociología / Área de sociología política

Agustín Martínez Pacheco
Matrícula 202310916

Breve cartografía del estudio sobre la violencia

Asesor: Mtro. Raúl Rodríguez Guillén
Lectores: Mtro. Juan Mora Heredia
Dra. Norma Ilse Veloz Ávila

Enero de 2008

Introducción

La temática de la violencia es muy amplia y su abordaje puede hacerse desde diferentes ámbitos de estudio y diferentes posiciones respecto a ella, y ello es debido a que también el referente empírico al que se alude con este término tiene muchas variantes, pudiendo hablarse de violencia individual o colectiva, de violencia familiar, delictiva, revolucionaria, juvenil, o bien de violencia política, económica, social etc. Pero en todo caso podemos pensarla como una determinada forma de comportamiento y de acción entrelazada con otras instancias e interacciones sociales, que van desde las culturales, políticas, económicas, institucionales o puramente circunstanciales. Sin embargo, como forma de comportamiento y de acción, es frecuentemente concebible que rebase el ámbito puramente individual de las personas y afecte también a grupos, asociaciones y a instituciones, hasta llegar a instancias menos concretas e identificables. Así por ejemplo, se puede aludir a la existencia de una "violencia estructural" cuando es un determinado ordenamiento socio-político el que está implicado en la producción de la violencia. No es tanto, en este caso, de que sea esa estructura de ordenamiento quien lleve a cabo los actos violentos, sino que con ella se promueven los comportamientos violentos que afectarán a determinados grupos, asociaciones o individuos.

De esta manera, concebida como una forma de comportamiento y/o acción en relación siempre con otras instancias, podemos ver que cuando hablamos de violencia se tiene que hacer referencia a esas otras instancias, las cuales pueden ser referidas a los contextos sociales en las que se presenta, como cuando hablamos de violencia de guerra, violencia deportiva o callejera, o bien a los agentes involucrados en su producción, por ejemplo, violencia juvenil o violencia masculina, o también referida a un determinado ámbito social desde el que se

contemple que se da, como la violencia política o la económica. Sin embargo en muchos casos la división de estas instancias puede no estar totalmente marcada presentándose combinaciones, así, cuando aludimos por ejemplo a la violencia familiar hacemos referencia a que la violencia se da dentro de este contexto institucional y es desarrollada por uno o más miembros de la familia, y lo mismo puede ocurrir con otras formas de violencia, como la delictiva.

Concebida, sin embargo, en términos abstractos, sin atender prioritariamente a las instancias de referencia, podemos considerar que el estudio sobre la violencia se puede concentrar desde tres principales maneras: una sería la que atiende a los orígenes y las causas de la violencia; otra sería la que se preocupa por las formas que la violencia asume y las dinámicas propias que desarrolla, y la última se ocuparía principalmente de las consecuencias y efectos que el despliegue de la violencia genera. Atravesando estas tres maneras de abordar el estudio de la violencia se encontraría una preocupación valorativa tendiente a calificar dichos comportamientos violentos desde varias situaciones, como pueden ser algunas preocupaciones centradas en los agentes participantes en los hechos de la violencia, tanto de quienes los ejecutan y quienes los padecen, como de quienes se encuentran en el entorno, inmediato o mediato. O bien se califican desde situaciones valorativas y de creencias, sean estos valores y creencias políticas, morales, culturales y hasta religiosas. O, por último, considerando los contextos determinados en el que se producen los actos de violencia. Pero en cualquier caso estas valoraciones son susceptibles de realizarse tanto para las causas de la violencia, sus formas y dinámicas y, como punto más importante, sus consecuencias.

No pretendemos decir que estas maneras de abordar la violencia sean las únicas, ni que se encuentren siempre así delimitadas, al señalarlas simplemente buscamos establecer un marco general, abstracto, desde el que podamos ubicar el presente trabajo. Éste es un trabajo que si bien esta inscrito dentro de la temática de la violencia, su pretensión no es abordarla directamente, es decir, su objetivo no es la violencia, no se trata ni de estudiar a ésta de manera general, ni en alguna de sus particularidades. El objetivo es más modesto. Se trata tan sólo

de revisar y describir algunos particulares discursos que se han hecho sobre la violencia. Pero en cierto modo es también un tanto amplio, pues no se ubica en un solo ámbito de estudio, sino que utilizamos discursos de diferentes perspectivas, como la biología, la psicología, la política, la sociología y hasta la neurología. Sin embargo no pretende en modo alguno ser exhaustivo en cuanto a cada perspectiva, ni siquiera considerar que los autores utilizados dentro de cada una de ellas sean representativos. Simplemente se utilizan como muestras de lo que al respecto de la violencia podemos encontrar desde diferentes perspectivas de abordarla. Por tanto, se trata de ver un cuadro sobre formas particulares del estudio sobre la violencia, no tanto de la violencia en sí. Tampoco pretendemos hacer un análisis y crítica de dichos discursos en relación con la violencia, es decir, no partimos de algunas consideraciones que creamos más certeras sobre la violencia para criticar o ensalzar algunas otras posturas o, por otra parte, que a partir del análisis de estos discursos lleguemos a una comprensión y explicación más cabal y certera sobre la violencia. Nuestra intención es más bien vislumbrar líneas generales de cómo se le aborda y, en el transcurso, localizar elementos que consideremos se presentan importantes para su estudio, así como las relaciones que se puedan establecer entre ellos.

Ahora bien, retomando el marco general arriba comentado, aquí se ha optado por la primera manera del estudio sobre la violencia, es decir, la que atiende a los orígenes y las causas de ésta. Tomamos, por tanto, la centralidad causal para ordenar y clasificar los diferentes discursos revisados, y hasta nos sirvió para la selección de éstos. Sin embargo, la manera de proceder desde el principio no se vio marcada de esta forma. La idea primaria era que para entrar en la temática de la violencia convenía tener una visión un tanto general de lo que de ella se dice, cómo se dice y desde donde se dice, para ver si existían características de la violencia más o menos reconocidas por todos o éstas eran más bien propias de cada terreno de actuación de la violencia y de cada perspectiva que la abordaba. Posteriormente, después de algunos textos revisados, se fueron perfilando las preocupaciones del marco general de su

estudio, y surgió también la idea de concentrarse en las preocupaciones causales como el referente central que permitiera trabajar ciertos discursos.

Desde esta preocupación causal se pudo hacer un cuadro en el que se ubican, por un lado, estudios centrados en los individuos como el punto de partida para el despliegue de la violencia y, por otro lado, aquellos centrados en consideraciones sociales como dicho punto de partida. Para cada una de estas consideraciones, individuales y sociales, y siguiendo una idea del filósofo Goiburú López, se distinguen una posición ontológica y otra situacional para señalar las causas de la violencia. Que también lo podemos formular como las causas o motivos internos y las causas o desencadenantes contextuales que pueden ser destacados tanto para las consideraciones que se centran en los individuos, como para las que lo hacen en lo social. No pretendemos con esto afirmar que en el campo de la violencia exista una simetría clara y de perfecta equivalencia entre lo individual y lo social, que lo que acontece en un terreno acontezca de igual forma en el otro. Ésta es solo una forma de clasificar a grandes rasgos algunos de los factores que se adjudican como más importantes en el origen de la violencia. Así por ejemplo, se clasifican desde la ontología individual ideas que nos hablan de instintos y también de pulsiones, mientras que desde la ontología social otras que se refieren a ideologías, a estructuras simbólicas y a estructuras organizacionales. Y desde el campo situacional individual, se clasifican factores como el aprendizaje, la obediencia a una autoridad y la reacción a situaciones de frustración. Lo correspondiente en lo social sería: determinadas interrelaciones sociales, un contexto de guerra civil o el desequilibrio entre fines y medios prescritos socialmente y las estructuras de oportunidad restringidas para acceder a dichos fines.

Los dos primeros capítulos están basados en este cuadro clasificatorio. El primero despliega los discursos centrados en el individuo y el otro lo hace en los que se centran en lo social, con sus respectivos apartados para lo ontológico y lo situacional. Pero además en cada uno se ha concedido un apartado que maneja discursos que priman la interrelación entre los factores situacionales y ontológicos. El último de los capítulos es utilizado para hacer dialogar los diferentes discursos,

destacando ciertos elementos estrechamente relacionados con la violencia y algunos otros que, aunque se presenten en campos más amplios de relaciones sociales, ayudan a perfilar ciertas características que pueden adquirir los hechos de violencia, como son los elementos de razón o poder. También en este capítulo se intenta clarificar un tanto las características de este modo de comportamiento y acción al que nos referimos con el termino de violencia, así como el de agresión, estrechamente asociado al primero. Y vislumbramos de manera general cómo pueden ser utilizados estos términos según los distintos discursos y perspectivas. Finalmente, es aquí donde abordamos la cuestión de la causalidad y como la vemos referida en los diferentes discursos reseñados en los dos primeros capítulos.

El trabajo es básicamente de carácter descriptivo. Tomamos ciertos discursos, ciertos textos, y describimos los marcos teóricos que en ellos se expone sobre la violencia. Y, si como dijimos antes, nos centramos en las preocupaciones causales, éstas más bien nos sirven como eje central clasificatorio, alrededor de las cuales también se van entretejiendo otros tipos de preocupaciones, como ciertas formas de violencia que considere cada autor, ciertas dinámicas que desarrolla la violencia, algunas consideraciones sobre sus consecuencias y hasta ciertas ideas, en algunos casos, sobre su superación o la atención que se sugieren a los hechos de violencia. Así como algunas cuestiones de índole valorativa y la relación que se considere se puede dar entre la violencia y otros aspectos sociales, como el poder, la historia o la política. Describimos esto en los dos primeros capítulos. En el tercero se trata de resaltar elementos, factores y relaciones que más o menos los podemos encontrar en los diferentes discursos, y tratamos de señalar las semejanzas, las diferencias y las particularidades de su utilización que creemos percibir. Se introduce aquí una cierta preocupación analítica, pero no pierde nunca el carácter básicamente descriptivo.

Sin embargo aquí también introducimos algunas ideas que si bien no aparecen formuladas de la manera como nosotros lo hacemos por los diferentes autores revisados, sí creemos que se pueden extraer de sus ideas. Podemos ver como ejemplo de esto, lo que aquí llamamos “agrupaciones combativas”, que

ningún autor explícitamente las considera de esta manera, pero que nosotros encontramos cuando menos en dos autores, cada uno representando un modelo; aquel que considera que la dinámica propia de una comunidad la lleva a arroparse con una identidad fuerte que la hace hostil hacia otras comunidades, y aquella otra que ve que en un contexto de conflicto y disputa algún elemento identitario puede ser deificado y asumido, posteriormente, como la causa de la lucha. Los autores de los que retomamos estos modelos no hablan explícitamente, como nosotros, de agrupaciones combativas, sino que esto lo expresan en la exposición de la forma en que se da ciertos tipos de violencia que ellos están considerando, pero nosotros creímos pertinente destacar la idea de estas agrupaciones.

Igualmente introdujimos, en este último capítulo, otras ideas que resultan más claramente visibles desde la perspectiva del cuadro general del trabajo, por lo que no aparecen así formuladas en ninguno de los discursos revisados, pero que, sin embargo, sí presentan algunos indicios que nos condujeron a formularlas. Tales son los casos, por ejemplo, de hacer una distinción de la agresión y la violencia dependiendo del nivel de análisis que se utilice en su formulación; uno más inmediatista y restringido en cuanto los actores, las causas y las consecuencias para la agresión, y otro más amplio y difuso para la violencia. O bien el caso en el que se señalan los aspectos de fijación e internalización de la violencia en los individuos o grupos; el "aprendizaje basado en la experiencia" nos sirve como idea para esa fijación de la violencia en los individuos, a partir de considerar que "causas situacionales" en la violencia se convertirán, por este aprendizaje, en "motivaciones internas" para el despliegue de violencia, y la "institucionalización de la violencia" como el mecanismo fijador en el ámbito social, a partir, y en sentido inverso al aprendizaje, de que "motivaciones internas" en lo social se fijarán en grupos, instituciones e individuos que desplegarán y favorecerán los comportamientos violentos en el aspecto "situacional". Los diferentes discursos revisados presentan indicios y algunas ideas que nos pueden llevar a las consideraciones así formuladas, pero creemos que es a partir del marco general utilizado a lo largo del trabajo como mejor pueden ser vistas estas formulaciones.

Por último, la idea de la cartografía nos parece que es adecuada para describir este trabajo porque lo que se busca en él es describir, con grandes trazos, de forma muy esquemática, algunos (pocos) discursos que sobre la temática de la violencia podemos encontrar en un haz de perspectivas de estudio más o menos amplio. Buscamos encontrar puntos de referencia y señales de camino, no visiones detalladas del terreno. No se pretende teorizar sobre la violencia o analizar detenidamente alguna o algunas de las teorías ya existentes. Se pretende más bien visualizar el camino ya andado, describir lo ya dicho, aprender un tanto por donde se han movido (y se mueven) algunos de quienes han trabajado o trabajan la temática de la violencia. La finalidad, en fin, es ubicarnos, a la vez que ubicamos algunos elementos, factores, ideas y relaciones que se destacan dentro de la temática de la violencia, y, sobre todo, descubrimos cómo pueden ser tratados estos elementos, según ciertas perspectivas de estudio.

Capítulo 1

Perspectivas psicobiológicas sobre la violencia

En su texto *Fuertes contra la violencia* el filósofo Goiburú López de Munain se plantea la disyuntiva de si la violencia humana debe de considerarse como una cuestión “ontológica” o “metafísica”, es decir, si corresponde a una naturaleza humana o es más bien situacional (López de Munain, 1996: 17). Esto también puede plantearse en términos de si la violencia es más una cuestión innata o una que tiene su origen en el ambiente de las relaciones sociales, y se aprende y reproduce con estas mismas relaciones.

Diferentes disciplinas de estudio que abordan el tema de la violencia se adhieren a una u otra de estas posiciones, y aún al interior mismo de algunas disciplinas habrá quienes opten más por alguna de ellas. Sin embargo habrá que subrayar de entrada que es difícil encontrar estas posiciones en estado puro, es decir, que alguien plantee que toda violencia es de carácter innato o que ésta no tiene ningún fundamento biológico y es puramente ambiental. Más común es que se acepte que el fenómeno de la violencia es variado, que cuenta con distintas manifestaciones y que, de igual manera, son diversos los factores que intervienen en su realización (entre los que se encontrarían de manera destacada aquellos inhibidores de la propia violencia), y por consiguiente tanto cuestiones innatas como ambientales pueden tener su parte en el fenómeno de la violencia. Aún así algunos autores considerarán ciertos elementos como centrales y que éstos sí pueden ser considerados dentro de algunas de las dos posiciones mencionadas. Otros, por el contrario, señalarán como central precisamente la relación interactiva entre ambas posiciones. Aquí esquematizamos estas posturas en cada uno de los siguientes apartados de este capítulo.

Otra cuestión importante es la relación entre lo Individual y lo Social. Esta pareja de nociones puede estar estrechamente relacionada con la anterior y en ocasiones parecer que se sobreponen, pero hay que señalar que no son iguales. Tanto la posición ontológica como la situacional pueden adquirir características individuales o sociales. Así, por ejemplo, Ghiglieri considerará la lucha grupal como de carácter social, pero innato (Ghiglieri, 2005), mientras los teóricos del aprendizaje consideran la violencia como individual, pero aprendida socialmente.

Algunas posiciones tienden a considerar lo social meramente como una cuestión ambiental que afecta al individuo, quien es considerado el verdadero sujeto de la violencia. Otras posiciones, por el contrario, considerarán más pertinente referirse a lo Social cuando son factores puramente sociales los determinantes en la manifestación de la violencia. Considero que en general las perspectivas psicobiológicas se adhieren a la primera opción, mientras que las perspectivas sociopolíticas lo hacen a la segunda. Este capítulo, como su título lo indica, tratará de las perspectivas psicobiológicas, dejando las otras para el siguiente.

Lo que se intenta hacer en este trabajo es una descripción de particulares discursos sobre la violencia. No trata, por lo tanto, de estudiar la violencia en sí, ni de manifestar una posición sobre de quien creemos que tiene razón dentro de los autores revisados. Si acaso lo que se pretende con esta descripción es localizar algunos elementos que consideremos puedan ser de mayor utilidad, ya sea para una comparación de los discursos entre sí, ya para tener cierto catálogo, por así decirlo, que pudiera permitir algún posterior estudio de la violencia en sí.

I- Perspectivas innatistas

El biólogo y antropólogo estadounidense Michael P. Ghiglieri afirma que para "los investigadores de las ciencias sociales, la sociedad es la que crea los programas mentales que rigen el comportamiento humano. En cambio, muchos biólogos sostienen todo lo contrario, es decir, que los seres humanos disponemos de un

arsenal de instintos –una naturaleza humana- que procede de nuestro pasado más remoto” (Ghiglieri, 2005: 26). El hombre es un ente biológico, producto de un largo proceso evolutivo. La evolución no sólo se manifiesta en la anatomía y el fenotipo de los seres, sino que también lo hace en sus comportamientos. La agresión y la violencia¹ pueden ser vistas como comportamientos ligados a este proceso evolutivo.

El fundador de la moderna teoría de la evolución, Charles Darwin, fue, a decir de Rolf Denker², “el primer investigador que, ajeno a toda especulación metafísica, encaró en forma desapasionada el fenómeno de la agresión” (Denker, 1973: 24). Y lo hace desde la introducción del término de “lucha por la vida”. Pero también con este término, continua diciendo este autor, Darwin señala la necesidad de esta lucha como consecuencia de la tendencia a multiplicarse de los seres vivos y la competencia por los recursos. Y será entre especies de un mismo género que tengan costumbres, necesidades y estructura corporal semejantes, donde se desarrollarán las luchas más violentas (Denker, 1973: 25).

Sin embargo refiere que Darwin utiliza el término “lucha por la vida” en forma metafórica, en la cual caben desde formas más eficaces de conseguir alimento hasta una mayor capacidad de dejar descendencia, pasando, claro esta, por los encuentros agresivos directos. Pero considera que fueron los darwinistas posteriores quienes tomaron literalmente dicha expresión y hasta la exageraron. Y estos mismos darwinistas descuidaron otro elemento importante que Darwin ya señalaba, el de la tendencia natural entre animales sociales a la cooperación y la simpatía. Aunque esta tendencia adquiere unos tintes particulares, y citando a Darwin nos dice que él explica que “entre los animales, la simpatía se extiende sólo a los miembros de una comunidad, o sea a los individuos conocidos y más o menos amados, pero no a todos los de la misma especie. Del mismo modo, y este

¹ La relación o la distinción entre agresividad y violencia por lo general no son unánimes ni claramente especificadas por los diferentes autores revisados. Algunas veces se les trata como iguales, otras, parece que se les distingue de forma cuantitativa o bien algunos prefieren utilizar más un término que otro. A lo largo del trabajo intentaré ir viendo como cada autor habla de ello.

² Se utiliza aquí el trabajo *Elucidaciones sobre la agresión* en la traducción al español (1973) de la tercera edición alemana aparecida en 1971 (la primera edición aparece en 1966). El trabajo es un compendio comentado y crítico de diferentes materiales que tratan sobre la agresión.

hecho no es más sorprendente que el anterior, el temor esta vinculado con determinados enemigos". Estos elementos, que son reforzados por la selección natural, son extensibles al hombre en su calidad de animal social (Denker, 1973: 29).

Vemos así aparecer, ya en Darwin, algunos elementos que serán importantes, como que la agresión es un comportamiento modelado por la evolución y tiene, por así decirlo, su función en la conservación de la especie. Aparece también la tendencia a la cooperación, con igual función de conservación aunque reducida a grupos más pequeños de interacción. Esta función de conservación Lorenz la señala como "el para qué darwiniano" (Lorenz, 1994: 38), y si bien puede dar una razón última de la agresión tiene dificultades para entenderse con las causas inmediatas de la misma³, y será un tema de divergencias en las posturas sobre la agresión y la violencia.

Otros elementos importantes son: la relación de la agresión con la lucha, sea esta directa o más difusa; la relación entre violencia y agresión que, en esta breve visión de Darwin, la primera parece ser un superlativo de la segunda, y la relación entre agresión y temor, que aquí se vincula con la idea de enemigo, por lo que puede desencadenar luchas directas.

Desde la etología Konrad Lorenz desarrollará varias de estas ideas darwinianas en su ya clásico libro de 1969 *Sobre la agresión: el pretendido mal*. En este texto él habla sobre todo de agresión más que de violencia. Y considera, así mismo, que el combate entre diferentes especies apenas puede ser considerado agresión y, en cambio, la que se da al interior de la especie "es la agresión propiamente dicha" (Lorenz, 1994: 38).

Esta agresión intraespecífica es instintiva y contribuye a la conservación de la especie manteniendo una presión selectiva en tres principales aspectos. El primero es el de mantener una "distribución territorial", evitando la concentración excesiva de competidores por el mismo alimento mediante la repulsión que

³ La discusión de lo que se puede llamar "motivos para" y "motivos por" o, en otros términos, causas teleológicas y causas inmediatas, esperamos desarrollarla más ampliamente en el tercer capítulo. Pero las iremos señalando en caso de presentarse en los autores comentados.

puedan manifestar unos individuos contra otros especializados en los mismos bienes o recursos. El segundo "sirve para seleccionar los mejores y más fuertes" tanto para la cría y cuidado de los hijos, como para, en el caso de animales sociales, la defensa de la comunidad. Y el tercero es el de proporcionar "organización y jerarquización" a los animales que viven en sociedad, aunque en este caso señala Lorenz que cuando se hace más compleja la sociedad va aumentando la importancia del papel que desempeña la experiencia y el aprendizaje, ejemplificando que en algunas comunidades de simios los más viejos mantienen una mayor jerarquía. Es decir, la capacidad en agresividad es desplazada por factores experienciales. De esta forma, nos dice, "el espacio vital está repartido entre los congéneres de modo tal que cada quien puede vivir dentro de las posibilidades existentes. Por el bien de la prole se selecciona el mejor padre y la mejor madre. Se protege a los hijos. Y la comunidad se organiza de modo tal que algunos machos prudentes, 'sabidores', que forman el senado logran la autoridad necesaria para tomar decisiones en beneficio de la comunidad e imponerlas" (Lorenz, 1994: 58). Y termina señalando que no se ha observado que el objetivo de la agresión sea la eliminación de los congéneres, aunque esta pueda producirse accidentalmente o en caso de circunstancias extraordinarias, como llega a ser en el caso de cautiverio (Lorenz, 1994: 58).

La agresión pues, es sostenida por el proceso evolutivo y su función es el mantenimiento de la especie. La agresión la ve Lorenz, entonces, como un instinto. Sin embargo hay que señalar desde ya que su manejo del termino de instinto no parece del todo claro, pues si señala, por una parte, que un movimiento instintivo es autónomo y parcialmente rígido (Lorenz, 1994: 78), por otra parte, en muchos casos habla de instintos como pulsiones o impulsos. Pero en general parece que considera como instinto lo que es innato en el individuo, pudiendo, por lo tanto, referirse por igual a movimientos instintivos, como a impulsos o motivaciones instintivas, siendo estas últimas las pulsiones. Así, cuando divide entre instintos "corrientes y abundantes" e instintos "grandes" (Lorenz, 1994: 102), creo que se está refiriendo a esta diferenciación entre movimientos y pulsiones. Los primeros son pautas de movimiento que sirven a los segundos. Entre los

movimientos instintivos estarían, por ejemplo, nadar, volar, picotear, roer, etc., y en los instintos grandes sitúa la reproducción, la alimentación, la fuga y la agresión. Sin embargo también nos va a hablar de rituales filogenéticos (que veremos más adelante) a los que califica igualmente de instintos.

Dos características son importantes de los instintos. La primera es que son autónomos, especialmente los considerados como pulsiones. Esta idea de la autonomía y espontaneidad de los instintos la opone a quienes consideran que todo comportamiento es de carácter reactivo a estímulos exteriores. Si bien ciertos estímulos pueden desencadenar un instinto, también "un comportamiento instintivo no ejecutado durante mucho tiempo (...) hace bajar el valor liminal de los estímulos que lo desencadenan" (Lorenz, 1994: 63). De hecho dice que este descenso en el umbral de los estímulos puede llegar a cero cuando un movimiento instintivo se desencadena sin estímulo alguno apreciable. Los instintos que se reprimen y que no encuentran una manifestación durante mucho tiempo se acumulan y, o bien se manifiestan ante el menor estímulo, o bien buscan activamente el estímulo que lo desencadena o, de plano, se desencadenan sin estímulo alguno. El instinto agresivo es de este tipo. Y el autor considera que "es lo espontáneo de este instinto lo que lo hace tan temible" (Lorenz, 1994: 61). Esta característica de los instintos hace que se pueda hablar de esta visión como un modelo hidráulico, en el que la presión sobre un líquido dentro de un contenedor hace que este trate de encontrar la salida por donde pueda.

La segunda característica es que, el mecanismo de los instintos, "se parece a un parlamento en que es un sistema más o menos completo de interacciones entre un gran número de variables independientes y además, porque sus procedimientos (...) son capaces de crear si no una armonía verdadera entre los diferentes intereses, por lo menos tolerables compromisos que hacen posible la vida" (Lorenz, 1994: 99). Es decir, que intervienen múltiples procesos fisiológicos en determinadas funciones, como pueden ser la alimentación o la reproducción. Y aún los mismos impulsos instintivos se ven impelidos a mantener relaciones entre sí, a veces equilibrándose o a veces compitiendo donde uno puede tener mayor peso que otro, o bien se manifiestan alternativamente. Sucediendo también que

cuando dos motivaciones fuertemente contradictorias se enfrentan y no logran el equilibrio, como sería en ocasiones ante una situación de amenaza en la que el individuo se encuentra entre atacar o huir, un tercer instinto hace su aparición, como las aves que se ponen a picotear como buscando comida en una situación semejante. Pero, señala este autor, “es necesario convencerse de que incluso el comportamiento en que sólo intervienen dos pulsiones componentes es un caso muy raro, apenas menos frecuente que el del comportamiento debido a la acción única, y libre de influencias, de un solo instinto” (Lorenz, 1994: 113). Esta relación de los instintos es importante para comprender cómo es que los rituales filogenéticos logran inhibir la agresividad, sin que implique necesariamente la eliminación de ese instinto.

La preocupación central de esta exposición del parlamento de los instintos está relacionada con la explicación del pensamiento finalista. “Es finalista, nos dice, en el mal sentido de la palabra aquel que confunde la cuestión del “por qué” con la del “para qué”, y creen que con mostrar el valor de conservación de la especie que tiene una función ha descubierto también el problema de su causación” (Lorenz, 1994: 99). Así, si él antes había hablado de la función de la agresión intraespecífica en la conservación de la especie, eso no quiere decir que con ello haya descrito las causas de ese comportamiento en situaciones particulares, estas pueden descubrirse más en lo que llama, siguiendo al también etólogo Tinbergen, *análisis de las motivaciones* (Lorenz, 1994: 111). Con dicho análisis se trataría de contextualizar la situación localizando estímulos, observar los movimientos y calcular las pautas de comportamiento que seguirían a lo observado. Es decir, se buscarían las razones causales de la agresión en cada situación específica tomando en cuenta los impulsos y las condiciones en que se dan.

La función del instinto de agresividad en la conservación de la especie hace que éste se mantenga y lo refuerce permitiendo su autonomía, pero el comportamiento concreto de los animales, incluyendo el del hombre, tiene su causa en la interacción del parlamento de los instintos, y de éstos con los estímulos externos. Y la represión del instinto de agresividad puede considerarse

muy bien como externa, ya sea que obedezca a presiones sociales, ya que sea producto del aislamiento, como los casos que Lorenz menciona de "enfermedad polar" o la "locura del desierto" que suelen aparecer en pequeños grupos de hombres que se hayan aislados y en donde cualquier estímulo, por pequeño que sea, puede producir fuertes reacciones agresivas (Lorenz, 1994: 67).

Sin embargo existen también ciertos instintos que ayudan a la reducción de la agresividad, para prevenir que las especies se exterminen. Estos instintos nacen a partir de un fenómeno filogenético que denomina "ritualización". Señala a William Huxley como el primero en describir el fenómeno ya antes de la primera guerra mundial, y consiste en "que ciertas pautas de movimiento pierden en el curso de la filogénesis su función propia original para convertirse en ceremonias meramente 'simbólicas'" (Lorenz, 1994: 69). Pautas de comportamiento que obran por pulsiones contrapuestas y que pretender ser expresivas, puede suceder que se mantengan pero perdiendo el contenido original que las impulsó. Se llega así a la aparición de nuevos movimientos instintivos. Como ejemplo sencillo de esto señala el caso de las moscas caníbales cuyas hembras solían comerse a los machos después del apareamiento, por tal motivo los machos desarrollaron una especie de danza en la que ellos cazan algún insecto como ofrenda para la hembra, logrando así apaciguar su ataque. Sin embargo este ritual se ha mantenido en descendientes de estas moscas que ya no son caníbales y no existe el peligro de ser devorado, pero también el insecto cazado se ha sustituido por un tejido brillante que excita a las hembras (Lorenz, 1994: 77-78). Se ha sustituido un movimiento que busca apaciguar un ataque por un auténtico ritual simbólico, "no sólo se forma, pues, un nuevo movimiento instintivo con una función de información bien determinada en uno de los congéneres, el actor, sino también una comprensión innata en el otro, el reactor" (Lorenz, 1994: 78). Este nuevo instinto será, como los otros grandes instintos, autónomo y tendrá participación en el parlamento de los instintos.

Pero adquieren mayor importancia estos nuevos instintos "porque es precisamente a las pulsiones creadas por la ritualización a quienes suele incumbir la misión de oponerse en aquel parlamento a la agresión, de desviarla por canales

no perjudiciales y de frenar los daños que pudiera causar a la especie” (Lorenz, 1994: 79). Podemos pensar que el desplazamiento hacia la simbolización ayuda a estrechar un lazo comunicativo entre dos o más congéneres, lo que traería como consecuencia, a su vez, el desplazamiento de la agresión a la cooperación y la simpatía ya señaladas por Darwin. Así se crea una presión selectiva entre emisor y receptor para un mejor funcionamiento en la comunicación, reorientando la agresión y hasta oponiéndose a ella.

Estos rituales filogenéticos se asemejan a los rituales culturales. En ambos se puede apreciar el paso de la comunicación al control de la agresión y a la creación de vínculos sociales, ayudando también a la delimitación de un grupo frente a otro (Lorenz, 1994: 91). Sin embargo, señala el autor, la inhibición de la agresión por el ritual filogenético es más importante entre aquellos animales que tienen la capacidad física natural de asesinarse entre sí, por ello mismo la presión selectiva ha perfeccionado más estos inhibidores en este tipo de animales (Lorenz; 1994: 265). El hombre, por el contrario, no tiene la habilidad natural para llegar normalmente hasta este tipo de daños. La utilización de herramientas sí le permite hacerlo con cierta facilidad. Por esta razón la ritualización filogenética inhibidora, que en el hombre no está muy perfeccionada, es sustituida por los rituales culturales (Lorenz, 1994: 267). El hombre culturalmente se impone cierta responsabilidad ante su posible agresividad. Sin embargo los cambios culturales grandes o rápidos muchas veces no permiten un adecuado equilibrio entre comportamientos y rituales, especialmente entre los rituales instintivos, por ello habla de “hipertrofia del instinto de agresión en el hombre” (Lorenz, 1994: 269). Un ejemplo claro de esta situación la encuentra en el desarrollo de la tecnología armamentista, que hacen más fácil y eficaz el asesinar a la vez que protege al actor de las consecuencias emocionales inmediatas de sus actos, permitiéndole distanciarse, física y cognitivamente, cada vez más de la víctima.

Pese a señalar el carácter interactivo entre las distintas pulsiones, la centralidad que Lorenz concede a la autonomía pulsional, y en especial la de agresión, que funciona como una energía siempre presente y acumulable y que busca descargarse de tanto en tanto permite que en su modelo hidráulico la

agresión pueda considerarse no sólo inevitable, sino hasta disculpable, esto es, permite una posición fatalista sobre la agresión. Sin embargo él señala que es precisamente este conocimiento el que puede permitir la responsabilidad humana en la construcción de mecanismo de ritualización cultural que mengüen o desvíen la agresividad a formas no dañinas.

Desde otra perspectiva instintivista Lorenz señala que el reconocimiento de la autonomía de las pulsiones, concretamente el de la pulsión agresiva, es debido a Freud. Sin embargo la consideración de Freud sobre las pulsiones es algo más elaborada. Por una parte, según nos dice el *diccionario de psicoanálisis* de Chemama, Freud define la pulsión como “una fuerza constante, de origen somático, que representa una ‘excitación’ para lo psíquico”, y que cuenta con cuatro características: fuente, empuje, objeto y fin. La fuente es de origen corporal; el empuje “es la expresión de la energía pulsional misma”; el fin es la terminación o descarga de la pulsión, y el objeto es aquello en lo que se descargan dicha energía, permitiendo la satisfacción pulsional. Pero se señala que la satisfacción de la pulsión sólo puede ser provisional, ya que la tensión renace en seguida y el objeto siempre es en parte inadecuado (Chemama y Vandermersch, 2004: 572).

Por otra parte, como nos señala Denker, Freud considerará las pulsiones como construcciones teóricas, con carácter de modelos. Cita al respecto el texto de Freud *Nuevas aportaciones al psicoanálisis*: “De alguna manera la teoría de las pulsiones es nuestra mitología. Las pulsiones son seres míticos, grandiosos en su indeterminación. En nuestro trabajo no podemos prescindir de ellos en ningún momento y, no obstante, nunca estamos seguros de verlos claramente” (Denker, 1973: 86). La teoría de las pulsiones es importante para la clínica psicoanalista, pues le permite reconocer la función del aparato psíquico como reducción de las tensiones en el individuo, producto de las pulsiones. Pero esta indeterminación de las mismas, que las vuelve difícil de ubicar, va a permitir, en parte, tanto la interpretación reactiva como la instintiva del comportamiento. Especialmente en el caso que nos ocupa, el de la agresión.

Otra fuente de estas interpretaciones (reactiva e instintiva) se da en el desarrollo de la teoría pulsional que tuvo en Freud. Se habla principalmente de dos etapas en la elaboración de esta teoría (Chemama, 2004, Denker, 1973 y Martín-Baró, 2003). En la primera etapa Freud hace una distinción entre “pulsiones libidinales o sexuales” y “pulsiones del yo”. Las primeras están dirigidas a la satisfacción de los impulsos sexuales y relacionadas con la procreación. Las segundas lo estarán a la autoconservación y pueden manifestarse tanto en cuestiones como la alimentación o en la defensa. Es especialmente en este segundo tipo de pulsiones donde el afán de conservación puede llevar a la agresión. Pero esta agresión, señala Denker, se presenta aquí con una naturaleza reactiva. Y cita *Las pulsiones y sus destinos* de Freud: “El yo odia, aborrece y persigue con intenciones destructivas a todos los objetos que se convierten en fuentes de displacer, sea porque representan una privación de la satisfacción sexual o bien de la satisfacción de las necesidades de conservación. Incluso se puede afirmar que los verdaderos modelos de la relación de odio no provienen de la vida sexual, sino de la lucha del yo por su conservación y afirmación” (Denker, 1973: 59). Así, aquí no se habla de la agresión como un impulso autónomo, existente por sí mismo, sino de ella como una reacción al servicio de la pulsión yoica, activada por cuestiones externas al individuo y cuya función es protegerlo.

En una segunda etapa Freud reunirá estas dos pulsiones anteriores en una sola, la pulsión de vida, a la que opondrá una pulsión de muerte, caracterizada por la tendencia del organismo a volver a su estado inorgánico, un estado pasivo y libre de tensión, pero conseguido a fuerza de destruir y matar (Chemama, 2004, Denker, 1973 y Martín-Baró, 2003). En primera instancia esta pulsión de muerte está dirigida contra el individuo mismo, es autodestructiva. Sólo en una segunda instancia, cuando se dirija contra un objeto externo u otra persona, esta pulsión será una pulsión agresiva. “En este sentido la agresividad sería para Freud una fuerza desorganizadora, una fuerza de destrucción que tiende a dañar, real o simbólicamente, a los demás” (Martín-Baró, 2003: 98). Pero igualmente Freud considera que no es posible encontrar estas pulsiones en estado puro, combatiéndose mutuamente también se complementan, sirviendo ambas al

individuo. Denker cita, por ejemplo, *El yo y el ello* de Freud: "Ambas pulsiones se comportan en una forma estrictamente conservadora, tendiendo a la reconstitución de un estado perturbado por la génesis de la vida, génesis que sería la causa, tanto de la continuación de la vida como de la tendencia a la muerte. A su vez, la vida sería un combate y una transacción entre ambas tendencias" (Denker, 1973: 84).

II- Perspectivas ambientalistas

De entre las perspectivas ambientalistas podemos señalar, en primer termino, la teoría de la frustración-agresión. Esta teoría, nos dice Denker, surge de las primeras consideraciones de Freud sobre las pulsiones, cuando considera que la privación de la satisfacción de un placer o de la evitación de un dolor puede traer consigo una conducta agresiva contra la persona u objeto que se considere es la fuente de esta frustración. Es decir, donde se considera la agresión como una cuestión reactiva, no tanto como una pulsión autónoma e instintiva (Denker, 1973: 47). La teoría es desarrollada por los psicólogos John Dollard y sus colaboradores en la universidad de Yale y aparece en el libro *Frustración y agresión*, que publicaron en 1939. El postulado básico en este texto es que la agresión siempre presupone una frustración y que, a la vez, toda frustración desencadenará algún tipo de agresión (Denker, 1973: 47 y Martín-Baró, 2003:101). En esta primera elaboración se consideraba que el grado de agresividad manifestado variaría en función del grado de frustración experimentado por el individuo. Y consideran tres factores que determinan la fuerza de la agresividad: la fuerza de la respuesta, el grado experimentado de frustración y el número de frustraciones sufridas (Martín-Baró; 2003: 101 y 102).

Sin embargo esta primera formulación se consideró demasiado rígida, ya que consideraba que toda agresión es resultado de una frustración y que toda frustración lleva siempre a la agresión. Por ello en 1941 Neal E. Miller, del mismo grupo de Yale, la reformuló en términos más moderados, diciendo que una

frustración puede desencadenar diferentes respuestas, y entre ellas está la agresión. Considera, así, que la primera parte de la formulación original sigue siendo válida, pero no la segunda, pues se considera a la agresión sólo como una respuesta más, entre otras posibles, a la frustración (Denker, 1973: 48 y Martín-Baró, 2003:102). Martín-Baró considera que esto ya se predecía en el texto de 1939, donde se afirmaba que la tendencia a la agresión podía ser inhibida si la persona sobre la que tendría que descargarse la agresión tenía el poder para defenderse o hasta para castigar al agresor. Lo que demostraría, nos sugiere, que la conexión frustración-agresión no es puramente reactiva e irracional, sino que puede depender también de factores estrictamente sociales (Martín-Baró, 2003: 103).

Un tercer desarrollo de esta teoría aparecerá con Leonard Berkowitz en la década de los sesenta. En esta ocasión se revisan tanto la idea de que toda agresión tiene siempre detrás una frustración, como la consideración de los factores sociales o ambientales. Martín-Baró centra en tres puntos los cambios introducidos por Berkowitz. Primero, se acepta que la frustración predispone para los actos agresivos, pero se considera que esta predisposición también puede surgir de otras fuentes, como los hábitos aprendidos. Segundo, los estímulos externos pueden desempeñar un papel importante como señales para la agresión. El comportamiento agresivo no se desencadenará a no ser que se encuentren señales apropiadas en el medio sobre la viabilidad de este comportamiento. Tercero, limita la capacidad explicativa de la frustración como origen de la agresión, ya que muchos comportamientos agresivos pueden deberse a otras causas (Martín-Baró, 2003: 105). Desde esta perspectiva, Martín-Baró considera que lo más importante de esta tercera formulación de la teoría es la socialización de la agresión, ya que no se trata solamente de sumar un factor situacional desencadenante a una tendencia pulsional, sino de que el comportamiento agresivo requiere un contexto social propicio que afecte la interpretación perceptiva del individuo (Baró, 2003: 107).

Otro de los enfoques ambientalistas es el de la teoría del aprendizaje social, que opone factores cognitivos a la visión que subraya los factores instintivos, es decir, mantiene que la agresión se puede producir sin que exista instinto o pulsión alguna para ello. Esta teoría la desarrollará Albert Bandura en la década de los años setenta. Para este autor, nos dice Martín-Baró, cualquier teoría sobre la agresión tiene que explicar "cómo se adquieren los comportamientos agresivos, cómo se desencadenan y qué factores determinan su presencia" (Martín-Baró, 2003: 108).

El aprendizaje social considera que la adquisición de comportamientos agresivos es posible mediante dos tipos principales de aprendizaje. El primero es el aprendizaje directo, esto es, de la acción agresiva directa ejercida por parte del individuo. Sin embargo se considera que este tipo de aprendizaje sólo refuerza conductas que ya existen en el repertorio del individuo. El segundo tipo de aprendizaje es indirecto, es un aprendizaje simbólico que se realiza mediante la contemplación de modelos, es decir, observando el comportamiento agresivo de otros individuos. Esta contemplación puede darse también de forma directa, personal, como cuando se vive en un entorno familiar violento, o de forma indirecta, principalmente mediante algún medio de comunicación (comics, películas, televisión). Este tipo de aprendizaje es considerado el más importante, porque proporciona ese repertorio de comportamientos agresivos arriba señalados. En este segundo tipo de aprendizaje Bandura distingue cuatro procesos: "la atención, la retención, la reproducción motora y la motivación" (Martín-Baró, 2003: 108). Así, se considera que para aprender a comportarse agresiva o violentamente no es necesario que el individuo participe en actos de este tipo, basta tan sólo que contemple el espectáculo de la violencia.

Pero si con la contemplación se aprenden diferentes repertorios de actos violentos, esto no basta para que un individuo los aplique. Es necesario cierto refuerzo valorativo para que esta se desarrolle o no. En la observación del acto agresivo esta valoración puede darse en el hecho de que se premie o se castigue dicho acto. "Los efectos de la observación no se limitan al modelamiento de nuevas conductas en el observador; también producen inhibición o desinhibición

de respuestas ya existentes en el repertorio del observador o producen comportamientos emulativos frente al modelo. Por supuesto, la inhibición o desinhibición de comportamientos agresivos dependerá de si el modelo es castigado o premiado por su conducta agresiva" (Martín-Baró, 2003: 110). Y puede considerarse también la valoración que la persona haga de la situación concreta en que se encuentre y de ellos mismos en esa situación. "La evaluación positiva o negativa, que cada cual hace de su proceder representa una de las principales fuentes del control del comportamiento humano; sin embargo, los criterios y formas de autoevaluación son también aprendidos y dependen en buena medida de las respuestas y refuerzos sociales de los demás" (Martín-Baró, 2003: 110).

Sin adherirse completamente a esta visión del aprendizaje social como la causa de la violencia, más bien considerándolo como uno de los factores que pueden estimular e incrementar la violencia, el psiquiatra Fredric Wertham en su libro *La señal de Caín* de 1966 considera un ejemplo que puede ser revelador para este enfoque. Comenta que las armas de juguete pueden acostumbrar a los niños a jugar con la violencia, pero que la propaganda diseñada por esa industria (nos habla del caso de EU) ha persuadido a una generación de padres y niños "de que jugar con armas (que son réplicas exactas de las reales) no tiene nada que ver con el fenómeno de la violencia" (Wertham, 1971: 64). Esta propaganda, junto con los espectáculos de violencia televisivos, condicionan a los niños para que disfruten y se complazcan con la violencia, mientras se presentan a sí mismas como inicuas.

Y comenta una de esas propagandas: "El texto es muy sugestivo y falaz. Advierte a los padres que 'la sobreprotección es nociva'; que jugar con pistolas de juguete y ver en la televisión films de vaqueros es 'una evasión saludable'; que tanto niñas como niños 'quieren progresar pasando de pistolas de juguete a pistolas verdaderas, de coches infantiles a automóviles'; que negar una pistola verdadera a un niño es un 'prejuicio basado en el daño que puede causar una pistola'; que las armas de fuego son medios para 'enseñar a los niños la madurez y la responsabilidad'" (Wertham, 1971: 69). Así en este ejemplo podemos ver

como se refuerzan mutuamente, para el caso de la violencia, el aprendizaje directo, el aprendizaje indirecto y cierta valorización positiva. Este autor no considera que jugar con este tipo de juguetes necesariamente produzca niños violentos, pero si que aprenden a ver la violencia como una cuestión más normal, y considera que así lo deja ver su trabajo con un grupo de terapia infantil.

Como última visión desde el ambientalismo nos referiremos a los experimentos del psicólogo Stanley Milgram sobre la obediencia y la capacidad agresiva que pueden tener las personas, realizados en la Universidad de Yale y cuyos resultados publicó en 1974. Ésta no es propiamente una teoría que explique en general de donde proviene la violencia o cómo se adquiere, sino un estudio particular sobre cómo pueden comportarse los individuos en relación con la agresividad bajo ciertas circunstancias ambientales, en este caso la de la obediencia a una determinada autoridad.

El trabajo es reseñado por varios autores⁴ (Denker, 1973, Tobeña, 2001 y Bauman, 2006) y consistió en que a un grupo de personas consideradas como los sujetos del experimento, 40 en el primer experimento en la universidad de Yale, se les pidió cooperación para un experimento ficticio sobre el castigo como refuerzo del aprendizaje. El experimento real trataba de averiguar en que condiciones un individuo era capaz de obedecer a una autoridad cuando se le pedía dañar a una tercera persona y en que condiciones no obedecerían. Pero a los sujetos se les dijo que se trataba de conocer como afectaba el castigo en ciertos aspectos de la memoria.

El sujeto era puesto ante un panel de control desde donde se administrarían descargas eléctricas, que iban desde 15 grados hasta 450 y con aumento de 15 grados en cada nueva descarga, a otro individuo al que se le haría una prueba de

⁴ Estos experimentos, según comentan los autores aquí considerados, se realizaron preocupados por la cuestión de cómo fue posible el caso del involucramiento o participación de parte de la población alemana con el régimen nazi. Y las perspectivas en ese momento eran las de señalar la obediencia a ese régimen como una cuestión muy rara. Esto se reflejó en que antes de los experimentos Milgram realizó una encuesta entre 15 colegas suyos, sobre que esperarían de los resultados. La mayoría creía que los sujetos no continuarían obediendo llegando a los grados en que se manifestase dolor; las estimaciones más radicales predijeron que sólo un 3% continuarían con el experimento.

memoria verbal. Las gradaciones más altas, se les dijo, podían causar sufrimiento o dolor pero no dejaban lesiones u otros efectos dañinos. Con cada respuesta equivocada tenía que administrarse una descarga que iría en aumento con los errores. El supuesto sujeto que recibiría las descargas era en realidad un actor entrenado que reclamaría según la intensidad del castigo, el cual era también ficticio. Este actor tenía que empezar a quejarse a partir de los 300 grados de descarga y pedir detener el experimento. Aparte de estas dos personas estaba el director del estudio, quien explicaba el experimento y daba las órdenes, y un aprendiz quien instigaba al sujeto a continuar con el castigo cuando éste vacilaba.

También se introdujeron dos variables en relación con la distancia. Una era la distancia entre el sujeto a prueba y quien recibía el castigo, la otra era entre el primero y la autoridad o director del experimento. En el primer caso se hicieron cuatro escalonamientos: a) tanto el sujeto y el actor se encontraban en el mismo cuarto, pero para recibir la descarga el actor tenía que posar su mano sobre una placa, por lo que al negarse a hacerlo el sujeto tenía que ponérsela él en la placa; existía contacto físico; b) la misma situación pero en este caso el actor ya estaba conectado a la fuente de descarga, por lo que el sujeto no se veía obligado a mantener contacto físico, este sólo era visual y auditivo; c) las dos personas se encontraban en diferentes cuartos, pero el sujeto podía oír verbalmente al actor a través de una puerta abierta, y d) igual situación pero en este caso no se oía al actor verbalmente, sólo se le oía que golpeaba la pared a partir de los 300 grados.

Respecto a la distancia de la autoridad se hicieron tres variables, en la primera el director se encontraba al lado del sujeto y así le daba las indicaciones, en la segunda explicaba el procedimiento al sujeto y después se retiraba dando las siguientes instrucciones por teléfono y la tercera todo lo hacía mediante una grabación.

Pero también con respecto a la autoridad se introdujo, en una posterior prueba, una variación. Frente al caso en el que existía una sola autoridad incuestionada, el instructor, se presentó otra en la que había más de un instructor, quienes llegaban a ponerse en desacuerdo, también ficticiamente, en cierto nivel de castigo del experimento.

Los resultados mostraron en general un alto grado de acatación a las órdenes de las autoridades, pero que variaría respecto a la distancia con la víctima y con la autoridad. Así, mientras que en el caso de mayor proximidad con la víctima (caso a) la resistencia a continuar por parte de los sujetos alcanzó el 70%. En el caso de mayor distancia (caso d), sólo hubo resistencia del 34% de los sujetos. Lo mismo puede decirse con respecto a la distancia de la autoridad, pues si en el primer caso de este tipo de distancia la obediencia fue casi tres veces mayor que en el segundo, en el tercer caso no sólo disminuyó la obediencia, sino que algunos sujetos decidieron efectuar descargas menores de las que se les pedía, es decir, decidieron mentir (Denker, 1973: 185 y 187-188). Y en el caso del experimento adicional con más de una autoridad que manifestaban desacuerdo entre ellos “la servil obediencia observada en los otros experimentos –comenta Bauman- desapareció sin dejar rastro” (Bauman, 2006: 194), pues casi todos los sujetos, de los veinte de este segundo experimento, decidieron no continuar en cuanto hubo la primera señal de desacuerdo.

Para Adolf Tobeña los resultados muestran que cuando en un individuo entran en conflicto la obediencia a una autoridad reconocida y la empatía hacia el prójimo, la primera se muestra más importante, pero habiendo una minoría considerable en la que es más fuerte la empatía. También estos resultados señalan que los elementos contextuales son muy importantes, pues hacen variar considerablemente los porcentajes obtenidos entre obediencia y no obediencia (Tobeña, 2001: 301). Por su parte Denker considera dos cosas como trascendentales, la proximidad y la mirada que le acompaña y la formación grupal. Considera que en el caso de la proximidad con la víctima del individuo que le causa daño, éste no sólo puede contemplar el sufrimiento de ella, sino que también queda expuesto a su mirada, y “bajo la mirada dura de la víctima pueden surgir sentimientos de culpa y vergüenza en el sujeto, sentimientos que influyen sobre su acción o la inhiben” (Denker, 1973: 186) Y en el caso de la formación grupal considera que cuando la víctima se encuentra en la otra habitación de donde se encuentran el sujeto y el experimentador, “entre estos últimos se forma

un grupo, del que la víctima queda excluida. Detrás de la pared, está realmente un ser marginado, psíquica y físicamente solo" (Denker, 1973: 186).

Bauman también señala la importancia de estos factores de proximidad y de formación grupal, pero considera que las consecuencias de estos experimentos son más profundas, ya que sugieren que ciertos actos crueles no los causan personas crueles, sino hombres y mujeres corrientes que intentan alcanzar éxito en sus tareas. "La crueldad –nos dice- tiene escasa conexión con las características personales de los que la perpetran y sí tiene una fuerte conexión con la relación de autoridad y subordinación, con nuestra normal y cotidiana estructura de poder y obediencia" (Bauman, 2006: 183). Así, con esta afirmación, Bauman se aleja de las consideraciones puramente individuales para subrayar las sociales en los comportamientos agresivos y/o violentos. No es que él niegue que elementos individuales puedan ser importantes, sino que considera las relaciones sociales como el factor más determinante en ciertas situaciones de violencia.

III- Relación del innatismo y el ambientalismo

En su libro *Instintos básicos; por qué matan los asesinos*, el psiquiatra y neurólogo Jonathan H. Pincus considera, contrariamente a lo que indica el título del libro, que las razones que llevan a un individuo a asesinar a otro son una combinación de ciertos factores ambientales y biológicos que se instauran en el individuo. Concretamente él señala el conjunto de tres factores: abusos en la infancia, enfermedades mentales y deficiencias neurológicas. Y recalca que es esta triple conjunción la desencadenante de la violencia homicida. "El maltrato genera el impulso violento. Las enfermedades neurológicas y psiquiátricas del cerebro lesionan la capacidad para controlar ese impulso" (Pincus, 2003: 19). Ninguno de los factores por sí solos es suficiente para desencadenar este tipo de violencia.

Si bien ciertas enfermedades mentales como la esquizofrenia, algunas manías, los trastornos obsesivos compulsivos o el síndrome de Tourette suelen ser de carácter hereditario y estar relacionadas con disfunciones de los lóbulos

frontales, relacionados con el control de las conductas emocionales (Pincus, 2003: 105 y 109), otras, en cambio, son producto de las particulares experiencias del individuo, como los llamados trastornos de la conducta o conducta disocial (que lleva a comportamientos destructivos y a dañar a personas o a animales en los niños) que son resultado del maltrato infantil (Pincus, 2003: 105 y 110).

Las deficiencias neurológicas también pueden tener fuentes hereditarias, como es el caso de la existencia de un gen que fabrica la enzima llamada monoamina oxidasa tipo A (MAO-A). Enzima que degrada la serotonina (sustancia hormonal considerada como neuroreguladora antiagresiva) y que al hallarse muy concentrada hace bajar demasiado los niveles de ésta, la cual, a su vez, en niveles deficientes produce en los individuos depresión y/o conducta agresiva impulsiva (Pincus, 2003: 63 y 65). Pero también dichas deficiencias neurológicas pueden ser causadas por accidentes que afecten partes del cerebro, principalmente los lóbulos frontales donde se desarrollan inhibidores de los comportamientos compulsivos.

El maltrato y los abusos infantiles, especialmente cuando se sufren desde muy pequeños y son prolongados, suelen llevar grandes consecuencias en la conducta de los individuos, ya que estos modifican la anatomía y el funcionamiento del cerebro. Se considera que el cerebro alcanza más o menos su madurez hasta después de la segunda década de vida individual. En este proceso de maduración se establecen las conexiones sinápticas entre las neuronas. Y es el entorno psicosocial el principal determinante del establecimiento de esas conexiones. Pero dos periodos son de particular importancia, la primera infancia, hasta como a los cinco años y el periodo de la adolescencia. Los niños que experimentan abandono y/o maltratos, por tanto, pueden tener un desarrollo inadecuado de su cerebro. Estos niños "suelen tener dificultades para relacionarse con otros niños y adultos. Pueden estar socialmente aislados, celosos de las intenciones de los extraños, hiperactivos y alertas, tienden a destruir la propiedad y en ocasiones actúan de forma agresiva" (Pincus, 2003: 176). De esta forma la historia particular del individuo, su ontogénesis, pasa a ser parte constitutiva de su funcionamiento cerebral.

Pincus elabora esta investigación a partir de su experiencia con criminales violentos, especialmente asesinos, y varios de los casos son analizados en el libro. Pero considera que su idea de los tres factores causales de este tipo de violencia puede extenderse a otros tipos de la misma. Diciendo por ejemplo, "según la teoría que yo propongo, la violencia es el resultado de la interacción de diversos factores, algo determinado por el maltrato, la paranoia y los daños cerebrales" (Pincus, 2003: 64), precisamente después de analizar y descartar teorías innatistas que hablan del origen genético o neuroquímico de la violencia general, así como teorías de índole social, tales como la del aprendizaje o la de la existencia de desigualdad y frustración social.

El autor nos dice que entre homicidios impulsados por fuentes emotivas como el odio o la ira y los que aparentemente tienen una fuente más racional, como el interés económico, no existe diferencia en cuanto a sus bases causales, las cuales son los tres factores actuando en conjunto y provocando, por un lado, el impulso violento y, por el otro, el bloqueo de las posibles inhibiciones a la acción.

Pero lleva la igualación hasta a aspectos políticos diciendo que personas violentas pueden ocupar posiciones de autoridad y desde ahí ejercer la violencia: "el policía que apaleó y mutiló a un inmigrante haitiano en Nueva York, los antiguos dictadores de Centroamérica y Sudamérica que aplastan los testículos a sus rivales, Milosevic y su gobierno tiránico en Serbia, Stalin, Saddam Hussein...la lista es interminable (...). Considero muy probable que la violencia criminal y la claramente política nazcan de fuentes similares" (Pincus, 2003: 199).

Más aún, parece considerar que la violencia es sólo la relacionada con la criminalidad. Pues por ejemplo niega que factores sociales, como la pobreza, el uso de drogas o el racismo, puedan ser considerados causales de la violencia. En todo caso estos factores pueden estar asociados al maltrato infantil, el cual sí es uno de los factores causantes de la violencia (Pincus, 2003: 75), y en donde la violencia es considerada como la criminalidad. Pero donde se ve mejor esto es precisamente en la causalidad del maltrato infantil para la violencia, ya que este maltrato en sí mismo no sería violencia, sería causa de ella y se manifestaría en las actitudes criminales del maltratado, siempre y cuando se combinen con los

otros dos factores. Al considerar la violencia como criminalidad, así como la utilización de sus tres factores causales, el autor destaca, como posición valorativa, la anormalidad de la violencia. La violencia, en primer lugar, es realizada por individuos concretos, los cuales, en segundo lugar, están marcados por anomalías en su desarrollo, en su capacidad mental y en su anatomía y fisiología cerebral. La violencia no es aprendida en ninguna forma, pues aunque socialmente existan espectáculos de violencia, discursos que la exalten, invitaciones o algunos otros motivantes como los intereses económicos o políticos, ésta no tendrá mella en un individuo sano y con buen desarrollo.

El psiquiatra y neurólogo español Adolf Tobeña⁵ también manifiesta una perspectiva que combina elementos de la naturaleza humana y ambientales para hablarnos sobre la violencia. Por una parte considera que existen elementos y mecanismos endocrinos y neurológicos diseñados para permitir o contener la expresión de conductas agresivas, y por otra parte, que existen situaciones ambientales que influyen en la expresión o no de éstas conductas, algunas de las cuales son inmediatas y relacionales, mientras otras son más largas y afectan a la personalidad del individuo o le permiten cierto aprendizaje en la agresividad. La interacción de estos dos grupos de elementos puede dar lugar a modalidades diferentes de agresión y/o violencia⁶ o inhibirlas. En términos generales nos dice

⁵ El trabajo de este autor si bien tiene como principal interés describir como funcionan el sistemas neurológico y endocrino en la activación e inhibición de la agresividad, aborda otros muchos problemas en relación con la agresión, como el desarrollo personal y su relación con ella, las diferencias entre hombres y mujeres en ese tema, ciertas patologías que pueden darse, las formas culturales de aprendizaje, o las manifestaciones de violencia colectiva como la guerra. Aquí tan sólo señalaremos someramente estos sistemas neurológicos sin pretender explicarlos, y los relacionaremos con los elementos ambientalistas también sin entrar en todos los detalles que el autor aborda. El texto es *Anatomía de la agresividad humana; de la violencia infantil al belicismo*, y es del año 2001. El autor considera que actualmente existen conocimientos más seguros (sin estar concluidos) sobre estas cuestiones que, por ejemplo, hace cuarenta años cuando Lorenz empezó a publicar sus trabajos.

⁶ La distinción entre estos dos conceptos no es muy clara, y así lo manifiesta el autor. En ocasiones parece utilizarlos como sinónimos, pero en el desarrollo del libro muchas veces parece que se perfila una concepción de la agresividad en referencia a la interacción más particular entre individuos, mientras que la violencia sería una interacción más compleja entre estructuras sociales e individuos o entre grupos (también estructurados socialmente). Y lo podemos apreciar en que por lo

que si la agresión existen como una modalidad del comportamiento humano, esto es posible gracias a que biológicamente, mediante el largo proceso evolutivo, se han desarrollado esos elementos y mecanismos neuroendocrinos que las posibilitan y les otorgan determinada función, pero dichos mecanismos se ven fuertemente influidos en su maduración por las circunstancias, físicas y culturales, que le rodean, así como considera que el aprendizaje juega un papel determinante en todos los ámbitos de la conducta y el desarrollo cognitivo, de los cuales no escapa la agresividad.

Si bien no se ocupa de la definición del término violencia, si se ocupa sobre el de agresión, pero para concluir que una definición precisa que aborde las muchas cuestiones que conlleva es muy difícil. Sin embargo parte de considerarla como “una de las tácticas al servicio de la competición social, una de las habilidades normales del repertorio comportamental humano que van dirigidas a obtener saldos favorables en las interacciones conflictivas” (Tobefia, 2001: 11). Si las interacciones sociales pueden ser de carácter cooperativo, pueden serlo también de carácter conflictivo, y los conflictos se pueden afrontar de forma pacífica y negociadora o presentar actuaciones de carácter agresivo. La agresión en este sentido es “una de las maneras que la gente usa para interactuar. Es una de las modalidades que toman las conductas de relación”, pero se caracteriza porque en este tipo de interacción “alguien inflige daño a otro”, aunque “no es necesario causar lesiones físicas para conducirse de manera agresiva: con producir merma, molestia o perjuicios de cualquier tipo a los demás ya es suficiente” (Tobefia, 2001: 47). Y Tobefia señala que una definición relacional como ésta admite muchas matizaciones, e implica “que la catalogación de un acción como agresiva depende en último término de las vivencias de los protagonistas y de su conducta posterior”⁷ (Tobefia, 2001: 48). Por lo tanto, nos dice, a los elementos comportamentales y fisiológicos que hay detrás, hay que añadirles los contextuales e interpretativos.

general se refiera a agresión cuando habla de individuos, mientras que habla de violencia en casos como las luchas grupales o la guerra.

⁷ La interacción debe ser conflictiva, considera el autor, porque “las mismas conductas en un proceso amistoso o cooperador no son interpretadas como agresiones” (Tobefia, 2001: 48).

Ahora bien, realiza dos distinciones que podemos ver más o menos relacionadas, la primera se refiere a "la agresividad como disposición temperamental y la agresión como táctica comportamental" (Tobeña, 2001: 46). La "agresividad" estaría referida a una tendencia a manifestar comportamientos dañinos y que se presenta más en algunos individuos que en otros⁸, mientras que la "agresión" como táctica relacional es precisamente la que se señaló en el párrafo anterior. La otra distinción se da entre la agresión impulsiva y la agresión premeditada. La impulsiva se presenta cuando hay un umbral bajo para la activación de emociones como la cólera, el malestar, etc., y que se acompaña por la poca capacidad de anticipar las consecuencias de la conducta agresiva. La premeditada, por su parte, no está determinada por ese tono emotivo de la anterior, sin querer decir que no contenga emociones, sino simplemente que éstas pueden ser más contenidas y pensadas. La relación se puede encontrar entre agresividad y agresión impulsiva (pero no forzosamente se da) cuando el autor analiza el desarrollo temperamental de los individuos y su relación con la manifestación o la contención emotiva. Y desde luego también se puede encontrar una relación en la agresión como táctica relacional y la agresión premeditada.

Un último problema sobre la conceptualización de la agresividad es su relación con la dominación y el poder. Señala que por lo general se puede considerar que "los brotes de agresividad y los episodios de violencia entre individuos o entre grupos surgen por dos razones primordiales: disensiones sobre un bien singularmente apreciado (alimento, territorio, pertenencia, sexo, etc.) o sobre el estatus social (primacía, influencia, prerrogativas, objetos y señales de distinción, etc.)" (Tobeña, 2001: 45-46). Y estas segundas razones tienen su importancia porque acceder a un rango estable en un orden social permite a quien accede a él no tener que estar combatiendo en cada disensión con la que se encuentre, y así evitar los peligros que eso conlleva. El establecimiento de una jerarquía de dominación-sumisión puede establecerse por medio de una contienda directa, pero se mantiene mediante señales y rituales que informan del orden

⁸ Señala, por otra parte, que "no todo el mundo tiene el gatillo fácil para el ataque o la defensa. Hay gente muy dañina y gente extremadamente benigna. Y, en medio, hay muchas tipologías diferentes" (Tobeña, 2001: 52).

alcanzado. De este modo, nos dice el autor, en las interacciones individuales “la agresión es un modo de interacción que va ligado a las relaciones de dominio y poder social” (Tobeña, 2001: 46). Y de aquí se puede establecer otra distinción referida a la agresión por una parte y la dominación por la otra. “Según ello, comenta el autor, un individuo actuaría de forma agresiva cuando muestra intenciones de infligir un daño físico a un oponente, mientras que lo haría de forma dominante cuando el objetivo es establecer su supremacía (en forma de poder, influencia o acceso a prerrogativas valiosas)”⁹ (Tobeña, 2001: 59). Aunque el autor considera que esta distinción que muchos aceptan no es tan nítida, porque muchas luchas por la dominación pueden ser muy cruentas y porque hay también formas de alcanzar ésta que no recurren a estrategias agresivas.

Los mecanismos neuroendocrinos que dan lugar a la activación de la agresión pueden servir en general para dos modalidades de ésta: la que les sirven a los individuos para la defensa (alarma, resistencia, huida, etc.), y su desplazamiento hacia una modalidad de ataque, de amenaza, de dominio. Es decir, “existen unos complejos sistemas internos para garantizar la lucha por la sobrevivencia, que fácilmente pueden convertirse en optimizadores del combate por la ganancia a costa de los parientes, vecinos o extraños” (Tobeña, 201: 10). Sin embargo también existen fuertes mecanismos que llevan a la inhibición de la agresividad, mecanismos neuroendocrinos destinados a la cautela y las restricciones antiimpulsivas. Ambos tipos de mecanismos están, sin embargo, estrechamente relacionados con elementos del entorno.

Tobeña señala que existen regiones del cerebro más o menos especializadas¹⁰ “en modular y organizar el ataque y la defensa”, éstas se presentan como “agrupaciones neuronales que disparan y coordinan el conjunto de patrones musculares y descargas endocrinas que distinguen las reacciones

⁹ Podemos considerar por nuestra parte que, si la agresión es necesaria para el establecimiento del poder (visto aquí como un lugar de estatus social) en un orden jerárquico, no lo es, o lo es menos, para el mantenimiento de este orden, a menos que se considere en peligro y haya que reforzarlo con nuevos despliegues de agresiones.

¹⁰ Se considera por lo general que la especialización total no se da realmente, porque la maquinaria cerebral se presenta en complejas interacciones entre sus partes, es decir, “suele trabajar de manera global”, o como él dice, “hay que señalar (...) que la promiscuidad neural es común en todos los territorios del cerebro instintivo” (Tobeña, 2001: 72)

agresivas” (Tobeña, 2001: 68). De una manera esquemática se puede considerar estas agrupaciones neuronales como conformando la anatomía del cerebro, mientras que el aspecto endocrino se refiere a las sustancias hormonales que, una vez secretadas, actuarán sobre otras células o tejidos distantes alterando o modulando su funcionamiento. Y también de manera esquemática se puede considerar dos complejos emotivos con los que están relacionadas estas agrupaciones neuronales, uno está referido a aquellas emociones irritativas (cólera, malestar, miedo, dolor) y otras lo están a las placenteras. Sin entrar en detalles podemos ver que, por ejemplo en el papel que el hipotálamo tiene en el desarrollo de la agresión, el autor señala que “la pauta del asalto predador se obtiene preferentemente mediante la estimulación de algunas zonas del hipotálamo lateral, mientras que el perfil de la ferocidad defensiva aparece con la activación de zonas del hipotálamo medio” (Tobeña, 2001: 69), y que aquella zona lateral del hipotálamo está relacionada también con la mediación del placer alimentario y sexual, en tanto la zona media lo está con las reacciones defensivas y de aversión. Pero el hipotálamo no es la única estructura neurológica relacionada con la agresión, el autor señala también el sistema límbico, los núcleos amigdalinos, el tronco del encéfalo o la sustancia gris periacueductal, cada una de las cuales tienen sus especificaciones y funciones, pero que no entraremos a ver.

La importancia del entorno radica en que de éste provienen las principales señales para la activación de ciertas regiones cerebrales y para la respuesta que estas puedan ofrecer. Se reconocen señales que pueden poner alerta a los individuos, pero existiendo un umbral más allá del cual se pueden interpretar como “circunstancias críticas” que disparan reacciones de combate o huida¹¹. Por ejemplo, el complejo amigdalar reconoce expresiones faciales y de la voz que pueden expresar miedo o ira, y con ello las señales amenazantes o defensivas de los otros sujetos, a partir de los cuales se puede actuar¹². Más aún, se considera

¹¹ Insistimos aquí que el autor considera esto como un esquema simplificado de lo que realmente suele ocurrir.

¹² Cuando por ejemplo un individuo tiene ciertas afectaciones en estas amígdalas cerebrales y por ello no reconoce el temor de otro individuo, se le puede causar daño sin que el primer individuo

que muchas de estas señales se pueden percibir en un nivel preconciente y desencadenar ciertas reacciones, pero en un momento después, cuando accedan al nivel conciente, estas reacciones se matizarán. Y concluye el autor que "este desgajamiento de los mecanismos que permiten el autoescrutinio y la ponderación evaluadora confiere autonomía al sistema para actuar en las emergencias vitales" (Tobeña, 2001: 78).

Sobre el sistema endocrino, nos dice el autor que "las sustancias que trabajan en los engranajes de la agresividad son muchas y pertenecen a diversas familias de neuroreguladores: moléculas que disparan o frenan procesos en el dialogo intercelular" (Tobeña, 2001: 82), y que la existencia de muchas de estas sustancias que actúan acentuando o moderando la agresividad "denota la complejidad de esa estrategia biológica" (Tobeña, 2001: 84). Dentro de las sustancias neuroreguladoras proagresivas se encuentran los Andrógenos (la principal es la Testosterona), la Vasopresina, la Noradrenalina o la Dopamina entre otras. De los considerados antiagresivos se encuentran la Serotonina, los Corticoides, los Opioides, la Oxitocina, etc. Existiendo también algunas sustancias que tienen una acción diferencial en la regulación de los sistemas ofensivos o defensivos según donde actúen, como la sustancia GABA (ácido gama-amino-bútrico), los Estrógenos y los Progestágenos. Algunas de estas sustancias actúan directamente impulsando o facilitando la agresividad, otras lo hacen estimulando la irritabilidad o el placer, algunas más conectando mecanismos que estimulan la agresividad con aquellos que llevan a la contención y el apaciguamiento, etc., pero ya no entraremos a desglosar esto.

Considerando un poco más los mecanismos inhibidores de la agresividad, éstos se pueden ver asociados principalmente a la cautela y a las restricciones antiimpulsivas. Y responden a su vez principalmente al comportamiento de los otros dentro de una relación. No sólo considerando al agresor y el agredido, sino en general a todos los que rodean una relación. A grandes rasgos, como venimos reseñando aquí, se puede considerar la importancia de la cautela en relación a la

manifieste plena conciencia de ello. Pero esto también tiene matizaciones en relación con el contexto en que se da.

evaluación de la circunstancia en que se realiza la relación agresiva, el estatus que se tiene y el que tiene el otro, la fuerza o la cantidad de los otros, pero también a las señales de sometimiento, de dolor y sufrimiento del agredido¹³. Los impulsos emotivos en conexión con estas evaluaciones permiten así, en muchas situaciones, la inhibición de la agresividad. “Todo ello sugiere, nos dice el autor, que los sistemas cerebrales dedicados a la toma de decisiones deben integrar la información que proviene de los módulos neurales evaluadores y de los módulos neurales emotivos mediante interacciones que no se ajustan estrictamente al calculo racional “(Tobeña, 201: 121). Y esto último se señala en referencia a la posibilidad que existe de tener conciencia de costos graves de algunas conductas para los individuos y aún así actuar emotivamente. Como ejemplos de los mecanismos neuronales implicados en estas situaciones de contención agresiva se señalan las regiones ventromediales del lóbulo frontal y la corteza prefrontal. Y de las sustancias endocrinas que en esto participan, se señala como una de las más conocidas e importantes la Serotonina, que es una sustancia que contiene los impulsos dando tiempo a ponderar y recapacitar las acciones, y que cuando se encuentra en niveles bajos no puede cumplir con tal función.

Ahora bien, el autor señala que al estar relacionados con situaciones críticas para la sobrevivencia, los engranajes esenciales de la agresividad deben quedar fijados de forma temprana en los individuos, pero que “su maduración no está culminada al nacer. Hay, por lo tanto, un amplio campo para que influencias pre y postnatales de muy diversa índole puedan modular la organización y la expresión de los sustratos neuroendocrinos de la agresividad” (Tobeña, 2001: 141). Las interacciones en este campo de los procesos hereditarios, la crianza, determinados episodios significativos o las experiencias sociales, es variada y compleja, pero de cierta manera todos contribuyen al desarrollo del talante combativo o conciliador de los individuos. Entre los ejemplos que el autor menciona de las implicaciones entre distintos factores se encuentra el señalamiento de que el contacto táctil y amable con los infantes desde recién

¹³ Sin embargo también son importantes la educación o los valores morales que el individuo agresor tenga, así como la probable aprobación o desaprobación que su acción tenga respecto a terceros no directamente implicados.

nacidos, “es capaz de modificar la organización de algunos de los sistemas neuroendocrinos que regulan la afectividad, la empatía y el apego social (por ejemplo, los de la oxitocina y los opioides endógenos)” (Tobeña, 2001: 167), mientras que “el aislamiento social precoz deja trazos muy duraderos en el cerebro. La organización de diversos sistemas neuroendocrinos que intervienen en la modulación de la agresividad, la afectividad y la respuesta al estrés se ve claramente afectada” (Tobeña, 2001: 168). O también señala que los abusos prolongados y repetidos durante la infancia incrementan la probabilidad de que el individuo presente conductas violentas desde la adolescencia y la juventud. Que por otra parte no son irremediables, pues socializaciones de otros tipos pueden atenuar o inhibir ese tipo de conductas.

Desde luego el aprendizaje en la violencia o en la contención tiene también su papel relevante, pues como señala el autor, “en todos los aspectos de la conducta humana biología y cultura se entrelazan de manera altamente versátil y compleja. (...) desde el hábito más banal y automatizado hasta la cognición más imprevisible y sublime” (Tobeña, 2001: 38-39). El autor considera que el repertorio de comportamientos y tácticas agresivas se aprenden, tanto como el adiestramiento cognitivo y lingüístico para realizar sarcasmos, proferir insultos o diseminar calumnias. Lo que le importa, nos dice, no es si el aprendizaje juega un papel en la agresividad, sino “qué cosas se aprenden y qué cosas no se aprenden; con qué rapidez y facilidad se implementan y con qué selectividad” (Tobeña, 2001: 190). Las tácticas combativas se suelen aprender con relativa facilidad porque cuentan con moldes y predisposiciones que suelen emerger independientemente de en que marcos culturales se encuentran. Pero obviamente “hay ambientes que fuerzan los resortes de la combatividad llevándola hasta extremos singulares, y los hay, por el contrario, que subrayan la contención ante cualquier tipo de fricción” (Tobeña, 2001: 191). Así, tanto el aprendizaje cultural y el contexto relacional, como las interacciones en la crianza, tienen su papel en la modulación y madurez de los mecanismos neuroendocrinos endógenos relacionados con la agresividad y su contención.

Capítulo 2

Perspectivas sociopolíticas sobre la violencia

Si en el capítulo anterior se planteaba la cuestión de si es factible concebir a la violencia en base a un origen ontológico humano, referido a su naturaleza, o es puramente situacional, en el presente capítulo nos encontramos con algo semejante, pero esta vez en relación a una naturaleza de carácter social. Es decir, plantearse si la forma en que está constituida y organizada la sociedad, su naturaleza, pudiera marcar cierta propensión o ser el origen del desarrollo de acciones de carácter violento, o, en contra parte, de si la violencia es resultado de acciones concretas y en situaciones delimitadas de individuos y/o grupos dentro de la sociedad. Nos podemos referir a la primera cuestión como el origen o la matriz estructural de la violencia, mientras que a la segunda cuestión la podemos mencionar como el origen o desencadenante contextual de la violencia.

Sin embargo esta distinción de dos orígenes de la violencia, a diferencia de la distinción instintivo-ambiental del primer capítulo, no plantea de principio dichos orígenes como contradictorios o alternativos, sino en mayor medida como complementarios. La matriz estructural puede verse, en cierta forma, como un contexto de amplio alcance, que pueden presentarse de carácter simbólico, ideológico u organizativo, y que se suele considerar como necesario pero no siempre suficiente. Y en referencia a esta matriz estructural van a actuar los contextos particulares, los cuales pueden presentar elementos de diferente alcance según afecten a individuos, grupos pequeños o a comunidades enteras. Así, estos elementos serán vistos más como desencadenantes o posibilitadores de las acciones violentas concretas. La diferencia principal radica entonces en la importancia explicativa que se les concedan a cada uno de los orígenes, que a la

vez puede estar un tanto condicionada por los objetivos e intereses de la perspectiva de investigación. Lo que afecta también a la propia conceptualización de los tipos de violencia. Pues, por ejemplo, si para una teoría como la de Robert K. Merton ciertas situaciones económicas de desigualdad producen una frustración, la cual a su vez puede ser causa de algún tipo de violencia, como la delincuencia, otras concepciones, como la del colonialismo en la perspectiva de Aimé Césaire, la desigualdad económica puede ser vista como una situación en sí misma violenta.

Otra cuestión que considero importante resaltar se refiere a la situación de la historicidad de la violencia (que casi no aparece en las concepciones individualistas). La mayoría de los autores comentados en este capítulo aceptan dicha historicidad. En lo referente a la matriz estructural este carácter histórico puede contemplarse en un amplio alcance temporal, como el del caso que se reseña del colonialismo, o bien presentarse en estructuras transhistóricas, como pueden ser la estructura del patriarcalismo en la concepción de la antropóloga Rita Laura Segato o la idea de lo político en la concepción de Carl Schmitt. En el caso de los orígenes contextuales la referencia a la historicidad tendría que parecer obvia, pero puede no ser del todo así, pues pueden esencializarse ciertos elementos y entonces presentarse como ahistóricos, por ejemplo cuando se concibe la lucha por el poder político como un elemento posibilitador de violencia, o bien algunas posturas pueden acudir a características de la naturaleza individual como explicativas de la violencia y que desdibujan la historicidad del fenómeno, como cuando algunos hablan de una personalidad violenta en los hombres que maltratan a las mujeres en el núcleo familiar. Este señalamiento o no de la historicidad del fenómeno de la violencia puede tener consecuencias para la explicación y valoración, condenatoria o exculpatoria, de los diferentes tipos de violencia. Los elementos de historicidad, transhistoricidad y ahistoricidad pues, pueden estar presentes al mismo tiempo o mantener discrepancias en una misma perspectiva. Trataremos de verlo más adelante en el último capítulo.

Este capítulo se dividirá, al igual que el anterior, en tres apartados. En el primero se aborda la matriz estructural de la violencia, que aquí presentamos

como cierta ontología de lo social, sea por su esencia simbólica, ideológica u organizativo-estructural. El segundo apartado considerará el origen contextual de la violencia, su carácter situacional, ya sea referido a las interrelaciones entre los diferentes agentes que participan en las situaciones de violencia, ya referido a las relaciones entre los agentes y las estructuras institucionales en las que se desarrolla dicha violencia, o ambos a la vez. En el último apartado se presenta el caso de la violencia doméstica y las diferentes concepciones que de ella desarrollan algunas instituciones dedicadas a su estudio y atención, como ejemplo en el que se mueven diferentes perspectivas causales de la violencia, abordando las dos de este capítulo, pero también algunas del primero. Ahora bien, los diferentes autores reseñados consideran diversas formas de violencia, algunos considerarán un amplio abanico de tipos de violencia, mientras que otros serán más acotados y específicos, pero la separación e inclusión en cada uno de los apartados la hacemos para señalar las concepciones causales de la violencia, no tanto porque sean más abarcadoras o no en los tipos de violencia de que hablen.

I- Matriz estructural de la violencia

La intención de Carl Schmitt en su texto *El concepto de lo político* no es, en modo alguno, reflexionar sobre la violencia, sino, como él mismo dice en el epílogo a la edición de 1932, “encuadrar un problema teórico de magnitud incalculable” (Schmitt, 1999: 123), que es el referido al concepto de lo político o, como acotará en el prólogo a la reimpresión del texto hecha en 1963, “de lo que se trata fundamentalmente es de la relación y correlación de los conceptos de lo *estatal* y de lo *político* por una parte, y de los de *guerra* y *enemigo* por la otra, para de este modo obtener la información que unos y otros pueden aportar a este dominio conceptual” (Schmitt, 1999: 39, subrayado del autor). Sin embargo es precisamente el encuadre de este segundo par de conceptos lo que nos interesa destacar en relación a la violencia.

El texto pretende, pues, aclarar conceptualmente el problema de lo político partiendo desde una perspectiva jurídica, especialmente la que se dedica al tema del Estado y las relaciones internacionales. Los conceptos jurídicos desarrollados en la Europa moderna, nos dice en el prologo de 1963, "han estado íntegramente acuñados desde el Estado, y que lo presuponen como modelo de unidad política" (Schmitt, 1999: 40). En este desarrollo el Estado se establece como una unidad política que mantiene el monopolio de las decisiones en esa esfera, y se presentará hacia el exterior como unidad soberana y hacia el interior como unidad pacificada. Se presenta pacificada hacia el interior bajo la formula "paz, seguridad y orden", pero dicha formula, según nuestro autor, es una definición de la policía, no tanto de la política. La verdadera o gran política, desde su perspectiva, será la política exterior y la realizará el Estado soberano (Schmitt, 1999: 40-41).

Valorando como clásico este modelo de Estado europeo, Schmitt nos dice que precisamente "lo clásico es la posibilidad de llevar a cabo distinciones claras, unívocas: entre interior y exterior, entre guerra y paz, y durante la guerra entre militar y civil, entre neutralidad y no neutralidad" (Schmitt, 1999: 41). Y en lo relativo a la situación de guerra se reconoce al enemigo con la misma cualidad de Estado soberano, lo que permite llegar, entonces, a reconocer al enemigo en igualdad de status jurídico y no considerarlo como criminal. Pero lo más importante es que "la guerra puede ser limitada y circunscrita mediante regulaciones de derecho internacional". Y, en la evaluación del autor, "la regulación y clara delimitación de la guerra supone una relativización de la hostilidad. Toda relativización de este género representa un gran progreso en el sentido de la humanidad" (Schmitt, 1999: 41). Progreso que, considera, sólo ha sido llevado a cabo por Europa. Pero al señalar, en el referido prologo de la segunda edición, que después de 1939 se han conocido nuevas formas de guerras más intensivas, así como las guerras revolucionarias y de partisanos o guerrilleros, se preguntará "¿Cómo es posible aprender todo esto teóricamente si se reprime y arroja de la conciencia científica la realidad de la existencia de la hostilidad entre los hombres?" (Schmitt, 1999: 45).

Partiendo, por lo tanto, de esta realidad de la hostilidad humana (o cuando menos de cierto tipo de hostilidad) Schmitt va a abordarla en base a una cierta ontología de lo político, es decir, que la naturaleza de lo político nos permite comprender un tipo de hostilidad específica, el de la guerra. En *El concepto de lo político* el autor afirma que dicho concepto no puede especificarse haciendo referencia a su ámbito de desarrollo y manifestación, el Estado, sino a una distinción particular, última, a la cual pueda referirse todo lo que es acción política. Y establece: "la distinción política específica, aquella a la que pueden reconducirse todas las acciones y motivos políticos, es la distinción de *amigo y enemigo*" (Schmitt, 1999: 56). Y haciendo referencia a otras distinciones, como la de la moral entre bueno y malo, la estética entre feo y bello o la económica entre rentable y no rentable, nos dice que cada una de estas distinciones es autónoma, en el sentido de que no puede ninguna sustentarse en alguna otra. De esta manera el enemigo político no necesita ser considerado feo o malo o competidor económico, aunque de hecho en la búsqueda de apoyo en el rechazo del enemigo se haga uso de estas categorías. Lo específicamente político del enemigo es que "simplemente es el otro, el extraño, y para determinar su esencia basta con que sea existencialmente distinto y extraño en un sentido particularmente intensivo" (Schmitt, 1999: 57). Y, en última instancia, el enemigo es aquel con quien puede producirse un conflicto de carácter bélico.

Hace hincapié en que a los conceptos de amigo y enemigo no deben verseles como metáforas o símbolos, sino concebirse en su sentido concreto y existencial, así como no deben de reducirse a un nivel puramente personal. El enemigo, nos dice, no es un competidor o cualquier adversario personal. El concepto enemigo alude "a un conjunto de hombres que siquiera eventualmente, esto es, de acuerdo con una posibilidad real, se opone *combativamente* a otro conjunto análogo" (Schmitt, 1999: 58). Por lo tanto, desde esta concepción política, el enemigo sólo puede ser público, no privado. Y puesto que el enemigo político solamente puede ser de carácter público, corresponde únicamente a las unidades políticas la facultad de decidir por ella misma quienes son amigos y quienes enemigos, así como sobre el hecho de la neutralidad. La unidad política

esencial es la del Estado, y en torno a esta unidad el autor identifica, por así decirlo, tres niveles del uso de la noción de lo político: en primer lugar, y como paradigma, es la que identifica las relaciones entre Estados soberanos; el segundo nivel es al interior del Estado como política partidista o políticas del propio Estado de carácter religiosa, social, educativa, etc., pero que, en todo caso, sigue conservando la oposición antagónica como su base, aunque relativizada por la unidad política del Estado, y el tercer uso de la noción, degradada y caricaturesca, se aplica a diversos tipos de competencia e intrigas, y en las que de la diferenciación entre amigo y enemigo no queda más que cierto antagonismo debilitado y estratégico (Schmitt, 1999: 60).

Que al Estado, como unidad política, le corresponda el decidir en la distinción amigo-enemigo, implica que le corresponde también la facultad de decidir en materia de lucha armada, es decir, de Guerra. "Pues es constitutivo del concepto de enemigo, nos dice el autor, el que en el dominio de lo real se de la eventualidad de una lucha" (Schmitt, 1999: 62). Y es sobre esta eventualidad de la lucha armada en la que los conceptos de amigo y enemigo adquieren su sentido más pleno. La posibilidad de declarar una guerra es, por tanto, la posibilidad "de disponer abiertamente de la vida de las personas", pues el derecho a declarar la guerra que tienen los Estados, "significa la doble posibilidad de requerir por una parte de los miembros del propio pueblo la disponibilidad para matar y ser muerto, y por la otra de matar a las personas que se encuentran del lado del enemigo" (Schmitt, 1999: 75).

El Estado tiene la capacidad de definir al enemigo no sólo en relación con otro Estado, sino que también, al interior del mismo, asume la capacidad de adoptar "formas de proscripción, destierro, ostracismo, de poner fuera de la ley, en una palabra, de declarar a alguien enemigo dentro del estado" (Schmitt, 1999: 75). Y si la Guerra es una lucha entre unidades políticas, la lucha al interior de una de estas unidades es una guerra civil. Pero la guerra civil se vuelve problemática porque en sí misma conlleva la disolución de la unidad política del Estado, que se había presentado hasta entonces como internamente pacificado, por lo que al

interior del Estado se formaran otras unidades políticas con la facultad de definir al mismo Estado como enemigo.

Afirma, sin embargo, que la guerra es "la realización extrema de la enemistad", por tanto, "no necesita ser nada cotidiano ni normal, ni hace falta sentirlo como algo ideal o deseable, pero tiene desde luego que estar dado como posibilidad efectiva si es que el concepto de enemigo ha de tener algún sentido" (Schmitt, 1999: 63). De esta manera aclara que lo político no se debe entender como pura acción de guerra, ni que cada pueblo se tenga que encontrar constantemente sumido en esa realidad, sino que lo importante de lo político es que mantiene siempre a la guerra como posibilidad real, aunque extrema; es una posibilidad que fija las coordenadas de lo político. La guerra no debe entenderse como el objetivo ni el contenido de la política, sino como el presupuesto de una posibilidad real que determina la acción y la mentalidad política. Tampoco se debe entender como que "un pueblo tenga que ser eternamente amigo o enemigo de otro, o que la neutralidad no sea posible, o no pueda ser políticamente sensata" (Schmitt, 1999: 64). Lo que pasa es que también este concepto de neutralidad está condicionado por el supuesto de la posibilidad de la guerra. Y, en última instancia, si la neutralidad se generalizase a todos los pueblos, y con ello desapareciera la guerra, lo que sucedería es que estaría desapareciendo la política. Concebir un mundo enteramente pacificado haría desaparecer la distinción entre amigo y enemigo y, por lo mismo, la propia política (Schmitt, 1999: 64-65).

Por otra parte, concebir cierta clase de motivos puros a los que se les adjudique el desarrollo de una guerra, como los religiosos, económicos o jurídicos, le parece a nuestro autor cierta falta de sentido, pues de estos ámbitos no puede derivarse la distinción necesaria entre amigos y enemigos. Por el contrario, cuando una oposición de carácter de cualquiera de estos ámbitos gane la suficiente fuerza para agrupar a cierta gente en amigos y enemigos, se convertirá en una oposición política. Los motivos referentes a la guerra adquieren carácter político, en tanto adquieren la capacidad para establecer la diferenciación entre amigos y enemigos. Así mismo una comunidad, de cualquier carácter –religioso, económico, etc.--, que

adquiera la facultad para decidir sobre el inicio o cese de una hostilidad armada, adquiere también carácter de unidad política, aparte de ser una comunidad religiosa, económica u otra (Schmitt, 1999: 66-69). Y esto se ha presentado de formas diversas a lo largo de la historia o, como él nos dice, "las innumerables modificaciones y vuelcos de la historia y de la evolución humanas han hecho surgir nuevas formas y nuevas dimensiones de la agrupación política, han aniquilado viejas construcciones políticas, han concitado guerras exteriores y civiles, y han acrecentado unas veces, y reducido otras, el número de las unidades políticas organizadas" (Schmitt, 1999: 75).

Pero la guerra, esto es, la disposición a matar y ser matado, adquiere para el autor su sentido en la realidad existencial de la guerra, no en ideales, programas o dispositivos normativos. "El sentido de una guerra no está en que se la haga por ideales o según normas jurídicas, sino en que se la haga contra un enemigo real"¹⁴ (Schmitt, 1999: 79). Ningún ideal ético o norma jurídica son tan elevados para justificar en sí mismos una guerra. Es la existencia real de un enemigo lo que políticamente motiva a que se le rechace o combata. Y aún la llamada a la necesidad¹⁵ de una "guerra justa" siempre está al servicio de objetivos políticos (Schmitt, 1999: 79). Así pues, es en esta realidad ontológica de lo político en donde descansa el sentido y origen de uno de los más difundidos tipos de hostilidad social, el de la guerra. Y la posibilidad de encontrar la limitación y abandono, no tanto de las formas fácticas de la guerra, sino sobre todo de la eventualidad de la misma, implica el abandono de la propia política misma.

Pero Schmitt también señala que a las teorías políticas se les puede someter a examen, y buscar los supuestos antropológicos subyacentes según se considere al hombre bueno o malo por naturaleza o, quizá más correctamente, "si constituye un riesgo o una amenaza, o si es enteramente inofensivo" (Schmitt,

¹⁴ Pero aquí no debemos de perder de vista que este enemigo, en última instancia, será definido por una unidad política determinada, y que esta misma unidad decide igualmente si hay que rechazar o apartar al enemigo, o de plano combatirlo. Y para este tipo de decisiones puede que acuda a justificativos de distinta índole, pero aún así lo que premia, lo determinante, será la decisión política de definir y enfrentar a un enemigo.

¹⁵ En la teoría de la "guerra justa", se concibe la "necesidad" de la guerra sólo cuando se han agotado las instancias de negociación de cualquier otra índole, es decir, la guerra se ve como último recurso.

1999: 87). Y mientras ve que algunas teorías que toman al hombre por bueno naturalmente conllevan cierta hostilidad hacia el Estado, como serían las ideas anarquistas y las liberales, las que asumen el supuesto contrario no lo harán. Es decir, que las primeras parten de ciertos elementos no propiamente políticos, como pueden ser elementos éticos o económicos, y tratan de someter la realidad política del Estado a estos otros elementos, mientras que las segundas se basan en “un sistema de ideas específicamente político”¹⁶ (Schmitt, 1999: 94). Concluyendo con esto, “que todas las ideas políticas propiamente dichas presuponen que el hombre es ‘malo’, y lo consideran como un ser no sólo problemático sino ‘peligroso’ y dinámico” (Schmitt, 1999: 90).

Tomar ciertos supuestos antropológicos, sin embargo, puede verse como constitutivo de cada ámbito del pensamiento humano, y el autor lo ilustra diciendo que un pedagogo debe tener necesariamente al hombre por educable, un teólogo por pecaminoso y precisado de redención, o que un moralista siempre presupone la libertad de elección. Por lo tanto, desde que lo político “se determina en última instancia por la posibilidad real de que exista un enemigo, las representaciones y argumentaciones sobre lo político difícilmente podrían tomar como punto de partida un ‘optimismo’ antropológico” (Schmitt, 1999: 93).

En otra perspectiva que nos habla también de una matriz estructural de la violencia, la antropóloga argentina Rita Laura Segato, en su texto *Las estructuras elementales de la violencia*¹⁷, considera un modelo que relaciona dos ejes, uno horizontal o de contrato referente a la relación de un grupo de iguales, y uno vertical o de estatus que relaciona a desiguales, como la fuente etiológica de la violencia, y que tiene a la estructura patriarcal que define las relaciones de género precisamente como su núcleo central. Y no sólo se refiere a la violencia que

¹⁶ Entre los pensadores específicamente políticos que menciona se encuentran Maquiavelo, Hobbes, Fichte o Donoso Cortés. Y estos pensadores políticos, nos dice el autor, proclaman un tipo de realismo difícil de aceptar para muchos pensadores, por lo que lo descalificaran (a este realismo político) de inmoral, perverso o acientífico.

¹⁷ Una recolección de nueve ensayos diferentes que tocan temas como la violación, los derechos humanos, la relación del psicoanálisis con la antropología, la religión afrobrasileña de Recife en Brasil o la comunicación por Internet, pero que se conectan mediante los temas de la violencia y las relaciones de género.

directamente se relaciona con el género, sino de todo tipo de violencia, ya que esta estructura patriarcal es la primera en establecer relaciones jerárquicas y de dominación, propias de las relaciones de estatus, y será vista como el paradigma de otras relaciones de este tipo, tales como las de clase o las raciales.

Este modelo lo retoma la autora de *Las estructuras elementales del parentesco* de Lévi-Strauss, pero, advierte, tomando ciertas libertades. Nos dice, entonces, que tenemos un eje horizontal en el que se llevan acabo relaciones de alianza y competición entre iguales, al cual se lo caracteriza como de contrato, y un eje vertical en el que las relaciones vinculantes son de entrega y expropiación, son relaciones jerárquicas entre desiguales que se les caracteriza como de estatus. Estos dos ejes pueden verse como dos "economías simbólicas" que se entrelazan formando un sistema¹⁸, el cual, sin embargo, será de equilibrio inestable, ya que cada uno de los ejes busca dominar sobre el otro. La articulación de estos dos ejes en un solo sistema, señala la autora, se establece "porque la capacidad de exacción en una economía simbólica de status es justamente el requisito indispensable para formar parte del orden de pares. El tributo obtenido es la propia credencial que los miembros de este orden se exigen, unos a otros, para incluirse como semejantes" (Segato, 2003: 254). En los sistemas donde la economía simbólica de estatus es relevante, nos aclara, "todo sucede como si la plenitud del ser de los semejantes (...) depende de un *ser-menos* de los que participan como *otros* dentro del sistema. Ese *ser-menos* --o *minusvalía*-- sólo puede ser resultado de una exacción o expropiación simbólica y material que reduce la plenitud de estos últimos a fin de alimentar la de aquellos". (Segato, 2003: 254 el subrayado es de la autora). Y se intentará en todo momento presentar este orden como basado en características indelebles y naturales.

Pero la articulación no es estable y no se reproduce automáticamente, pues la mutua influencia lleva a que, por una parte, en el eje horizontal, la deficiente o

¹⁸ Plantea la autora que aunque puedan presentarse como teniendo origen en tiempos diferentes, estos dos ordenes subsisten coetáneamente, y la distinción entre uno moderno, el de contrato, y el otro premoderno, el de estatus, no hacen que el contrato elimine jerarquías como las de género, las raciales, las de clase o las regionales. Y en cierta manera estos dos órdenes, con pesos radicalmente diferentes, subsisten desde un largo tiempo.

nula presentación de un tributo para participar en igualdad, por parte de algunos de los miembros, así como la continua competencia entre ellos, conduzcan a su expulsión y desplazamiento a una calidad de subalternos en un orden de estatus, y por otra parte, en el eje vertical, se den presiones por parte de subordinados para su reconocimiento como semejantes, sobre todo en comunidades donde se exalta el orden igualitario de contrato, como las democracias modernas. De manera que en este sistema, nos sugiere la autora, "el contrato y el status se contaminan mutuamente y necesitan de un esfuerzo, de un *input* violento, de una inversión agresiva para mantener el orden en su interior" (Segato, 2003: 256). Es decir, ante la presión en el orden de contrato de empujar a los competidores a una posición subalterna, jerárquica, y la de los subalternos en el orden de estatus por participar en la igualdad, la posición de dominio y poder de quienes se encuentran en la cima se presenta inestable y cuestionada, por lo que para seguir manteniendo el sistema y que se presente como natural e inmodificable se establece una defensa de ese poder con un "espíritu bélico", o sea, "lo que se obtuvo por conquista está destinado a ser reconquistado diariamente; lo que se obtuvo por conquista o usurpación, como rendición de tributo en especie o en servicio o de pleitesía en un juego de dignidades diferenciadas demandará la agresión como rutina, por más naturalizada que sea su aspecto. En este sistema siempre a punto de colapsar, donde el poder siempre corre riesgo, no existe posibilidad alguna de reproducción pacífica" (Segato, 2003: 258).

Y son precisamente las relaciones de género de corte patriarcal las que serán presentadas por la autora como el paradigma de la economía simbólica de estatus, que alimenta el orden de contrato entre los hombres. En ellas la mujer adquiere "la función de objeto destinado al consumo de la construcción de la masculinidad" (Segato, 2003: 256). Es así que en el patriarcalismo el sistema no sólo revela su estructura más plenamente, sino que presenta el paradigma y quizá la simiente para la construcción de otros órdenes de jerarquías; las raciales, las de clase, las nacionales o las étnicas, que, a su vez, sirven para sustentar otros órdenes de semejantes.

Ahora bien, frente a posiciones que en antropología representan una visión relativista y constructivista del género según las diversas sociedades, como es el caso, para la autora, de Margaret Mead. Y frente, también, a posiciones universalistas sobre la subordinación de la mujer en las diversas sociedades, pero que señalan la discontinuidad del género como inspirada en un mundo biológico de dimorfismo sexual, Segato plantea que se debe de optar por un modelo que desencialice al género del determinante biológico, pero que mantenga la visión de universalidad jerárquica en este tipo de relaciones.

Señala entonces que "podemos llegar a la conclusión de que esa jerarquía depende de un orden o estructura bastante estable. Una estructura que es más del ámbito de las instituciones que de los sujetos sociales que transitan por ella, y que forman parte del mapa cognitivo con que estos sujetos operan antes que de una identidad estable supuestamente inherente a su constitución" (Segato, 2003: 69). Es decir, es una estructura abstracta y simbólica de relaciones en la que lo "masculino y femenino son posiciones relativas que se encuentran más o menos establemente representadas por las anatomías de hombre y mujer (...). Pero no necesariamente"¹⁹ (Segato, 2003: 58). Lo que importa son los lugares y las relaciones que se establezcan, no tanto las anatomías de los actores que representan los papeles masculino y femenino. Y es más de carácter cognitivo porque estas relaciones se van imprimiendo a partir de una escena original, familiar y patriarcal, en la emergencia del sujeto como ser social.

Esta estructura, nos dice, "tiene consecuencias en el nivel observable, etnografiable, pero que no se confunde con este nivel fáctico, ni las consecuencias son lineales, causalmente determinadas o siempre previsibles" (Segato, 2003: 14). Por ello afirma que el género no es observable, sino que es a partir de una escucha atenta y sensible como se llega a captar el nivel profundo, simbólico, de la estructura patriarcal. Para esta concepción se ayuda, aparte de la antropología, del psicoanálisis, y en especial de la perspectiva de Lacan. Pero aparte de esta semejanza epistemológica, Segato señala que tanto el estructuralismo de Lévi-

¹⁹ Señala por ejemplo que en instituciones como cárceles y conventos donde hay una única anatomía, en cierta forma resurgen estas relaciones estructurales, y no solamente en el ámbito sexual, sino también en un ámbito más amplio de relaciones afectivas.

Strauss como el lacaniano priman una estructura patriarcal y jerárquica simbólica, "una estructura cuya profundidad histórica se confunde con el tiempo de la especie y se comporta como el cristal más duro y de mayor permanencia histórica" (Segato, 2003: 101).

Y así, al comentar un relato sobre los Baruya de Nueva Guinea, referido por el antropólogo Maurice Godelier²⁰, donde éste dice que después de años de trabajo etnográfico con este pueblo, le revelaron el secreto más grande de los hombres; que el elemento más sagrado de la casa de éstos y que representa la misma masculinidad, unas flautas protegidas de la visión de las mujeres y de los niños, fueron, sin embargo, construidas por las mujeres y a ellas les pertenecían, pero que en tiempos primordiales un hombre baruya entró a la casa de las mujeres y las robo, pasando a pertenecer desde entonces a los hombres. "Este episodio central en el gran mito fundacional baruya, comenta la autora, parafrasea aquel que es, a su vez, el motivo central de la narrativa —o mito— lacaniano: que la mujer es el falo mientras el hombre *tiene* el falo" (Segato, 2003: 101). Este mito, para Segato, deja en claro que el poder es siempre una usurpación, el producto de un robo o expropiación, pero que Lacan no menciona. "No se trata de ser o de tener el falo, se trata de no tenerlo y de robarlo" (Segato, 2003: 101), sentencia la autora. Esta expropiación es una "violencia fundante" que mantiene a lo masculino condenado a reproducirse a costa de lo femenino. "*Esta es la célula elemental de la violencia*. Se trata de una economía expropiadora única, instituida y en vigencia permanente, narrada *en ambos mitos*" (Segato, 2003: 101)²¹.

La reproducción del orden de cosas así establecido conlleva el establecimiento de una violencia cotidiana, que la autora va a denominar "violencia

²⁰ Autor que sin embargo, según señala Segato, se opone a la ya mencionada concepción estructural de lo simbólico porque considera que pensar en un puro despliegue de "estructuras profundas del espíritu humano" hace desaparecer "las relaciones históricas específicas" (vid cita de Godelier en Segato, 2003: 99). El libro de Godelier comentado es *El enigma del don*, publicado en español por la editorial Paidós.

²¹ Segato cita el texto de Godelier *El enigma del don*: "Y en la medida de que este derecho de uso no fue donado sino adquirido por medio de la violencia, debe ser también constantemente conservado por medio de la violencia (...). Y si los hombres se concedieran un descanso, aunque no fuera más que por un solo día, un solo mes o un solo año, en el ejercicio de esta violencia, de esa presión que ejercen sobre las mujeres, esos poderes retornarían a las mujeres y el desorden surgiría nuevamente, subvirtiendo la sociedad y el cosmos" (Segato, 2003: 101-102).

moral o psicológica", la cual consiste en una serie de mecanismos que se legitiman por la costumbre y sirven para el mantenimiento del estatus de género, pero que no se encierra en este orden jerárquico, sino que opera así mismo también en otros ordenes de estatus. Esta violencia es vista como estrategia de reproducción del sistema manteniendo la subordinación de ciertos elementos en el orden de estatus, y que recrea y actualiza cotidianamente la estructura simbólica de dicho orden. La autora distingue analíticamente esta violencia moral de la violencia física²², que se presenta por ejemplo en el maltrato de las mujeres en el espacio domestico o aún fuera de éste, porque su característica distintiva es *"que se disemina difusamente e imprime un carácter jerárquico a los menores e imperceptibles gestos de la rutina doméstica –la mayor parte de las veces lo hace sin necesitar las acciones rudas o agresiones delictivas, y es entonces cuando muestra su mayor eficacia—"*(Segato, 2003: 114, subrayado de la autora). Esto se consigue por medio de tres aspectos que caracterizan a este tipo de violencia: "1) su diseminación masiva en la sociedad, que garantiza su 'naturalización' como parte de comportamientos considerados 'normales' y banales; 2) su arraigo en valores morales religiosos y familiares, lo que permite su justificación y 3) la falta de nombres u otras formas de designación e identificación de la conducta, que resulta en la casi imposibilidad de señalarla y denunciarla e impide así a sus víctimas defenderse y buscar ayuda". Y nos dice que, "en materia de definiciones, violencia moral es todo aquello que envuelve agresión emocional, aunque no sea ni consciente ni deliberada" (Segato, 2003: 115).

Pero como se señaló antes, estas formas de violencia salen de las relaciones de género y se presentan en todos los ámbitos de sociabilidad como la mejor forma de control y opresión ahí donde existan relaciones de dominación. Y no basta considerar, nos dice, que la estructura jerárquica se repita en las relaciones de género, raciales, de clase u otras, sino que "es necesario percibir que todos estos campos se encuentran enhebrados por un hilo único que los

²² Pero esta distinción no quiere decir que la violencia física sea menos importante que la violencia moral, sino que más bien busca destacar que existen sustratos más profundos, no fáciles de contemplar, que la periférica e inmediatamente detectable violencia física, y que en cierto sentido la posibilita.

atraviesa y los vincula en una única escala articulada como un sistema integrado de poderes, donde género, raza, etnia, región, nación, clase se interpenetran en una composición social de extrema complejidad. De arriba abajo, la lengua franca que mantiene el edificio en pie es el sutil dialecto de la violencia moral” (Segato, 2003: 121)

Puesto que las relaciones de género están estrechamente imbricadas y se confunden con la estructura del patriarcalismo, la autora considera que sólo se puede apuntar a una superación paulatina de esta larga historia estructural. Y ella considera tres vías para ello. En primer lugar estaría la expansión de los derechos humanos, que con un sistema de nombres o “nomenclatura jurídica” pueda ofrecer representaciones, pues, nos dice, “sin simbolización no hay reflexión, sin reflexión no hay tentativas de autocorrección y redireccionamiento intencional de los modelos de interacción social” (Segato, 2003: 260). Con esta idea no se trata tanto de incrementar la punibilidad de las prácticas, sino de invitar a la deliberación ética y fomentar la sensibilidad de las mismas. Y del análisis que realiza de la religión afrobrasileña de Recife, extrae otras dos propuestas²³. La primera consiste en eliminar la fijación y dureza de las posiciones de lo masculino y lo femenino en las relaciones de género, permitiendo una fluida circulación de los cuerpos en dichas relaciones y creando así una maleabilidad de la estructura. Y la última propuesta es la de que esta misma maleabilidad permite “la reutilización irónica de los términos del patriarcado. Lo que parece ser invocado es, de hecho, solapadamente erosionado, desestabilizado y desconstituido (...). La ironía aquí es una forma legítima e interesante de reflexividad” (Segato, 2003: 261).

El poeta y político de Martinica Aimé Césaire nos presenta otro modelo estructural para el origen de la violencia con su concepción del “colonialismo”, pero que será retomado y desarrollado también por otros autores. En su *Discurso sobre el*

²³ En esta religión se establece cierta correspondencia de los sujetos según su personalidad con algunos de los orixás del panteón, los cuales son seis, tres femeninos y tres masculinos. Se asigna uno como “dueño de la cabeza” y otro como adjunto, y la asignación no depende del sexo del sujeto, sino de su personalidad. En la asignación puede ser que los dos sean masculinos o femeninos o uno y uno, siendo esta última combinación la más apreciada.

*colonialismo*²⁴, escrito en 1950, este autor englobará, tanto el proceso de colonización o conquista llevado a cabo por Europa en otros continentes, como los procesos de consolidación y mantenimiento del dominio que la colonización conllevó, bajo el mismo término de colonialismo. Y estos dos tipos de procesos serán presentados no sólo como violentos en sí mismos, sino también como origen de violencia. Procesos que afectan, por lo demás, tanto al colonizado como al colonizador, aún cuando de maneras diferentes.

La colonización, señala, "no es evangelización, ni empresa filantrópica, ni hacer retroceder las fronteras de la ignorancia, de la enfermedad, de la tiranía", sino que, "en la colonización el gesto decisivo es el del aventurero y el del pirata, el del tendero a lo grande y el del armador, el del buscador de oro y el del comerciante, el del apetito y el de la fuerza, con la maléfica sombra proyectada desde atrás por una forma de civilización que en un momento de su historia se siente obligada, endógenamente, a extender la competencia de sus economías a escala mundial" (Césaire, 2006: 14). Es un apetito de matices económicos, que utiliza la fuerza sobre unos "otros" a los que se cosifica y rebaja en su humanidad, debido a que Europa ha caído en las manos de "financieros y de los capitanes de industria más desprovistos de escrúpulos" (Césaire, 2006: 21) y que convierten la expansión económica y política en una necesidad para mantener su sistema. Y nos dice que si los colonizadores como los Pizarro o los Cortés matan y saquean sin mayor pretensiones, será más tarde cuando lleguen "los calumniadores", y en primer lugar "la pedantería cristiana por haber planteado ecuaciones deshonestas: *cristianismo = civilización; paganismo = salvajismo*, de las cuales sólo podían resultar consecuencias colonialistas y racistas abominables, cuyas víctimas debían de ser los indios, los amarillos, los negros" (Césaire, 2006: 14, los subrayados son del autor). Actitudes que llevan también a la ecuación "*colonización = cosificación*".

Pero las consecuencias de la colonización también se dejan sentir en el colonizador, descivilizándolo y deshumanizándolo, ya que "la conquista colonial, fundada sobre el desprecio del hombre nativo y justificada por este desprecio,

²⁴ Retomado aquí del libro *Discurso sobre el colonialismo* publicado por la editorial Akal, 2006, y que viene acompañado por otros trabajos del mismo autor, así como de trabajos de otros autores que comentan y desarrollan las tesis de Césaire.

tiende inevitablemente a modificar a aquel que la emprende; que el colonizador, al habituarse a ver en el otro a *la bestia*, al ejercitarse en tratarlo como bestia, para calmar su conciencia, tiende objetivamente a transformarse él mismo en *bestia*" (Césaire, 2006: 19). Es un distanciamiento moral que lo insensibiliza y exime de culpa, pero que, por lo mismo, lo hace más terrible. E ilustra esto con diversas citas de participantes en actos de colonización en diferentes lugares, en las que se habla de orejas cortadas, de decapitaciones, de matanzas de hombres, mujeres y niños, etc., y señalando que en algún momento se sentía vanidad por estos hechos y no se tenía reparo en contarlos. Y, más allá de esto, plantea que el colonialismo se le ha revertido a Europa en la forma del nazismo; esa forma de barbarie que había sido legitimada y sostenida por los europeos, pero que "hasta entonces sólo se había aplicado a los pueblos no europeos", por lo que, en el fondo, lo que no se le perdona a Hitler nos dice, "no es el *crimen* en sí, *el crimen contra el hombre*, no es *la humillación del hombre en sí*, sino el crimen contra el hombre blanco, y haber aplicado en Europa procedimientos colonialistas que hasta hora sólo concernían a los árabes de Argelia, a los *coolíes* de la India y a los negros de África" (Césaire, 2006: 15).

Aunque la colonización no es sólo el proceso de conquista, es también el proceso por el cual se implanta la dominación de una Europa etnocentrista que manifiesta, como nos dirá en su *Discurso sobre la negritud* de 1987, una tendencia a "buscar su propio prestigio para hacer el vacío a su alrededor, reconduciendo abusivamente la noción de universal (...) a sus propias dimensiones; o dicho de otro modo, a pensar lo universal a partir de sus únicos postulados y a través de sus propias categorías" (Césaire, 2006: 88). Este proceso de dominación se lleva acabo transformando no sólo los ámbitos políticos (manteniendo los puestos de decisión en este ámbito directamente en sus manos o bajo su control indirecto, a la vez que estableciendo vínculos de complicidad con tiranos locales, viejos y/o nuevos) y económicos (injetando todo proceso en este ámbito a las necesidades de las metrópolis y los intereses de los colonizadores) del colonizado, sino, en última instancia, todo su ámbito cultural. "Yo hablo, nos dice, de sociedades vaciadas de ellas mismas, de culturas pisoteadas, de instituciones minadas, de

tierras confiscadas, de religiones asesinadas, de magnificencias artísticas aniquiladas, de extraordinarias *posibilidades* suprimidas". Y también "de hombres a quienes sabiamente se les ha inculcado el miedo, el complejo de inferioridad, el temblor, el ponerse de rodillas, la desesperación, el servilismo" (Césaire, 2006: 20).

Paro lo cual se crea una mentalidad que mantiene una convicción en "la superioridad omnilateral de occidente" y que la evolución como se ha dado en Europa "es la única posible, la única deseable; aquella por la cual el mundo entero deberá pasar", es decir, que mantiene una creencia "en la Civilización con mayúscula; en el Progreso con mayúscula" (Césaire, 2006: 81), como según expresa en su *Carta a Maurice Thorez*²⁵ de 1956, y mantiene por lo tanto, no sólo hostilidad a todo cuanto suene a relativismo cultural, sino más radicalmente, una negación de cultura, de civilidad, de moralidad y hasta de historia a los pueblos no europeos, a los que se les considera salvajes o se les infantiliza. Por lo mismo, estos pueblos necesitan de la Civilización europea para entrar a la historia, es decir, para que se civilicen y desarrollen. Esta mentalidad, entonces, se convierte en la justificación de la colonización y la dominación, pero se presenta como proceso humanitario y civilizador. Es, también, una mentalidad que se va construyendo y reforzando desde diversos campos, de los militares y los políticos a los de los misioneros religiosos, de la filosofía y la antropología a la literatura y el periodismo; "representantes todos declarados o vergonzosos del colonialismo saqueador, responsables todos, detestables todos, deudores todos de ahora en adelante de la agresividad revolucionaria" (Césaire, 2006: 27).

Pero dice que no es que Europa no pueda ser una gran cultura o una gran civilización, sino que "la europeización de los continentes no europeos podría haberse hecho de otro modo sin que fuera bajo la bota de Europa", y que incluso este proceso estaba ya en marcha, pero se vio frenado y falseado por la dominación (Césaire, 2006: 22). Una dominación que ha privado a los pueblos no europeos de libertad y de iniciativa histórica para su propio desarrollo. Europa,

²⁵ Maurice Thorez era el secretario general del Partido Comunista Francés, y Césaire le escribe comunicándole su renuncia a este partido, bajo el cual era representante a la Asamblea Nacional Francesa como delegado de Martinica.

considera este autor, habría hecho mejor tolerando a las civilizaciones extra europeas y dejándolas que se realizaran y, de alguna manera, estableciendo relaciones de dialogo con ellas, pues como observa el autor, “el honesto contemporáneo de san Luis, que combatía al islam pero lo respetaba, tenía mayores posibilidades de *conocerlo* que nuestros contemporáneos, que aún barnizados de literatura etnográfica lo desprecian” (Césaire, 2006: 39).

Entre los que desarrollan estas ideas de Césaire se encuentra el sociólogo latinoamericano Ramón Grosfoguel, quien en su artículo *Actualidad del pensamiento de Césaire: redefinición del sistema-mundo y producción de utopía desde la diferencia colonial*, considera que el racismo no era un epifenómeno en la relación de colonialismo, “sino un rasgo constitutivo del sistema capitalista”, era la lógica con que organizaba al mundo en la división internacional del trabajo entre centros y periferias, división que “se superponía a la jerarquía racial de europeos *versus* no europeos respecto a la cual estos últimos constituían la mano de obra barata producida políticamente por medios violentos y coercitivos” (Césaire, 2006: 149).

Sin embargo, en la consideración de este autor, en estos elementos economicistas no se agota la cuestión del colonialismo, pues considera, más generalmente, que “lo que llego a las Américas fue un paquete de relaciones de poder más amplio y más abarcador” (Césaire, 2006: 153), que abarca, sí, jerarquías de clase y división internacional del trabajo, pero también jerarquías etno-raciales, de instituciones político-militares a nivel global, jerarquías de genero y sexuales y jerarquías espirituales y epistémicas. Y considera que “las relaciones raciales, sexuales, espirituales, epistémicas y de género no son elementos aditivos a las estructuras económicas y políticas del sistema-mundo capitalista o epifenómenos de éstas, sino que son parte integral y constitutiva del amplio paquete de relaciones de poder” (Césaire, 2006: 156). Advierte sin embargo, que no es que no existieran algunos tipos de relaciones jerárquicas antes de Europa, sino que éstas, o fueron sustituidas o fueron subordinadas a los modelos europeos, pero donde además la perspectiva racial que establece la distinción entre europeos y no europeos, entre superior e inferior, se establece como “el

principio organizador que estructura todas las múltiples jerarquías del sistema-mundo” (Césaire, 2006: 155). Así, desde esta perspectiva, el colonialismo se ve no sólo como una mentalidad o ideología etnocentrista utilizada para activar, legitimar y justificar la violencia colonizadora, sino que es también una estructura organizativa de dominación, racista en sus principios y jerarquizadora en sus consecuencias.

Dos posibles salidas se presentan ante esta situación; una, relacionada con la iniciativa del colonizado y más inmediata, es la posibilidad de que a esa violencia colonizadora se le oponga una violencia revolucionaria, pero en todo caso deudora de la primera, no sólo porque es reacción hacia ella, sino porque de ella se nutre y de ella aprende. Es la línea de la argumentación que el alumno y amigo de Césaire, Frantz Fanon²⁶, llevará a cabo. La otra posibilidad la señala Grosfoguel cuando nos dice que Césaire opone un universalismo concreto, “depositario de todos los particulares”, a otro de carácter abstracto, el occidental, que de su particularismo pretende erigirse como modelo único para cualquier otro. “Si el universalismo abstracto establece relaciones verticales entre los pueblos, destaca Grosfoguel, el universalismo concreto de Césaire es necesariamente horizontal en sus relaciones entre los particulares. El universalismo concreto es el resultado de un proceso horizontal de relaciones de igualdad que dialoga, negocia y profundiza las relaciones entre los pueblos” (Césaire, 2006: 161). Uno es autoritario y el otro profundamente democrático. Esta segunda posibilidad de descolonización implica la oposición a la violencia por medio del respeto, conocimiento y dialogo entre los diferentes actores.

²⁶ Fanon realiza el estudio de la violencia revolucionaria descolonizadora sobre todo en su libro más conocido *Los condenados de la tierra* (en español aparece editado por Fondo de Cultura económica), pero que no abordaremos aquí.

II- Origen contextual de la violencia

En términos que hemos establecido como de orígenes contextuales de la violencia podemos encontrar, en primer lugar, la conceptualización que realiza el sociólogo norteamericano Robert K. Merton²⁷ en cuanto a ciertas presiones de la estructura social sobre algunos grupos que los llevan a desarrollar "conductas divergentes" respecto al orden social establecido. Algunas de estas conductas divergentes pueden adquirir la forma de conductas violentas, pero no necesariamente. De los diferentes tipos de conducta que explorará dos son los que pudieran conllevar cierta situación de violencia, las que el llama "innovación" y "rebelión", pero será la primera, que tiene que ver con la conducta delictiva y criminal, la que más le interese, ocupándose apenas de la segunda.

El autor desarrolla un esquema sencillo para la presentación de estas conductas. Presenta un plano donde se encuentran objetivos culturalmente establecidos, valorados y legitimados por el orden social; "son las cosas 'por las que vale la pena esforzarse'" (Merton, 2002: 210). En otro plano considera los medios legitimados institucionalmente para acceder o alcanzar dichos objetivos, son reglas establecidas por las costumbres, más relacionadas con la normatividad moral que con medidas técnicas y de eficacia. Entre estos dos planos se establece una relación tal que, cuando tienen una aceptación en equilibrio, se puede considerar que existe unidad y estabilidad social, pero cuando divergen, porque un plano se acepta y otro se rechaza o ambos son rechazados, se abre el espacio para las conductas divergentes. "Mi hipótesis central, nos dice el autor, es que la conducta anómala puede considerarse desde el punto de vista sociológico como un síntoma de disociación entre las aspiraciones culturalmente prescritas y los caminos socialmente estructurales para llegar a ellas" (Merton, 2002: 212). Y su atención se centra en aquellas situaciones donde se da una importancia muy

²⁷ Estas ideas se encuentran en el libro *Teoría y estructura social*, específicamente en los capítulos VI y VII. El primero, "Estructura social y anomia", fue realizado en 1938, pero tiempo después lo revisa y amplía, presentando estas revisiones como el segundo de estos capítulos, "Continuidades en la teoría de la estructura social y la anomia".

grande a los objetivos socialmente establecidos y poca importancia a los medios prescritos para llegar a ellos²⁸.

Utiliza el logro económico de riqueza (que se considera como un símbolo de éxito social), como ejemplo de un objetivo culturalmente muy valorado en la sociedad estadounidense, para ilustrar su hipótesis, sin implicar con ello que sea el único caso en el que se presentan las situaciones descritas. Este objetivo cultural de la riqueza se basaría en tres axiomas: que todos deben esforzarse por alcanzar la meta pues está a disposición de todos; que los fracasos del momento son sólo pasajeros y que el éxito está al alcance, y que el verdadero fracaso está en la conformidad y la renuncia del objetivo. La cultura norteamericana, considera el autor, le da una importancia fundamental a ese objetivo, pero no así a las vías legítimas para llegar a él (Merton, 2002: 217).

Establece una tipología de las diferentes actitudes comportamentales que los individuos pueden adoptar según la relación de los dos planos de objetivos y medios, pero señalando que la incidencia en ellos es diferente según distintos grupos sociales, debido a que los individuos de esos grupos están sometidos de forma diferente al estímulo de los objetivos y a las restricciones sociales. "Estas categorías, nos dice, se refieren a la conducta que corresponde al papel social en tipos específicos de situaciones, no a la personalidad. Son tipos de reacciones más o menos duraderas, no tipos de organización de la personalidad" (Merton, 2002: 219). Son cinco las categorías que él señala: en la "conformidad" se aceptan tanto los objetivos como los medios; en la "innovación" se aceptan los objetivos pero se rechazan los medios; en el "ritualismo" se rechazan los objetivos pero se mantienen los medios; en el "retraimiento" ni objetivos ni medios son aceptados, y

²⁸ Con esta idea de poca importancia a los medios prescritos se hace referencia a dos situaciones: una es que la valoración normativa aceptada es débil y se desplaza hacia los medios técnicos y de eficacia, y la otra es que las "estructuras de oportunidad" con que cuentan ciertos sectores de la sociedad no permiten el acceso a estos medios normativamente aceptados. Una es cuestión valorativa, mientras que la otra es un problema de acceso.

en la “rebelión” no se aceptan ni los medios ni los objetivos socialmente establecidos, pero se propugna por otros que los sustituyan²⁹.

La “conformidad” señala el equilibrio de los dos planos, por lo que no es considerada por el autor lugar de conductas divergentes y no se ocupa de ella. Los otros tipos sí presentan conductas divergentes pero de forma diferente. La mayor atención la ocupa la “innovación” y a ella nos ocuparemos en último lugar. El “ritualismo” implica el abandono o la reducción de los objetivos, en este caso del éxito económico, pero asumiendo, de forma casi compulsiva dice el autor, los medios institucionales, como el trabajo rutinario. Será en la clase media baja donde las normas de socialización predispongan más hacia este tipo de comportamiento. Y si por lo general no se considera un problema social, de manera ocasional se puede presentar que la carga de ansiedad que este ritualismo conlleva, haga que algunos individuos exploten en conductas de rebeldía. El “retraimiento” se presenta cuando, ante la presión de luchar por los objetivos y no encontrar acceso a los medios socialmente legitimados y ser incapaz de acudir a medios ilegítimos por las restricciones interiorizadas, la frustración del individuo lo lleva al derrotismo y la resignación, y de ahí pasa a buscar un escape de las presiones sociales, abandonando tanto las metas como los medios. Se convierten en individuos que están en la sociedad pero no forman parte de ella; vagabundos, drogadictos y otras clases de proscriptos. Y representan, además, una forma privada y no colectiva de adaptación. La “rebelión” se presenta cuando se considera que tanto objetivos como medios son puramente arbitrarios, por lo que pueden ser de otra manera, y se percibe, además, que el sistema institucional es un obstáculo para objetivos que se consideren más legítimos. Esta rebeldía puede dar paso a una acción política organizada, donde las frustraciones y resentimientos sociales busquen cambiar las estructuras que las producen. Pero el autor señala que son individuos de clases sociales en ascenso, no los de los estratos más bajos, los que tienden a la organización de grupos revolucionarios y la dirección de los rebeldes y resentidos.

²⁹ Las ideas de aceptación y rechazo sólo son ideas para señalar que se actúa conforme a objetivos y medios prescritos y pueden ser asumidos conciente o inconscientemente, así como contener lo señalado en la nota anterior, es decir, cuestiones de valorización y cuestiones de oportunidad real.

Por su parte, la “innovación” es considerada por el autor como el lugar de conducta divergente más problemático de la sociedad (recuérdese que habla de la sociedad norteamericana de la primera mitad del siglo XX), pues aquí se trata de que cuando una meta es altamente valorada, como en este caso del éxito económico, y ejerce presión para ser alcanzada, si los medios normativamente prescritos no son asimilados con igual importancia³⁰ o existen restricciones en el acceso a ellos, dará pauta para la innovación de otros medios tendientes hacia esas metas, entre los cuales se encuentran destacadamente los medios ilícitos, la mayoría delictivos y algunos hasta violentos. El autor señala que diferentes clases sociales pueden presentarse sometidas a estas presiones. “En los niveles económicos superiores, nos dice, la presión hacia la innovación borra no pocas veces la diferencia entre esfuerzos a manera de negocios del lado de acá de las costumbres y practicas violentas más allá de las costumbres” (Merton, 2002: 220). Sin embargo, señala más adelante, “parece por nuestro análisis que sobre los estratos inferiores se ejercen las presiones más fuertes hacia la desviación” (Merton, 2002: 223), es decir, es en este sector de la población donde se dan las mayores tendencias hacia las conductas delictivas y violentas.

La explicación que ofrece el autor para las conductas divergentes entre las clases bajas tiene que ver con la estructura social, más exactamente, considera que “es la *combinación* de la importancia cultural y de la estructura social la que produce una presión intensa para la desviación” (Merton, 2002: 224). La importancia cultural hacia el objetivo de la riqueza se encuentra con una estructura de clase que pone limitantes o de plano cierra el acceso a los medios legítimos para acceder a esta riqueza precisamente a las clases bajas; se les pide que orienten su conducta hacia el objetivo del éxito económico, pero se les niega las oportunidades reales para hacerlo. Considera también que si, por ejemplo, una sociedad de castas, que puede contar con un gran número de pobres y menos oportunidades de movilidad social, no contiene elevados índices de conducta

³⁰ Señala también que “una importancia cultural extrema de la meta del éxito atenúa la conformidad con los métodos institucionalmente prescritos”, llegando a “santificar” todos los medios, con lo que se crea una “desmoralización” en la que se suprime el poder de las normas para regular las conductas “y aparece el ingrediente ‘ausencia de norma’ de la anomia” (Merton, 2002: 248).

divergente, ello es debido a que las valorizaciones culturales de determinadas metas no son comunes a todos los niveles de la sociedad. Sin embargo en una sociedad donde se establecen objetivos culturales comunes, pero existen estructuras de oportunidades muy diferentes según las clases, permite una situación de frustración en las clases en desventaja, que llevarán a la manifestación de conductas desviadas³¹. Y lo que sería mas preocupante, dice nuestro autor, es que “una frecuencia creciente de conducta desviada pero ‘con buen éxito’ tiende a disminuir y, como potencialidad extrema, a eliminar la legitimidad de las normas institucionales para los demás individuos del sistema” (Merton, 2002: 260), con lo que se estaría en una situación de anomia que se incrementada.

Estas formas de conducta desviada pueden asumir un carácter instrumental, pero también contener una fuerte carga de irracionalidad. El autor explica esto segundo aludiendo a que las discrepancias entre las metas culturales y las estructuras de oportunidades crean una fuerte presión sobre los individuos, provocándoles tensión y frustración, por lo que pueden reaccionan ante esta frustración de manera más emotiva que racional. De manera que, argumenta, “parecería que el ‘negativismo total’ puede interpretarse (...) como un rechazo sostenido de las autoridades que son ejemplos de la contradicción entre aspiraciones culturales legitimadas y oportunidades socialmente restringidas” (Merton, 2002: 258), pero no es necesario que los individuos tomen plena conciencia de ello. Por otra parte, y aunque el autor no lo señala específicamente, podemos considerar que la parte instrumental de estas conductas divergentes está más relacionada con la cuestión que ya hemos señalado de la valoración de los medios, a diferencia de su acceso que alude más a la primera explicación, y la desviación de éstos de la normativa moral hacia las reglas técnicas y de eficacia. También se puede considerar que es en las clases altas de la sociedad, quienes si tienen acceso a los medios legitimados pero pueden no valorizarlos con la misma

³¹ Hay que señalar que Merton no considera que toda la gente de clase baja asuma por igual la presión de este conflicto entre objetivos y medios y desarrolle las conductas desviadas, sino que basta que un sector significativo de esta gente así lo haga. En cierto modo este conflicto no es una situación que obligue a determinado comportamiento, sino que lo posibilita y lo explica.

importancia de los objetivos, donde se da con mayor frecuencia las conductas delictivas de carácter instrumental (o cuando menos entre ellos es más común la instrumentalidad que la emotividad).

Otra de las perspectivas en este terreno contextual de la violencia la encontramos en las consideraciones sobre la guerra civil que desarrolla el sociólogo germano Peter Waldmann y que aparecen en el libro *Sociedades en guerra civil; Conflictos violentos en Europa y América Latina*³². Este autor señala, por una parte, que los conflictos a los que se pudieran aludir como guerras civiles desarrollados a partir de los años ochenta del pasado siglo, han mostrado ciertas novedades que los apartan de la concepción clásica, según la cual, las motivaciones más comunes para su emergencia y desarrollo estaban referidas a la política del Estado; ya sea que ciertos grupos intentaran ganarse o crear un Estado independiente y libre, ya que se intentara la apropiación del poder estatal, mediante una revolución, para su transformación radical. Por otra parte, que dichas innovaciones hacen más visible la idea referente a que la dinámica propia de estas guerras provoca su retroalimentación, separándolas de las “ataduras políticas” con que pudiesen contar.

Sin embargo el autor no profundizará demasiado en la matriz u origen de tales guerras, señalando tan sólo ciertas motivaciones generales que los orientan, y una cuestión estructural más amplia que ayudaría a la comprensión de las nuevas características de estos movimientos, pero en la cual tampoco profundiza; nos referimos a la idea de que el Estado se encuentra, en muchos lugares del mundo -y en especial en las zonas de conflicto- en un proceso de decaimiento general o profunda transformación. Se ocupa, sobre todo, de los problemas que la definición clásica de guerra civil conlleva cuando se le ve a la luz de los nuevos

³² Este texto es una compilación de trabajos de diferentes autores hecha por Peter Waldmann y Fernando Reinares y editado en español por la editorial Paidós (1999). Ocuparé aquí sólo los textos escritos por Waldmann, que tratan sobre la guerra civil de una manera general. Estos textos son: *Guerra civil: aproximación a un concepto difícil de formular* y *Dinámicas inherentes de la violencia política desatada*.

conflictos armados, así como de las dinámicas que estos adoptan y de las consecuencias inmediatas y estructurales que conllevan.

Puesto que las guerras civiles son un tipo particular de guerras, el autor inicia el problema de la definición de las primeras considerando una definición general de las segundas. Retoma de István Kende una definición sobre las guerras centrada en cuatro características: que son conflictos violentos de masas; implican dos o más fuerzas en lucha y que al menos una está al servicio del gobierno; estas fuerzas deben de tener una mínima organización central de combatientes y luchas, y las operaciones son planificadas según una estrategia global (Waldmann y Reinares, 1999: 28). En lo referente a las guerras civiles los principales problemas con esta definición atañen a la primera y segunda características. La primera característica presupone un cierto equilibrio de fuerzas, cosa que en muchas ocasiones no sucede en las guerras civiles, donde pueden presentarse marcadas desigualdades. La segunda característica, por su parte, resalta el carácter político estatal de las contiendas, pero en algunos escenarios, como África, Asia o el Próximo Oriente, esta centralidad política puede ser superada por otras de carácter religioso o puramente de interés material.

Este carácter político con fuerte referencia al Estado, nos dice el autor, ha perdurado durante mucho tiempo, y a él se recurría para explicar las guerras tanto internacionales como nacionales; las primeras eran guerras más o menos formales entre Estados, mientras que las segundas eran al interior mismo de un Estado, y siendo éste el objeto de disputa entre facciones de la población civil, donde una de las cuales apoyaba y era apoyada por el gobierno. Sin embargo, sentencia el autor, "puede alegarse que el Estado nacional de cuño clásico ya ha superado su punto álgido como principio de ordenamiento político (...). Su autoridad empieza a quebrantarse y ya no dispone del monopolio indiscutido del poder" (Waldmann y Reinares, 1999: 34). Lo que supone ciertas consecuencias para las guerras en general, como que ahora los fines de una lucha pueden ser diversos, incluso éstas pueden ser un fin en sí mismas; que los militares y no los políticos dicten la lógica de las contiendas; que la división entre combatientes y civiles se borre, y que las normas de carácter jurídico que otrora intentaron establecerse para el desarrollo

de las contiendas ya no basten (Waldmann y Reinares, 1999: 35). Y en lo referente a las guerras civiles propiamente dichas, se puede apreciar que ahora ya no existe un prototipo de ellas, sino que se aprecian diversas formas y estilos de llevarse a cabo. También que aparezcan “nuevas formas de poder colectivo tangenciales o totalmente exteriores a la esfera de influencia estatal”. Y, sobre todo, se aprecia “la creciente ‘desregulación’ de las guerras civiles y el cambio de motivación y actitud de los combatientes” (Waldmann y Reinares, 1999: 36).

En lo que respecta a la cuestión de la desregulación, el autor señala que fueron sobre todo las guerras de carácter internacional quienes conocieron los intentos más claros por una regulación normativa, que intentaban primordialmente restringir los efectos más destructivos de las guerras mediante ciertos principios de comportamiento entre los beligerantes, y protegiendo a los no directamente implicados, es decir, a la población civil. Aunque hubo esfuerzos, sobre todo de la ONU, por extender estos principios a las guerras civiles, pero sólo tuvieron algunos logros en el caso de las guerras de liberación anticolonialista, a las que en cierto sentido se les trato como internacionales.

Sin embargo existían otro tipo de principios no jurídicos, algunos de carácter estratégico militar y otros de tipo político, que sí se consideraron pertinentes por parte de quienes se enfrentaban al gobierno o los poderes establecidos. “Entre ellos se cuentan, además de la alta motivación política de los contendientes, su dureza y resistencia física, una gran familiaridad con el terreno en el que operan y, sobre todo, la inserción sin fisuras de las tropas guerrilleras en la población, entre la que tienen que ‘nadar como pez en el agua’” (Waldmann y Reinares, 1999: 38). Y es referente a estos principios donde se aprecia la desregulación de los nuevos conflictos, en especial los de África, Europa oriental y Asia. No sólo las formas del comportamiento violento entre combatientes han perdido restricciones, sino también el alcance contra quienes se emplea; se utilizan las torturas y masacres como procedimientos habituales y se ejercen contra mujeres, niños, ancianos o prisioneros. “La violencia desencadenada, sentencia el autor, no tropieza con ninguna barrera, sólo encuentra su tope en el agotamiento de sus autores o en la contraviolencia del rival” (Waldmann y

Reinares, 1999: 38). Se podría llegar así, “como imaginario punto final de esta evolución”, a lo que el autor denomina “guerra anómica”, “una guerra en la que nada fuera seguro: ni los enemigos ni el objeto y meta de la guerra ni las posibles armas ni las reglas de la contienda ni sus escenarios, etc.” (Waldmann y Reinares, 1999: 39).

El cambio en las motivaciones está, por tanto, estrechamente vinculado con esta desregulación, pues si en algún momento fueron las fuertes motivaciones políticas las que orientaban la participación en uno de estos conflictos³³, éstas mismas hacían respetable la separación entre la actuación militar de los combatientes y la representación que ellos tenían de sí mismos frente a la población civil (a ella representaban y por ella luchaban). El guerrillero se consideraba, según nuestro autor, “soldado político” y “maestro y guía de las masas”. En cambio ahora, en varios de los recientes conflictos, quienes luchan son en su mayoría adolescentes o niños con perspectivas de desarrollo nulas, y que encuentran en la guerra ciertas oportunidades de sobrevivencia. “Su formación para el oficio de la guerra se debe en su mayoría a la necesidad, y la posesión de un arma les llena de un sentimiento desenfrenado de supremacía respecto a las personas indefensas” (Waldmann y Reinares, 1999: 41). Sin duda, señala Waldmann, se puede encontrar en algunos jóvenes también motivaciones religiosas o políticas, pero en general las motivaciones se han desplazado hacia la sobrevivencia y el enriquecimiento. Más destacado todavía se presenta este desplazamiento motivacional en el caso de algunos líderes. Entre ellos destaca la aparición (o generalización) de la figura del warlord³⁴ o señor de la guerra. Los warlords, nos dice, surgen donde las estructuras estatales se resquebrajan y dejan

³³ En la introducción del libro realizada por los dos compiladores señalan cuatro tipos de conflictos con motivaciones políticas, de los cuales Waldmann retoma los dos primeros como representantes de las guerras civiles más frecuentes, estos son: aquellos que intentan transformar el orden socioeconómico existente; los representados por un grupo étnico que busca ampliar sus derechos en un Estado determinado o la separación de este y la creación de uno propio; los que se dan contra un régimen colonial o imperial, y la competición entre Estados por posiciones hegemónicas.

³⁴ Waldmann advierte que no hay que generalizar rápidamente sobre estos warlords o señores de la guerra, pues hay diferencias en cuanto que algunos pueden contar con un determinado territorio y otros no, algunos utilizan el comercio, ya sea de materias primas o de drogas, mientras otros se enriquecen mediante extorsión y el saqueo, y que algunos cuentan con apoyo popular y otros no.

un vacío de poder, por lo que éstos tienden a llenar esas lagunas. También señala que éstos surgen de la guerra y viven de ella, no consideran la guerra como medio para algún fin, sino como un fin en sí mismas; los warlords se presentan como empresarios, militares y políticos al mismo tiempo. Lo que lleva a que éstos no estén interesados en la paz, sino en el mantenimiento de la guerra y la inseguridad derivada de ella (Waldmann y Reinares, 1999: 42).

En general, considera el autor, los motivos iniciales que dan origen a una guerra civil pueden perder sentido a lo largo del conflicto y ser la propia dinámica de éste la que lo mantiene y da sus causas. De tal forma que, nos dice, "las guerras civiles se alimentan generalmente a sí mismas", y en ellas el "propulsor principal lo constituye una violencia liberada de las ataduras políticas" (Waldmann y Reinares, 1999: 87). La guerra puede iniciarse por múltiples pequeñas causas, pero una vez iniciada se opera un cambio en la imagen que de sí tiene la sociedad. El primer efecto de este cambio es que se toma conciencia y/o se profundiza en la polarización social. La distinción de ciertas características étnico-religiosas o socioeconómicas, se convierten en una marca separadora de grupos determinados dentro de la misma sociedad³⁵. Esta polarización afecta tanto a aspectos políticos y cognitivos, como a otros geográficos y militares. En el primer caso el autor destaca que las posiciones conciliadoras y tolerantes (y quienes las sostienen) son desplazadas por las fanáticas y radicales; se pasa de considerar la inevitabilidad del ataque a su celebración y refuerzo. Sin embargo, considera Waldmann, si con esto podemos apreciar movilización emotiva y fanatismo ideológico, estos elementos no son los únicos motivantes de la participación en un conflicto, sino que los de carácter material pueden tener una importancia primordial, con lo que se consideraría cierta instrumentalización de la violencia bélica.

En cuanto a los aspectos geográficos y militares, esta polarización hace que los grupos se apresuren a dominar ciertos espacios concretos, con lo que la

³⁵ Estas diferencias pueden existir de tiempo atrás y ser aceptadas sin mayores consecuencias, pero una vez estalle el conflicto se vuelven condicionantes de la relación entre grupos. O bien puede suceder que estas marcas diferenciadoras se creen ex profeso con el inicio de las hostilidades. Pero en todo caso sirven, ya sea para justificar las hostilidades, ya sea para ganar y movilizar adeptos o, con mayor frecuencia, para ambas cosas a la vez.

unidad estatal se ve fragmentada. Es especialmente en los conflictos de tipo étnico en los que esta situación se hace más evidente. Y es también en estos donde pueden presentarse algunas de sus consecuencias más drásticas, como la llamada "limpieza étnica", de la cual el caso de Yugoslavia es sólo un ejemplo. Otra consecuencia de estos reordenamientos geográficos es la migración de amplios segmentos de la población, en unas ocasiones agrupando a los pertenecientes de determinados grupos en distintas zonas, y en otras expulsando a gente que huye de todas las zonas del conflicto.

Por otra parte, el autor señala que la dinámica del conflicto puede presentar cierta progresión en cuanto a niveles de violencia, según se aparte de las restricciones político-estatales. Él propone tres niveles de progresión de violencia, pero señalando que deben considerarse como "tipos ideales" en el sentido weberiano, pues no existen en estado puro, y los casos concretos pueden contener diversas combinaciones de estos niveles. Los designa como "la violencia se independiza", "la violencia se privatiza" y "la violencia es comercializada" (Waldmann y Reinares, 1999: 94).

El punto de partida es una supuesta situación en la que el Estado mantiene el monopolio de la violencia, pero en la cual grupos políticos disidentes y radicales harán uso de otro tipo de violencia, esta vez considerada como instrumental, para el fin de oponerse e intentar cambiar el estatus quo. El primer paso en esta situación, para que la violencia se independice, es la creación de una organización que asuma el mando de la lucha y que cuente con cierta infraestructura material y logística. Asumen las formas de ejércitos revolucionarios, comandos guerrilleros o milicias irregulares, entre otras. Y estas organizaciones "una vez creadas tienden a independizarse, degenerando en aparato coactivo" (Waldmann y Reinares, 1999: 95). Un elemento decisivo en este proceso de independización de la violencia es la búsqueda de financiamiento económico, el cual puede obtenerse por cuotas de adeptos, impuestos en el territorio ocupado, involucramiento en tráfico de drogas y juegos de azar o asaltos a bancos y secuestros. Pero si en un principio estas actividades podían ser justificadas en función de un fin político más elevado, pueden ir degenerando en el interés de los recursos por sí mismos. Por otra parte,

frente a la necesidad de justificar la permanencia de la organización cuando el conflicto se alarga, y va resultando onerosa la carga hacia la población civil que en principio pueden apoyarlos, se suelen asumir algunas posibilidades de solución, como la invocación permanente del peligro de los enemigos. En esta situación hasta puede ser factible el mantenimiento de un cierto equilibrio de terror entre los beligerantes, con miras a mantener el apoyo de la población de cada grupo. Otra posibilidad es que el grupo guerrillero asuma papeles de gobierno en territorios bajo su control, como el mantenimiento del orden y la seguridad pública. Pero otra de las posibilidades es que el grupo decida ignorar o hasta reprimir manifestaciones de disconformidad de la población. Con este paso se inicia una desvinculación del movimiento con la población y, ya que esta vinculación mantenía activos los objetivos de la lucha, también de los objetivos mismos que estaban en la base de la lucha.

En el siguiente nivel "la violencia se utilizará para toda clase de fines, que no tendrán que ser de naturaleza política o social; la violencia se privatiza" (Waldmann y Reinares, 1999: 97). Los indicadores que permiten apreciar que se ha llegado a este nivel son, en primer lugar, el incremento de las luchas al interior de los grupos beligerantes y la separación de facciones que "ofrecen sus servicios armados a cualquiera que se los remunere adecuadamente" (Waldmann y Reinares, 1999: 97), así como el establecimiento de alianzas y cambios de bando según criterios exclusivamente tácticos. Un segundo indicador es que se desiste de las reivindicaciones iniciales y la población pierde importancia como sostén político y social, esta se convierte, más bien, en objeto de extorsión y materia de reclutamiento forzoso. Y el tercer indicador es que la violencia se utiliza para fines privados, principalmente el enriquecimiento personal, pero también para fines de venganza u otros por el estilo; "el límite entre la violencia política y la criminal se va borrando a ojos vistas" (Waldmann y Reinares, 1999: 97). En este nivel la violencia desencadenada puede provocar sentimientos profundos de inseguridad, pero también indignación y desaprobación, anhelando una situación en la que el derecho determinaba pautas de conducta.

Finalmente, en el tercer nivel, esos sentimientos de indignación y anhelos de acabar con la violencia comienzan a desaparecer, comienza la gente a resignarse a ella y a verla con cierta naturalidad; la violencia se banaliza. El autor piensa que Colombia puede ser considerada como modelo de este caso. En este país, nos dice, después de cincuenta años de conflictos se han formado una gran cantidad de agentes de violencia, de los que algunos pueden tener ciertas vinculaciones con lo político pero otros no, desde el ejercito y grupos guerrilleros, hasta grupos de autodefensa y de protección, rurales o urbanos, que protegen a comunidades o a particulares, pasando por grupos de delincuencia juvenil y de narcotraficantes hasta los escuadrones de la muerte. La existencia de estos grupos y el uso común de la violencia hacen que ésta se haya convertido en un instrumento para cualquier clase de objetivos y sin que llame tanto la atención. “La violencia se transforma así en el sustituto de conversaciones y negociaciones y evita tener que soportar situaciones conflictivas” (Waldmann y Reinares, 1999: 100). En este país, comenta el autor, cierta violencia puede encontrarse como un negocio, pues tan sólo en Medellín viven varios miles de asesinos profesionales, sicarios, que sueñan con un buen caso que los convierta en ricos, en su mayoría son jóvenes de entre 13 y 25 años (Waldmann y Reinares, 1999: 100).

Sin embargo considera el autor que estos tres niveles ni son lineales y determinados, ni tienen que darse forzosamente, lo que intenta con este esquema es presentar la idea de que las guerras civiles tienen una dinámica propia, en la cual la lógica de la violencia tiene un peso relevante en su funcionamiento y la dirección que puede adoptar, y que terminan por condicionar también otros elementos de la sociedad, como la economía, la política, la cultura y hasta la vida cotidiana. Más que de una progresión lineal en el uso de la violencia, se puede hablar de espiral de violencia.

El también sociólogo estadounidense Charles Tilly nos ofrece otro esquema sobre la violencia contextual³⁶ bastante más amplio y complejo que los anteriores. Él

³⁶ Tilly presenta su propuesta en el libro *Violencia colectiva*, desarrollando un esquema amplio y general para estudiar diferentes tipos de violencia colectiva que irá describiendo a lo largo del libro.

aborda el tema de la violencia colectiva y su relación con la política, desde una perspectiva que llama "relacional", identificando "mecanismos" y "procesos" causales similares que pueden desarrollar formas diversas de violencia grupal según sus combinaciones, sus secuencias y determinados escenarios sociales y políticos. Mantiene cierta coherencia con un esquema básico que explicará variaciones de cantidad, intensidad y carácter de la violencia en diferentes tiempos, lugares y escenarios sociales. Es decir, considera un mismo tipo de explicación sobre las interacciones político-sociales subyacentes a diferentes tipos de violencia colectiva. Así, tanto una guerra, una revolución o una reyerta callejera, serán explicados en base a patrones de interacción social similares, no considera que cada uno de estos tipos de violencia requiera causas explicativas válidas sólo para ellas.

La violencia colectiva la concibe este autor como aquella que ocasiona daños físicos directos a personas y/u objetos, es infringida por cuando menos dos personas y existe cierta coordinación, aún cuando sea mínima, entre quienes infringen el daño. Y dice que esta definición acotada que excluye la violencia individual, los daños no materiales y aquellos indirectos o que se manifiestan a largo plazo, permite, sin embargo, una amplia gama de interacciones sociales, que son el pivote de su perspectiva de estudio sobre la violencia (Tilly, 200: 3-4).

En primer lugar considera que quienes se dedican al estudio de la violencia humana se pueden dividir en tres grupos fundamentales en relación a su percepción de las causas de ésta: están los partidarios de las ideas, los partidarios de la conducta y los partidarios de la relación (Tilly, 2007: 5 y ss.). Los primeros piensan que las ideas, objetivos y valores que adquieren las personas en su entorno social condicionan sus acciones y, por ende, su participación o no en actos de violencia, colectiva o individual. Los segundos creen que las motivaciones, los impulsos y las oportunidades ocasionales son los que explican la violencia. En esta perspectiva caben desde las posturas biologicistas que hablan

Los tres primeros capítulos presentan el esquema y el contexto, y del cuarto al noveno desarrolla cada uno de los tipos por él establecidos, con ejemplos de diferentes lugares y épocas. Aquí me ocuparé sólo del esquema y sus diferentes elementos sin meterme a la ilustración del mismo, por cuestiones de espacio.

de impulsos surgidos evolutivamente, hasta otras que consideran motivaciones generalistas como el dominio o la explotación, pasando por las economicistas que consideran la violencia un medio para obtener bienes materiales y/o de servicios. En la consideración del autor estas posturas por lo general son reduccionistas, pues creen que los actos sociales no son más que la suma de los individuales. Los últimos, entre los que se inscribe, piensan que la centralidad explicativa la tiene las interrelaciones que se establecen entre individuos y/o grupos. Estas interrelaciones siempre implican un cierto grado de negociación y de creatividad. Y en ellas las ideas pueden ser medios y productos de intercambio, a la vez que los impulsos y motivaciones sólo pueden operar en estos ámbitos de negociación. Además se considera que los procesos colectivos tienen sus propiedades específicas y no pueden ser reducidos a los individuales. Se considera, por tanto, que los "patrones de interacción social constituyen y son la causa de diferentes modalidades de violencia colectiva" (Tilly, 2007: 7).

Ahora bien, sobre los mecanismos nos dice que "son causas de pequeña escala: acontecimientos similares que producen en esencia los mismos efectos inmediatos en una amplia gama de circunstancias"³⁷, y que sin embargo pueden combinarse de diferentes formas dando paso a resultados muy distintos a gran escala (Tilly, 2007: 20). Distingue tres principales grupos de mecanismos con diferentes funciones: los "ambientales" relacionan las circunstancias sociales con el entorno externo físico; los "cognitivos" condicionan las percepciones individuales y colectivas, como las que se tienen de diferentes grupos sociales, y los "relacionales" que establecen o cambian las conexiones entre los grupos. Son éstos últimos los que más le interesarán. Y dentro de ellos destaca los mecanismos de "activación de divisorias", que consisten en cambios de las interacciones sociales organizándolas en una línea divisoria nosotros-ellos, y diferenciando entre las relaciones al interior de cada lado de esa línea y entre ambos lados de la misma, y, por otro lado, los mecanismos de la "correduría", que operan conectando grupos sociales más de lo que lo estaban antes de su

³⁷ Estos mecanismos causales a pequeña escala los opone a las consideraciones que buscan causas a gran escala, como los que hablan de la pobreza, frustración generalizada, competencia por recursos, etc., y las ven como condición necesarias o suficientes para explicar la violencia colectiva.

activación. Si conecta a facciones dentro de un mismo lado de una línea divisoria, pero no hace lo mismo entre los dos lados de la línea, se puede tender al “proceso” de polarización. Pero si los corredores intentan el control de los grupos al interior de una línea, pueden ocasionar la fragmentación (Tilly, 2007: 21).

Existen, empero, otros mecanismos relacionales importantes que tienen que ver con la desigualdad social, son los mecanismos de “explotación” y de “acaparamiento de oportunidades”. Los primeros se desarrollan cuando ciertos grupos controlan recursos de los que obtienen beneficios incrementados por la coordinación de los esfuerzos de personas externas, a las que se les priva de parte de los beneficios que se obtienen por su esfuerzo. Los segundos se establecen cuando algunos grupos tienen acceso exclusivo a algún recurso que se considera valioso. Estos dos mecanismos son más efectivos y rentables cuando se establecen en situaciones donde existe una amplia división de categorías sociales bien establecidas, étnica, racial, de género, de nacionalidad, etc., y que, por lo tanto, conllevan “todo un conjunto de creencias, prácticas y relaciones sociales” (Tilly, 2007: 10). Señala Tilly que todo gobierno siempre efectúa una cierta explotación y acaparamiento de oportunidades, así como se sirve de las divisiones entre las categorías sociales, por lo que la desigualdad así presente hace que valga la pena luchar contra el control gubernamental o defenderlo, al igual que implica acceso diferente a los medios de violencia. Pero los gobiernos no son los únicos en utilizar estos mecanismos, otros grupos políticos y económicos también lo hacen, pero casi siempre tienen nexos con los agentes del gobierno. Se establece así una especie de estructura de dominación.

Los procesos, por su parte, son considerados como “combinaciones y secuencias de mecanismos” (Tilly, 2007: 21). Y señala Tilly que en ocasiones la distinción entre los mecanismos y los procesos no es muy clara, sino que depende principalmente del “nivel de análisis”. Por ejemplo, dice que cuando se distingue un actor individual que establece conexiones entre otros actores delimitados, se hablará de la correduría como un mecanismo, pero cuando es toda una categoría de actores los que producen vínculos antes no existentes, se hablará de la correduría como un proceso. Uno de los procesos más importante que señala es

el de la “polarización”, el cual “implica la ampliación del espacio social y político entre reivindicadores en un episodio de contienda y la gravitación de actores previamente no comprometidos o moderados hacia uno, otro o ambos extremos” (Tilly, 2007: 21). Aquí encontramos no sólo mecanismos como el de la correduría y la activación de divisorias, sino también otros como la competencia, la formación de categorías y las espirales de oportunidades-amenazas. La polarización tiene un papel destacado en la violencia colectiva ya que, según señala el autor, dota de mayor relevancia la división nosotros-ellos, vacía las posiciones intermedias no comprometidas, intensifica el conflicto entre las partes, incrementa la importancia de la victoria o la derrota, etc. (Tilly, 2007: 21).

Por otra parte, considera que en general la violencia colectiva se sitúa en el terreno de la política. Entra en éste terreno porque la violencia colectiva implica contiendas de algún tipo en las que se plantean reivindicaciones públicas y colectivas, y los gobiernos se ven implicados en las contiendas ya sea como partes reivindicadoras, objetos de reivindicación o partes mediadoras en las reivindicaciones entre otros grupos. “Así pues, nos dice, la violencia colectiva es una forma de contienda política. Se la puede considerar *contienda* porque los participantes reivindican algo que afecta a sus respectivos intereses, y de *política* porque siempre está en juego la relación de los participantes con el gobierno” (Tilly, 2007: 25). Pero los gobiernos mantienen además control de ciertos medios y agentes de violencia como armas, ejército, policías y otros, que pueden utilizar para mantener lo que se define como orden público, o bien para incrementar el poder y las ventajas de algunos de sus agentes y asociados, o ambos a la vez³⁸.

³⁸ El autor comenta que se suele distinguir entre fuerza y violencia, donde la fuerza implicaría ciertas acciones que gozan de legitimidad, por ejemplo el hacer uso de la fuerza pública para el mantenimiento del orden o usar la fuerza para la defensa legítima. Mientras que la violencia estaría designando aquellos daños que no gozan de legitimidad o legalidad. Sin embargo, aclara, “en vistas a explicar las interacciones violentas” esta distinción encontraría objeciones. Una es que los límites entre ambas no son siempre claros y generan profundos debates, por ejemplo sobre ciertas actuaciones policiales o el uso de la pena capital. Otra es que en la práctica ciertas acciones gubernamentales son aceptadas por la población como legítimas, pero algunas son negligencias del cumplimiento de su deber y hasta hay ocasiones en que sectores de gobierno pueden instigar daños de carácter secreto a individuos o colectivos, y, por último, que en ciertas modalidades de violencia colectiva, como disturbios o revoluciones, el gobierno es parte importante, pues será considerado como causante u objeto de ésta (Tilly, 2007: 26-27).

Pero la presencia del gobierno no es lo único que les da carácter político a las contiendas. Se encuentran también los diferentes actores participantes, los tipos de relaciones que mantienen y el contexto de los regímenes políticos en que se desenvuelven. Entre los actores el autor destaca las categorías (los considera categorías para diferenciarlos de actores individuales) de: "agentes del gobierno", "miembros del sistema político" o actores que tienen acceso directo a los agentes y recursos del gobierno, "desafiadores" o actores que no cuentan con ese acceso, "súbditos" o actores no organizados políticamente en un momento determinado y "actores políticos externos", entre los que se encuentran otros gobiernos (Tilly, 2007: 28). Estas categorías, sin embargo, señalan divisiones que no son totalmente impermeables, pues pueden variar según ciertas interacciones y momentos. Además existen actores que se pueden presentar en más de una categoría o tener movilidad entre ellas, de los cuales dos son muy importantes para el desarrollo de la violencia colectiva: los "emprendedores políticos", que se especializan en "organizar, vincular, dividir y representar a sectores de la población", y los "especialistas en el empleo de los medios violentos", sean policías, militares, jefes de bandas, sicarios, etc. (Tilly, 2007: 29).

Nos dice también que son precisamente las transacciones que se establecen entre las primeras cuatro categorías (súbditos, desafiadores, miembros del sistema político y agentes del gobierno), a partir de reivindicaciones públicas, las que conforman un régimen. De las diferentes formas en que estas transacciones se pueden sintetizar, Tilly desarrolla un esquema (que detallaremos más adelante) en el que relaciona, por una parte, regímenes democráticos y no democráticos y, por otra, capacidad de gobierno alta y capacidad baja. De ahí obtenemos escenarios sociopolíticos amplios en donde se puede presentar la violencia colectiva, pero que además la condicionan. Las reivindicaciones públicas que se desarrollan colectivamente pueden ser consideradas como "contiendas políticas" ahí donde afecten los intereses de sus objetos, como cuando los objetos de reivindicación son el gobierno o sectores empresariales. Sin embargo no toda contienda política es de carácter violento, pero algunas sí pueden llegar a serlo, como cuando ciertos movimientos sociales optan por estrategias de acción que

implican ataques a personas u objetos, o el gobierno implicado opta por la represión.

Otro punto importante sobre las reivindicaciones colectivas, es que éstas conectan a grupos de gente que desarrollan o exaltan características de sus intereses comunes y dan paso así a "identidades colectivas". Estas identidades presentan unas líneas divisorias que separan entre nosotros y ellos, relatos sobre estas líneas divisorias, relaciones sociales entre los grupos separados, y relaciones sociales al interior de cada grupo (Tilly, 2007: 31). Elementos que serán activados y manipulados por los emprendedores políticos³⁹. Y señala Tilly que el gobierno suele distinguir las identidades colectivas (que se consideran políticas cuando realizan reivindicaciones públicas) de acuerdo a las que son reconocidas y legitimadas y las que no lo son. Y además, en algunos grupos amplios ya asentados, como los étnicos o los religiosos, suele reconocer sólo a algunos grupos u organizaciones como representantes validos de dichas identidades, lo que puede conducir a luchas internas en busca de ese reconocimiento.

Ampliando ahora lo dicho sobre los emprendedores políticos y los especialistas en los medios de violencia, Tilly señala que los primeros se dedican a diferentes formas de "correduría", conectando o en ocasiones desconectando a diversas categorías de agentes, y a "activar o desactivar líneas divisorias", manejando o manipulando relatos y relaciones (identidades) de los grupos, así como a la "coordinación" de las acciones de grupos o coaliciones; y, por último, se dedican a la "representación", sea de grupos específicos o sea de categorías más amplias, como la étnica, mediante el control de un grupo particular. Por ello los emprendedores políticos tienen gran importancia en lo referente a la violencia colectiva. Desde luego no todos promueven la violencia, pero cuando lo hacen lo realizan "activando líneas divisorias, relatos y relaciones que ya han acumulado un historial de violencia; conectando actores ya violentos de antemano con aliados

³⁹ De las varias identidades que las personas pueden tener (pertenecientes a una familia, una industria, un equipo de fútbol, etc.), mediante la activación de divisorias realizadas por los emprendedores políticos se marca (se hace una distinción fuerte) una sola de esas identidades y su oposición a algunas otras, activando la distinción nosotros-ellos, lo que pueden dar lugar a que transacciones pacíficas y normales entre distintas identidades se tornen hostiles de un momento a otro.

previamente no violentos; coordinando campañas de destrucción; y representando a sus partidarios con amenazas de violencia. Después de eso, tanto los participantes como los observadores hablan de unas identidades profundamente arraigadas y de odios ancestrales” (Tilly, 2007: 33). A través de estas actividades se dedican también al acaparamiento de oportunidades y la explotación, con lo que sustentan su propio poder y generan o mantienen desigualdad social.

Estos “emprendedores políticos” se complementan y/o suelen solaparse (un mismo actor realiza dos papeles) con los “especialistas en la violencia”. Éstos son actores que controlan los medios destinados a infligir daños a las personas u objetos. Pueden estar al servicio de los gobiernos y pueden ser militares, policías, carceleros o funcionarios judiciales. Pero también existen fuera del gobierno y presentarse como paramilitares, terroristas, guerrilleros, sicarios, delincuentes, etc., y pueden estar enfrentados al gobierno o en ocasiones coludidos con él. La relación de los especialistas en la violencia gubernamentales y los no gubernamentales es muy variada, en muchas ocasiones se establece alianzas entre ellos, en otras el gobierno termina absorbiendo a los no gubernamentales o en otras se derroca al gobierno y los no gubernamentales terminan convirtiéndose en gobierno. Sin embargo, señala el autor, no debe pensarse en ellos como individuos “sedientos de sangre”, pues muchos consideran que su actuación más eficaz consiste en manipular a otros individuos sin infligir daño alguno, bastando la amenaza de violencia para ello (podemos pensar que es el ideal de la actuación judicial o policiaca, por ejemplo). Pero aún así, suelen tener un papel destacado en la violencia colectiva. Son ellos por lo general los que inician las interacciones políticas violentas o conducen interacciones políticas no violentas hacia la violencia. Su importancia se destaca, además, porque son actores móviles e intermediarios entre los otros actores políticos; suelen desarrollar su propia dinámica y sus propios intereses y no limitarse a servir intereses superiores (de gobiernos o grupos sociales, por ejemplo), y la relación que establecen con un gobierno afecta el alcance y el lugar que ocupa la violencia en un régimen.

Mencionamos arriba que un régimen está conformado por las interacciones entre los actores políticos, y que Tilly distingue dos dimensiones según la

capacidad del gobierno y la democracia. Estas dos dimensiones son señaladas por él como factores que afectan la intensidad y el carácter que puede tener la violencia colectiva en un régimen. “La *capacidad del gobierno*, nos dice el autor, hace referencia al grado en que los agentes gubernamentales controlan los recursos, las actividades y las poblaciones dentro del territorio en que ejercen el gobierno. Varía en principio desde la práctica ausencia de control (capacidad baja) hasta el control casi absoluto (capacidad alta)” (Tilly, 2007: 40). Mientras que “la *democracia* hace referencia al grado en que los miembros de la población sometida a la jurisdicción de un gobierno mantienen unas relaciones generalizadas e iguales con los agentes del gobierno, ejercen el control colectivo sobre el personal y los recursos del gobierno y gozan de protección frente a actuaciones arbitrarias de los agentes del gobierno” (Tilly, 2007: 40), y desde luego, donde no se manifiesten esas condiciones serán considerados como regímenes no democráticos. De la relación entre estas dos dimensiones el autor nos presenta un esquema de cuatro tipos de regímenes: no democráticos de capacidad alta, no democráticos de capacidad baja, democráticos de capacidad alta y democráticos de capacidad baja (Tilly, 2007: 46).

Ahora bien, la relación entre la capacidad del gobierno y la democracia con la violencia colectiva puede presentar variaciones generales en cuanto a proporción, intensidad y característica. Cuando la capacidad del gobierno es alta aumenta la proporción de la violencia colectiva en la que participan los agentes del gobierno (pero la intensidad suele ser más baja en condiciones de democracia que donde no la hay), porque el gobierno tiene mayor capacidad de intervenir en un mayor número de interacciones reivindicativas, especialmente las de carácter político, y porque cuenta con mayores medios y especialistas en la violencia. La población, por su parte, tiene menores oportunidades de participar en actos de violencia cuando hay capacidad alta del gobierno, porque el coste de hacerlo es más alto (su proporción aumenta en caos de capacidad baja). Sin embargo, puede participar en actos de violencia de mayor intensidad, como la caracterizada de terrorista; disminuye su proporción pero aumenta la intensidad. Y se dan sobre todo en regímenes en donde actores políticos organizados son excluidos (hay

menor democracia) de la participación gubernamental. En general los regímenes democráticos presentan menor cantidad de violencia colectiva, ya que la participación política aceptada es mas amplia, hay más respeto por los derechos, existe mayor control sobre los grupos y medios de violencia y hay mayor participación de terceras partes mediadoras en las contiendas políticas. Pero el autor también señala que los gobiernos democráticos suelen emplear la violencia contra los que consideran enemigos externos, así como contra determinadas categorías de la población interna que son excluidas (Tilly, 2007: 42).

Si se ven los cuatro tipos de regímenes en relación a la violencia, el autor nos dice que cabe esperar lo siguiente: en los "regímenes no democráticos de capacidad baja", que algunos tiranos utilicen libremente la coerción, que muchos con cargos de gobierno castiguen violentamente a sus enemigos y que los medios de violencia se encuentren ampliamente repartidos entre los actores políticos; en los "democráticos de capacidad baja" se esperaría que el gobierno reprima menos, pero que se puedan producir espirales de violencia a partir de conflictos no violentos, ya que el gobierno tiene menos capacidad mediadora y de vigilancia; en los "democráticos de capacidad alta" se esperaría poca violencia en cuanto a las reivindicaciones cotidianas, pero un incremento de la participación de los agentes de gobierno en ella, aunque de carácter muy selectivo. Hay aquí una "maximización del impacto político de la violencia cuando esta tiene lugar", nos dice el autor, pues con ella se intensifica la significación de la apuesta política que está en juego en este tipo de regímenes. Por último, en los "no democráticos de capacidad alta" se esperaría gran participación de los agentes gubernamentales en la violencia colectiva cuando se produce, y variabilidad en la frecuencia de producción según la apertura y el cierre de oportunidades políticas (Tilly, 2007: 51).

Otros dos elementos importantes que el autor utiliza para ubicar a diferentes tipos de violencia colectiva se refieren a la "centralidad de la violencia" y el "grado de coordinación de los actores". La centralidad se refiere a la importancia que los actos violentos en sí tienen para el desarrollo de las actividades de los grupos que participan en cada tipo de violencia colectiva, es

decir, si la acción violenta determina las coordenadas de la actuación del grupo o es sólo una manifestación indirecta y no necesaria de la acción del grupo, que se produce de forma secundaria en interrelaciones predominantemente no violentas. El grado de coordinación se refiere a los acuerdos compartidos, concientes o tácitos, entre los actores que participan en la violencia colectiva, y donde las tendencias pueden ir desde alguna señal improvisada y/o algún aspecto cultural compartido, hasta las organizaciones bien establecidas y centralizadas. El grado de coordinación y la relevancia o centralidad de la violencia, nos dice el autor, "ayudan a establecer y a explicar el grado de destrucción que resulta de estas interacciones. En términos generales, la destructividad crece al aumentar la relevancia y la coordinación" (Tilly, 2007: 14).

En la clasificación que realiza de los tipos de violencia le interesa ubicar los procesos sociales que las generan, no tanto las motivaciones de los actores participantes. Así también, establece que la denominación se da en función de los procesos más comunes que se dan en la combinación de centralidad y coordinación. Pero cada uno de estos tipos puede albergar diferentes incidentes de violencia colectiva, y se puede también dar el caso de que un acontecimiento inicie en algún tipo y termine desembocando en otro.

Esta tipología es la siguiente: a) "rituales violentos", se da donde un grupo definido y relativamente coordinado sigue un guión que implica infringir daño a otros, como en los linchamientos, las ejecuciones públicas, la lucha entre bandas o entre seguidores de equipos deportivos, algunas batallas electorales, etc.; b) la "destrucción coordinada", que se presenta cuando "personas u organizaciones especializadas en el despliegue de medios coercitivos emprenden un programa de daños a personas y/u objetos". Entre los ejemplos que señala están las guerras, actos terroristas, los genocidios y los politicidios, etc.; c) el "oportunismo", que se presenta cuando individuos o grupos, al sentirse libres frente a cierta vigilancia y represión, utilizan medios violentos para obtener objetivos normalmente prohibidos, y en estos casos se encuentran el pillaje militar, el saqueo, la violación grupal, etc.; d) la "reyerta" se presenta cuando en alguna reunión de carácter no violento algunas personas comienzan a atacarse entre si o a atacar propiedades,

como las peleas en eventos deportivos o en algún bar o en un mitin, etc.; e) la "agresión individual" en donde es un actor único el que realiza daños a otros, como en un asalto o en una violación (es el único tipo de violencia que el autor no considera colectiva y por lo tanto no la desarrolla); f) los "ataques dispersos", que se da cuando en un contexto de interacciones generalizadas y no violentas, algunos participantes responden a desafíos o restricciones con actos dañinos (pero los demás actores siguen sus interacciones pacíficas), como ataques a objetos y lugares simbólicos, sabotajes, etc., y g) las "negociaciones rotas", que se da cuando en el transcurso de acciones colectivas se genera resistencia u oposición por parte de algunos implicados, a lo que se responde con actos dañinos para personas u objetos, teniendo como ejemplo las represiones o algunos golpes de estado, entre otros (Tilly, 2007: 14-15). En general las negociaciones rotas y los ataques dispersos mantienen una relevancia sobre la violencia más baja que los otros tipos, y un grado de coordinación de mediano para los ataques dispersos y medio alto para las negociaciones rotas. Los rituales violentos son los que implican mayor relevancia de la violencia y mayor coordinación, de ahí la coordinación disminuye hasta las reyertas donde es muy poca la coordinación aunque alta la relevancia, pasando por la destrucción coordinada y el oportunismo con mediana coordinación para la primera y medio baja para la segunda⁴⁰.

III- Relación estructural y contextual de la violencia

En este apartado nos encontramos con un trabajo que realiza una mirada general a diversos discursos institucionales sobre el tema de la violencia doméstica, realizada por la Asociación Pro Derechos Humanos de España en el libro *La*

⁴⁰ Con todo lo anterior el autor va ir analizando ejemplos más concretos donde se aprecian cada uno de los tipos de violencia colectiva, los escenarios de los contextos de régimen en que se desarrollan las interacciones y negociaciones de los diferentes actores, y los mecanismos y procesos implicados en ellas. Pero aquí ya no se profundizará en ello.

*violencia familiar; actitudes y representaciones sociales*⁴¹. El apartado que retomamos está confeccionado a partir de diversas entrevistas a personas que trabajan en instituciones tanto gubernamentales como no gubernamentales que tratan el problema de la violencia doméstica en relación con los menores y las mujeres, y donde encontramos desde instituciones policiales y judiciales hasta ONGs y miembros del congreso. Se intenta establecer, a través de lo que los entrevistados dicen o no dicen y cómo lo dicen, la forma en que el problema es percibido, para así identificar discursos ideológicos prototípicos que nos hablen de la forma en que se piensa sobre las causas, las consecuencias y las soluciones que se dan al problema de la violencia doméstica.

El trabajo localiza tres bloques discursivos fundamentales que se refieren a la violencia en el hogar, que denominan como el “discurso funcionalista”, el “reformista” y el “transformador”. Estos discursos los sitúan en referencia a dos ejes: el primero tiene como polos la acumulación del poder y la distribución del mismo dentro de la familia. El otro eje se refiere a los polos del “individualismo” y el “personalismo”, donde se concibe al individualismo como la autonomía y autodeterminación de los individuos y cuya libertad debe asegurarse, y el personalismo considera a las personas como insertas al interior de relaciones con otros y determinadas por esas relaciones, y mantiene a la familia como la referencia social más importante. Se manifiesta que el funcionalista se encuentra más del lado del personalismo y la acumulación de poder. El discurso transformador, en cambio, se encuentra más inclinado por la distribución del poder y el individualismo. El reformista, por su parte, se encuentra en una posición centrada, tanto de los ejes como de los mismos bloques discursivos. Antes de pasar a ver con mayor detalle todo esto se señalan algunas cuestiones teóricas sobre la violencia familiar y algunas imágenes generales sobre ella.

⁴¹ La Asociación se presenta como un “colectivo abierto de sociología” en el que participan Luis Infante, María Luisa López Varas, Pilar Tacño, Maribel Moreno, Matilde Fernández-Cid, Carmen Macías, Begoña Marugán y Fernando Jiménez, lo citaremos a partir de sus siglas; APDH. Y el libro contiene dos apartados, uno dedicado a los discursos institucionales y otro a los discursos de los medios de comunicación. Aquí nos dedicamos sólo al primer apartado.

Primeramente el colectivo define que el término de violencia remite etimológicamente al concepto de fuerza y se corresponde con verbos como violentar, violar y forzar, y que implícitamente encierra un desequilibrio de poder. Desde este punto consideran que la "violencia familiar alude a toda forma de abuso que tiene lugar en las relaciones entre los miembros de una familia. Se define como 'relación de abuso' aquellas formas de interacción que, enmarcadas en un contexto de desequilibrio de poder, incluyen conductas de una de las partes que, por acción o por omisión, ocasionan daño físico y psicológico a otros miembros de la relación" (APDH, 1999: 11). También nos dicen que se presentan básicamente dos situaciones de violencia familiar: el maltrato sistemático o frecuente que se da a menores y el que se da a las mujeres, pero que en numerosos casos se producen conjuntamente, aunque su tratamiento descriptivo y analítico es diferente en cada caso.

Realizan una somera descripción teórica de estudios sobre la violencia en el hogar ya que éstos en parte sirven de soporte o influyen en los discursos institucionales sobre el tema. En el caso de la violencia contra los menores, comentan que la mayoría de estudios están encaminados a definir el fenómeno, ver los efectos que esta violencia provoca en los niños y las niñas, así como evaluar la aceptación y legitimidad que la población concede al maltrato infantil. Sobre el primer aspecto, señalan que se pueden considerar algunos maltratos como directos, que van desde la agresión física, la psicológica y la sexual, hasta la manipulación y el abandono afectivo, pero hay quienes consideran también un maltrato indirecto; cuando los niños y niñas se desarrollan en un ambiente violento y contemplan el maltrato a sus madres. También nos dicen que aún cuando se señalen factores sociales y económicos (pobreza, desempleo, uso de drogas, etc.) como posibilitadores de que los adultos maltraten a los menores, se considera que es una situación de anterior aprendizaje en la violencia la que lleva la centralidad causal; que en la mayoría de los casos estos adultos fueron víctimas de maltrato, directo o indirecto. Sobre las consecuencias se tiende a señalar la afectación de la salud psicofísica de los infantes, que se manifiestan en problemas del desarrollo y la maduración, en trastornos cognitivos o en alteraciones de la conducta,

contemplando, desde luego, el aprendizaje de la violencia y su reproductividad. Y, por último, sobre la valoración social del maltrato, nos dicen que en general se ha mostrado que mucha gente la desaprueba, pero que los cambios de conducta hacia ella no avanzan en igual medida ya que se continúa haciendo uso de él.

En el caso de la violencia contra las mujeres señalan que la mayoría se adscriben a la definición del uso de la fuerza para producir daño, manteniendo con esto el ejercicio del poder. Pero que algunos trabajos diferencian la “agresividad” de los “malos tratos”, describiendo la agresión por las lesiones físicas que provocan, mientras que el maltrato se describe como el sometimiento, la humillación, el dominio o el provocar miedo. Con todo, nos dicen, la tipificación general remite a la “violencia física”, como aquella que provoca daños, no accidentales, en el cuerpo de la mujer; la “violencia psíquica”, que remite a los actos productores de sufrimiento o desvalorización de las mujeres, y la “violencia sexual”, la cual implica que se imponga a las mujeres una relación sexual en contra de su voluntad. De igual modo algunos enfoques, sobre todo desde la sociología, considerarán el problema como un “fenómeno estructural”, pero en su mayoría los estudios mantienen una perspectiva psicologista en donde se trata de caracterizar los perfiles tanto de las víctimas como de los agresores. Se muestra, generalmente, una superación de la vieja idea de que los agresores son enfermos mentales, pues estos casos se consideran muy reducidos para la enorme difusión del problema. Aunque los autores afirman que en muchos estudios se sigue utilizando un lenguaje con ecos de las ideas sobre patologías. Esta parte psicologista manejan una situación causal de la violencia que remite a impulsos irracionales de dominio, control y poder. Mientras que los estudios de carácter sociológico se refieren más a una cuestión de “socialización diferencial” entre hombres y mujeres, donde se valora siempre lo masculino por encima de lo femenino. Pero ambas posturas también consideran central el aprendizaje de la violencia antes referido. Si ésta ocurre a menudo y no se aprecian sanciones, tenderá a considerarse la violencia como algo normal. La socialización diferencial se puede apreciar también aquí, pues para algunos los niños aprenderán a agredir

para defender sus supuestos derechos o solucionar conflictos, mientras que las niñas aprenderán a que tienen que aguantar las agresiones.

Respecto a las “imágenes” sobre la violencia, el colectivo nos dice que éstas pueden considerarse como “sistemas de referencia ideológicas y motivacionales” (APDH, 1999: 45), y que dependiendo de la mirada del observador (en este caso las instituciones) y el lenguaje que utilizan, la realidad de la violencia domestica será expresada mediante ciertas imágenes y no otras, o algunas señaladas por ciertas instituciones no serán consideradas por otras. Desde esta perspectiva las imágenes de la violencia familiar serán un tanto diferentes según las instituciones trabajen con mujeres o con menores, así como si son gubernamentales o no. En el caso de los infantes por lo general será considerada la imagen de “sujetos indefensos necesitados de protección” (APDH, 1999: 46), aunque se extiende también la imagen que los contempla como sujetos de derecho y con intereses propios. Y de tres modelos de relación padre-hijo asumidos -autoritario, de apoyo y de *laissez faire*- las instituciones suelen valorar más el de apoyo, pero nos dice el colectivo que en los discursos, como en la realidad familiar, la imagen autoritaria que ve a los hijos como propiedad de los padres sigue persistiendo. Por otra parte, señalan que las instituciones no estatales llegan a concebir una imagen que habla, junto a las agresiones físicas, de una violencia institucional del estado (por ejemplo en el caso de los niños maltratados que se les aparta de sus familias), así como otra que se refiere a las carencias y desatención de las necesidades, materiales y/o afectivas de los infantes.

Sobre la violencia contra las mujeres, nos dicen los autores, se ha generado una imagen de consenso en cuanto a considerarla como un “problema social”, una situación que ha pasado del espacio privado al público. Pero apuntan que se asocia principalmente con la agresión física y en menor medida con la psíquica; mientras que la agresión sexual casi no aparece en los discursos de las instituciones estatales. De igual manera la imagen de la mujer que por sí misma logra salir o superar una situación de violencia familiar no aparece en las instituciones estatales, pues éstas consideran que la única salida posible es

mediante la asistencia o ayuda de las mismas instituciones, y con previa denuncia. Para los autores, se concibe en algunos discursos institucionales a las mujeres maltratadas como “las otras”, lejanas o diferentes a “nosotras”. Así, en estos discursos, la condición de víctimas de las maltratas remite “a la consideración de ‘objetos’ de atención por parte de las instituciones más que de ‘sujetos’ de violencia doméstica” (APDH, 1999: 53).

Ahora bien, refiriéndonos a los bloques discursivos antes señalados, y partiendo del denominado “discurso funcionalista”, los autores señalan que éste es propio de las instituciones gubernamentales y “que se limita a describir ‘lo que existe’ en el campo de la violencia doméstica sin poner en cuestión el universo de valores que funda el sistema jerárquico de poder familiar” (APDH, 1999: 59). De aquí se establecen sus tres características básicas: que proviene de los poderes públicos, es descriptivo y ahistórico y se encuadra en el orden simbólico establecido.

En la descripción de los hechos de este tipo de discurso, señalan los autores, se parte del universo simbólico del “*orden patriarcal*” en el que, a través de los mitos, la religión y el lenguaje, se fragua una existencia basada en la subordinación de los hijos a los padres y de las mujeres a los hombres” (APDH, 1999: 65). La “familia” se presenta como el mito más significativo en este orden simbólico, y se presenta como una imagen idealizada de armonía y equilibrio⁴², en el que sólo algunas, marginales y disfuncionales, presentarán violencia entre sus miembros. Así se establece dos tipos de familias: las normales, que se adecuan al mito, y las anormales, que se oponen a él. Por su parte, desde el punto de vista religioso, señalan los autores al cristianismo como fuente de ciertos valores del orden patriarcal, como la idea del sacrificio y la abnegación femenina en aras del desarrollo familiar. Y respecto al lenguaje, los autores sostienen que se manifiesta en el hecho de que en la ideología patriarcal las mujeres carecen de existencia propia y se les nombra sólo como contraposición del hombre; la mujer es lo otro del hombre.

⁴² Dicen los autores que la realidad experiencial señala a la familia, por su estrecha convivencia, como un lugar propicio para el surgimiento de conflictos entre sus miembros, algunos de los cuales pueden desembocar en conductas hostiles y/o violentas.

El carácter descriptivo y ahistórico de este universo discursivo es señalado porque en él se asume como un hecho la violencia doméstica, sin preguntarse cuándo aparece y por qué. "Es la descripción de algo 'enquistado' en el cuerpo social, que antes era tenido por 'natural' y que ahora, al hacerse público, se ha convertido de forma 'artificial' en problema" (APDH, 1999: 62). Y si se interroga por las causas de este tipo de violencia, éstas son señaladas como de carácter individual, ya sea apelando a una naturaleza humana, ya a ciertas diferencias genéticas entre hombres y mujeres (en especial cuando se trata de violencia contra las mujeres) o a cuestiones patológicas, es decir se tiende a la biologización del problema. O bien se acude a otras causas individuales, como el consumo de alcohol y/o drogas. También se suele argumentar que la propia víctima es generadora de la violencia, hablándose, por ejemplo, de una personalidad masoquista en el caso de las mujeres, o del comportamiento anormal de los menores en su caso. "Por estas razones se dice en este discurso que el problema no es de la sociedad, pues está personificado en algunos individuos 'especiales'" (APDH, 1999: 65). Por otra parte, desde que no se abordan los fundamentos últimos de las normas y la lógica social del orden patriarcal, las instituciones gubernamentales sólo apuntan a la "reparación" de los daños presentes y al "castigo" de los agresores, para lo cual la imagen de la denuncia se torna central en sus discursos. "La *denuncia* se convierte por tanto en el objetivo a conseguir prioritaria mente: lograr que se denuncien las agresiones sufridas por mujeres y niños se ha convertido *no en un medio* para erradicar esta violencia *sino en un fin*"⁴³ (APDH, 1999: 71).

Ahora bien, este discurso no es totalmente unitario y homogéneo, los autores señalan que se pueden distinguir ciertas facciones en su interior según sean las instituciones de procedencia. Nos hablan de una facción dominante, la más funcionalista, que parte del Poder Ejecutivo y los Cuerpos de Seguridad del

⁴³ El colectivo señala que sin quitar importancia a la denuncia como un medio, entre otros, para combatir la violencia doméstica, muchas veces, en el caso de las mujeres maltratadas, denunciar esto no es lo mismo que denunciar otros delitos. "Se olvida que, a diferencia de otros delitos, el delincuente comparte en este caso con la víctima de su delito: casa, hijos, años de relación, afectos incluso, y que, en la mayoría de los casos, el único mundo de referencia que poseen estas mujeres maltratadas es el de su familia" (APDH; 1999; 71).

Estado, la cual mantiene un fuerte referente ideológico en el derecho y la ley y se presenta como defensora del ordenamiento legal. Se orienta básicamente a la reparación, y atendiendo tanto a los agresores (su castigo es un medio de redimir sus faltas) como a las víctimas. Existe otra fracción que denominan los autores como judicial, ya que esta representada por el Poder Judicial. El problema de la violencia doméstica en esta fracción, nos dicen, es percibido como un tema puramente técnico de aplicación de la ley y se le concede en realidad poca importancia, sobre todo al maltrato a las mujeres (son pocos los casos que llegan a procesos judiciales), habiendo un poco más de sensibilidad al caso de los menores. Una imagen de importancia en este discurso es considerar a todos los adultos como iguales ante la ley, pero cuya igualdad jurídica borra las desigualdades reales entre hombres y mujeres, por lo que no se toma medidas especiales para protegerlas, cosa que sí se hace en el caso de los menores, pues éstos se consideran seres no iguales. Es un discurso que niega la existencia del poder masculino y en el cual no se hace referencia a la violencia como manifestación de ese poder, sino que se habla de peleas o desavenencias de la pareja.

También nos hablan los autores de una facción paternalista, representada por instituciones de protección social. En ella se señala que las víctimas tienen que acudir al Estado para pedir ayuda y así éste pueda proporcionar protección y consuelo. Se señala aquí que la única dependencia de la mujer respecto del hombre es económica (no se consideran dependencias emocionales o psicológicas), por lo que para solucionar el problema de la violencia las mujeres tienen que conseguir su independencia económica. Mencionan igualmente una fracción asistencial que se diferencia de la anterior en la consideración de que el Estado debe promover la protección de las víctimas y no esperar a que sean ellas las que pidan ayuda. También se debe de trabajar en la integración de los protagonistas de la violencia, no sacando a las víctimas del entorno familiar, por una parte, y trabajando con el agresor para que cambie su conducta, por la otra. La última fracción mencionada es la aislacionista que se caracteriza por considerar

al agresor como una amenaza para el orden social y que, por lo tanto, se debe de aislar, o cuando menos, se debe de alejar a las víctimas de ellos.

El discurso reformista, por su parte, es considerado como un discurso que se dirige "a mejorar, renovar o corregir un modelo de sociedad con cuyos fundamentos se está básicamente de acuerdo y cuyos aspectos más negativos, en este caso la violencia doméstica, se piensa que pueden ser solucionados de una forma progresiva y paulatina" (APDH, 1999: 97). Sus características primordiales son; la centralidad de la imagen de la prevención, mantiene un equilibrio y una tensión entre el personalismo y el individualismo, y concede primacía a los valores y al cambio social.

Respecto a la centralidad de la prevención se señala a ésta como la posibilidad y necesidad de corregir las conductas disfuncionales y así corregir los defectos del orden social existente. Por esta razón la educación se presenta como una medida indispensable, ya que si la transmisión de la violencia se lleva a cabo por medio del aprendizaje, la educación en valores como la igualdad, el respeto y la tolerancia puede servir para contrarrestarla. También la educación apunta a la sensibilización de la población respecto a la violencia doméstica como problema, es decir, que conductas que antes no eran vistas como problema ahora se tome conciencia de que sí lo son, y que con ello se incentive un cambio de actitudes. Los autores comentan que muchos ven al Ministerio de Educación como un punto muy importante para esta labor. Con relación al cual se señalan a los niños y adolescentes como público objetivo destacado para la educación en la prevención, sobre todo con programas educativos como el "área para la igualdad de oportunidades entre los sexos" y el "área de educación para la paz". Pero la institución más importante para dicha labor es la propia familia, pues es ahí donde se tienen que establecer valores como el amor, el respeto, la solidaridad, etc.

La tensión entre las tendencias personalistas e individualistas se puede apreciar, según los autores, precisamente desde la importancia que se le conceda a la familia, pues si la integración y solidaridad a su interior conllevan fuertes referencias de personalismo, también se puede apreciar cierto peligro en cuanto que el tipo de relaciones jerárquicas y de poder que entraña puede facilitar la

emergencia de situaciones violentas. Y de forma inversa, el individualismo que mine el afecto y el respeto al interior de la familia, también puede llevar a la violencia. En la evolución social actual, nos dicen los autores, la igualdad pasa por la apertura de la familia a la sociedad, donde se produce un desplazamiento de la moral personalista hacia una ética individualista, y “es precisamente este difícil equilibrio lo que impide al discurso reformista un avance real en el proceso de cambio social que teóricamente se propone” (APDH, 1999: 105).

La valoración positiva del paso del problema de la violencia doméstica desde el espacio privado al público, se concibe en este discurso como un momento importante del cambio de valores y, en general, de cambio social. “Para el discurso reformista, nos dicen los autores, la sociedad actual representa el triunfo de los valores democráticos a través de un proceso evolutivo” (APDH, 1999: 105). En esta situación la violencia doméstica se concibe como un rasgo del pasado, que está siendo combatida y que llegará a erradicarse en el futuro; es decir, mediante el cambio social y la conquista de nuevos y mejores valores, el problema tiene esperanzas de solución.

Este discurso también presenta a su interior diferentes facciones, los autores distinguen tres: una a la que llamaran discurso difuso, otra centrada alrededor de los menores y una tercera referente a las mujeres. La primera facción está representada por instituciones estatales encargadas de la prevención de forma general, como la Unidad de Educación para la Salud Pública, el Ministerio de Educación y Ciencias, etc., y proporciona el eje de referencia central en todos los discursos reformistas..

Aparece aquí la imagen de la violencia en el hogar como problema con causas sociales, aunque lo haga no en una argumentación clara y coherente sobre estas causas, sino a partir de la sospecha y duda sobre la sociedad que se está creando y que permite esta violencia. Estas causas se presentan como múltiples, difusas y poco articuladas, hablándose en ocasiones de la cultura patriarcal y el machismo y en otras ocasiones de aspectos superficiales y descriptivos. Es un discurso que pretende mostrar una causalidad heterogénea y compleja, superando una causal lineal, pero que, en la consideración de los

autores, no alcanza a crear un modelo causal explicativo. En esta facción “los sujetos del discurso, los que piensan, dicen y hacen son las propias instituciones” (APDH, 1999: 109), mientras que las víctimas y los agresores no son considerados como sujetos de enunciación, y apenas son considerados como objetos de enunciación. El principal objeto de su enunciación es la población, a la que se tiene que educar y sensibilizar para prevenir la violencia.

La “fracción de menores” representa la tendencia más personalista. Aunque parte de enfatizar el respeto a los derechos de los niños y las niñas, y considera que es precisamente el no respeto de esos derechos el origen de la violencia contra los menores, piensan que éstos sólo se pueden respetar y desarrollar dentro de una familia funcional y armónica. Por su parte, la “fracción de mujeres” se situará más del lado del individualismo. A partir de la imagen de la desigualdad real entre los géneros, percibida como origen de la violencia contra las mujeres, se propugna por una independencia y autonomía de las mujeres, lo que implica un proceso de individualización, para superar el problema de la violencia.

El discurso transformador, por último, pone en cuestión el orden social existente. En él, nos dicen los autores, “la ley del padre, que rige el universo simbólico de la familia patriarcal e impregna toda la cultura contribuyendo a mantener el orden social, es puesta en cuestión por este discurso para descubrir sus trampas y, sobre esta deconstrucción consciente, trata de construir una sociedad más justa asentada en el principio de igualdad real entre los sexos” (APDH, 1999: 113). Es un discurso totalmente opuesto al funcionalista, por lo que sus características son el de ser emanado por grupos no gubernamentales, como las ONGs y ciertos movimientos sociales; considera que la violencia es el resultado último de un proceso al que hay que señalar; cuestiona y busca transformar el orden social existente, y trasciende lo individual para establecer una mirada integral y globalizadora tanto para ver el origen de la violencia, la forma en que se presenta y los diferentes sujetos a los que afecta. Además, desde sus posturas ideológicas, considera la violencia doméstica como un problema social y político al que hay que atender desde posiciones de la misma índole, también mantienen la centralidad en la idea de la desigualdad en las relaciones de poder,

tanto en la sociedad como en la familia, y considera la violencia familiar como “el peor síntoma de una ‘humanidad’ históricamente mal construida”, y, en definitiva, es un discurso que “roza la utopía en cuanto que ‘construye una crítica ideológica de la ideología’”, pues si el discurso funcionalista es una ideología que oculta la contradicción, el transformador la pone al descubierto (APDH, 1999: 114-115).

Este discurso se desarrolla desde las organizaciones sociales y algunos profesionales de instituciones estatales, especialmente en el marco del feminismo, que trabajan muy cercanamente a los actores de la violencia doméstica, a quienes reconocen como sujetos de discurso. Y lleva a cabo una crítica tanto del Estado, sus instituciones y el sistema político y económico que representan. Consideran que “desde una desigual estructura de la sociedad –en función de etnia, clase, sexo, religión, edad-, una economía de mercado que instaure una supuesta ‘igualdad’ por medio del consumo y un Estado que da cobertura de todo ello a través de sus leyes, es imposible una salida al problema de la violencia” (APDH, 1999: 117). Además, piensan que el Estado no sólo no reconoce la magnitud social del problema, sino que ubican en las personas que lo padecen la responsabilidad de salir de esa situación.

En su intento de profundizar en el origen causal de la violencia doméstica, nos dicen los autores, este discurso se aparta del psicologismo que caracteriza a otros discursos y a varias investigaciones, por lo que consideran necesarios los análisis antropológicos y sociológicos para visualizar la raíz ideológica y política del problema. Igualmente importante es la perspectiva histórica del análisis; no quedarse en la descripción inmediateista, sino atender el proceso histórico que ha generado a este tipo de violencia. Por lo tanto, se considera que los sujetos afectados por este problema son sus efectos, no la causa de él. Más específicamente, este discurso señala diferencias entre el origen o raíz del problema, las causas de él y los factores desencadenantes o posibilitadores. El origen, se señala, está en el orden simbólico del patriarcalismo, que consagra la desigualdad de género, a la vez que la jerarquía generacional. Y al cuestionar este orden simbólico, consideran los autores, el discurso transformador “habla ‘de los mitos’ y no ‘desde los mitos’” (APDH, 1999: 121), cuestionando así los de el amor

romántico, la sexualidad, el lenguaje y, sobre todo, el mito de la familia armónica. Las causas estarían contempladas en la interiorización de los valores del orden patriarcal, mediada por las instituciones culturales, sociales y estatales que las reproducen y legitiman. Se presentan como ejemplos de esto, el modelo educativo desigual y autoritario o el sistema económico que confina a las mujeres al trabajo domestico no remunerado⁴⁴. Los factores desencadenantes, por su parte, son percibidos como aquellos de carácter micro-sociales que permiten que la violencia se de dentro de unas familias y no en otras, entre los cuales se encuentran factores de vulnerabilidad social, psicológica y relacional (desempleo, alcohol, estrés, etc.).

En este discurso se considera que las formas bajo las cuales se manifiesta la violencia doméstica –física, psíquica y sexual-, que en la mayoría de los casos se dan unidas, afectan en su integridad a las personas como un todo, coadyuvando a su deterioro. Consideran que la manifestación de esta violencia puede tener un carácter cíclico y de intensidad creciente. Principalmente en referencia a la violencia padecida por las mujeres, nos dicen los autores que se suele distinguir tres fases o ciclos: el primero sería el de “tensión”, en el que se acumulan pequeñas peleas entre la pareja; el segundo es en el que se producen los episodios agudos de maltrato, y un tercero que denominan “luna de miel”, en el que el agresor manifiesta arrepentimiento (APDH, 1999: 129-130), y de allí de vuelta a empezar. El carácter ascendente se manifiesta en que se inicia con amenazas, rotura de objetos, silencios o burlas, que tienen como resultado un control sutil y camuflado (estrategia de dominio), para luego desencadenarse en la agresión directa. Y una de las críticas realizadas, es precisamente que por lo general se percibe el comienzo de la violencia con el maltrato físico.

Este discurso denuncia, además, que existe cierta “culpabilización social de las maltratadas”, en primer lugar, porque desde los valores patriarcales las propias mujeres que padecen la violencia no se consideran víctimas, sino responsables, al

⁴⁴ Aunque también se habla que la nueva situación laboral de las mujeres es producida en muchos casos, más que por nuevas oportunidades reales de desarrollo para las mujeres, por presiones de mercado y la baja en el nivel económico familiar. Se piensa en ambos casos al capitalismo como aliado del orden simbólico existente.

no haber sabido mantener el lugar que les corresponde y manejar adecuadamente las cosas con su marido, y en segundo lugar, porque esa es también la imagen que los otros a su alrededor, hombres o mujeres, les reflejan. Es una "culpabilización que perjudica a quienes padecen la violencia y beneficia a todas aquellas personas que prefieren el orden a la justicia" (APDH, 1999: 131). Por esta razón, nos dicen los autores, consideran que la imagen de la denuncia, por si sola, sirve de poco, pues hay dificultades para que las mujeres maltratadas lleguen a la denuncia, así como, en caso de hacerse, hay poco apoyo social, económico y legal que les permita mantener hasta el final el proceso.

Capítulo 3

Consideraciones generales sobre la violencia

La descripción en cuanto a las concepciones causales de la violencia que hemos establecido pintan un cuadro sencillo que atiende, por un lado, a aquellos estudios que se centran en los individuos y, por otro, a los que atienden a las sociedades. En ambos casos se encuentran consideraciones que destacan elementos de la naturaleza, individual o social, o elementos situacionales o ambientales. En este cuadro, sin embargo, aparte de las consideraciones causales de la violencia, se han venido dibujando también otros elementos, aunque no explorados ampliamente, que atienden por ejemplo a las formas o tipos de violencia que existen, el desarrollo que se da de la misma o las consecuencias que trae aparejadas⁴⁵. Pero de igual manera encontramos algunos otros elementos de carácter más general relacionados con esta preocupación causal, como serían los elementos de poder, agrupación, enemigos, racionalidad, etc., así como ciertas cuestiones epistémicas, también generales, de las propias perspectivas que abordan la temática aquí desarrollada. Aquí no atenderemos especialmente a las cuestiones de las formas o tipos de violencia ni a sus consecuencias. Nos preocuparemos más, en cambio, por esos otros elementos que se relacionan con las preocupaciones causales (poder, racionalidad, agrupaciones, etcétera) y tocaremos de manera rápida las cuestiones epistémicas.

En el presente capítulo se pretende desarrollar el dialogo entre los diferentes autores (o sus esquemas teóricos) que hemos venido describiendo,

⁴⁵ La concentración en las preocupaciones causales tiene como correlato que estos otros elementos que mencionaremos se presenten un tanto como periféricos, pero no consideramos que sean menos importantes, sino sólo que la forma que adoptamos para este trabajo, y por lo tanto también los textos elegidos, así nos lo permitía. Creo que se podría hacer otras clasificaciones si nos centramos en otras pautas, como las formas de la violencia o las consecuencias de ésta.

mediante el alumbramiento o focalización de esos diversos elementos y factores que pueden extraerse de sus discursos. No todos los autores desarrollan los mismos elementos o les conceden igual importancia, ni les dan un trato semejante. Esas diferencias y semejanzas es lo que pretendemos explorar. Pero conviene advertir de antemano que ponemos un especial interés en lo que podríamos denominar “la unidad de la violencia”⁴⁶. Con ello no queremos decir que después de esta revisión de diferentes teorías hayamos llegado a una “esencia” de la violencia, sino tan sólo que pensamos que en sus diferentes formas de estudio sí podemos encontrar ciertos marcos generales que nos permiten reconocerla como una unidad. Aunque se viste de ropajes diferentes y discurre por diversos canales, mantiene ciertos rasgos que nos permiten identificarla. Sin embargo no todos los autores consideran de igual forma estos rasgos y hasta puede haber enormes discrepancias en cuanto a los detalles. ¿Problemas sólo de definición o están afectados por la perspectiva misma desde donde se abordan? Estas son cosas que pretendemos explorar.

Planteamos una división del capítulo en cuatro apartados. El primero se refiere a los problemas de definición de la violencia y la agresión. En el segundo se plantea las relaciones que la violencia mantiene con otras cuestiones generales, como la del poder, la historia y la racionalidad. El siguiente explora algunos factores relevantes que destacamos en la exposición de las perspectivas, como son el de las identidades grupales, el de enemigo, la contención o inhibición de la violencia y la agresividad, etc. Y un último apartado donde señalamos consideraciones generales sobre la causalidad.

I- Definiciones de violencia y agresión

Los diversos autores revisados no siempre ofrecen una definición de la violencia o de la agresión, más aún, no todos presentan el tema de la violencia como su

⁴⁶ De hecho desde la misma selección de los textos explorados, así como en la descripción de los mismos, esta presuposición ya estaba más o menos elaborada, aunque a mi no se me haya hecho clara sino sólo hasta al inicio del presente capítulo.

principal foco de atención. Pero del trato que se les da a estos términos es posible sacar algunas consideraciones generales de ellos. Sin embargo recurriremos primero también a otros autores para una mejor comprensión de los problemas de la definición de violencia y agresión.

Adela Cortina en un ensayo titulado *El poder comunicativo. Una propuesta intersexual frente a la violencia*, considera que el término de violencia suele utilizarse más como un adjetivo que acompaña a algunos sustantivos que como sustantivo en si mismo, adjetivo que señala el procedimiento o medio de un actuar, mientras que el contexto es señalado por estos sustantivos. Y define que, "un procedimiento violento es entonces aquel en que se utiliza la fuerza para obtener un fin, en contra de la tendencia natural de la cosa sobre la que se aplica la fuerza. Dos elementos son, pues, esenciales al proceder violento: el uso de la fuerza y el intento de cambiar la tendencia natural de algo". Y más adelante acota: "Pero forzar la voluntad de las personas, tratar de llevarles por donde no quieren, sea porque se les cause un daño físico no querido por ellas, sea porque se les causa un daño moral, es lo que merece realmente el nombre de 'procedimiento violento', tanto más desautorizado socialmente cuanto más progresa el mundo humano en moralidad" (Fisas, 1998: 28 y 29). En esta definición encontramos varios de los elementos importantes para el uso del término de violencia. Pero consideremos también la definición del término de agresión y su relación con la violencia.

Martín-Baró refiere por su parte que el Diccionario de la Real Academia define como violento, a aquello "que obra con ímpetu y fuerza... Lo que uno hace contra su gusto, por ciertos respetos y consideraciones...Que se ejecuta contra el modo regular o fuera de razón y justicia", mientras que "define la agresión como el acto de 'acometer alguno para matarlo, herirlo o hacerle cualquier daño'", y continua señalando que "el concepto de violencia es más amplio que el de agresión y que, en teoría, todo acto al que se le aplique una dosis de fuerza excesiva puede ser considerado como violento. La agresión, en cambio, sólo sería una forma de violencia: aquella que aplica la fuerza contra alguien de manera intencional, es decir, aquella acción mediante la cual se pretende causar un daño contra otra persona" (Martín-Baró, 2003: 75). Y de igual manera José M^a Asensio

Aguilera, en su ensayo *El ayer no nos hace violentos*, nos dice del término violencia que, “a mi entender, esta palabra designa una clase de comportamiento agresivo, difusa en sus límites, caracterizada porque la búsqueda de beneficio del agresor --objetivo prioritario de cualquier agresión— se consigue a costa de un grave perjuicio para la persona agredida. La violencia, tanto si ésta es legal como ilegítima, constituye, en definitiva, una forma particularmente dañina de agresión que menoscaba --a veces dramáticamente— el bienestar físico y psíquico de quien la sufre, es decir, su aptitud biológica” (Fisas, 1998: 19).

Ahora bien, si atendemos a los usos que Tobeña da a la noción de agresión, por un lado, y los que señalarían tanto Darwin como Lorenz, por el otro, podemos encontrar ciertos problemas o discrepancias con las consideraciones anteriores. Los tres hacen girar la noción de agresión en torno a la combatividad entre individuos de la misma especie, pero mientras Darwin y Lorenz de manera general la refieren a un instinto, modulado evolutivamente, Tobeña concibe la agresión como una entre otras tácticas de relación ante disputas y que tiene, entre los factores que la permiten y regulan, algunos de carácter neuroendocrino que son tanto innatos como modulados con la interacción de su entorno (supra, cap. 1: 33-40). No se niegan la producción de daño (leve o profundo, físico o emocional), pero al acentuar la situación combativa y, por tanto, “relacional” de la agresión, parecen apartarse un tanto de la idea de “intencionalidad dañina” del agresor acentuada en las concepciones de Baró y Asensio Aguilera. Sin embargo, cuando Tobeña señala que la agresión puede servir tanto por la lucha por la sobrevivencia como para el ataque en la búsqueda de obtención de beneficios (supra, cap. 1: 36), se hace más comprensible el carácter relacional de la agresión, porque atiende tanto a un agresor como a alguien que se defiende, mientras que la intencionalidad dañina se centraría más en el ataque y el agresor. Se trata entonces de que el concepto de agresión en Tobeña, Darwin y Lorenz es un poco más amplio en tanto el tipo de relaciones que se dan en ella, que el de Baró y Asensio Aguilera⁴⁷.

⁴⁷ Esto también tiene consecuencias en la valoración que de la agresión se haga, pues la concepción “relacional” al presentar el combate (ataque y lucha por la sobrevivencia) como acontecimiento un

Y en cuanto a la relación de la agresión y la violencia, si atendemos a las concepciones de Cortina, Martín-Baró y Asensio Aguilera, ésta se presenta como una especie de relación entre particularidad y generalidad. Para el último de estos autores es la violencia la que se presenta como una forma particular de la agresión general, y está señalada por el “grado” de daño conseguido en su práctica. Para Martín-Baró, por el contrario, es la agresión la forma particular en relación con la violencia, y es la “intención” de infringir un daño la que señala la particularidad. Pero también señala una situación de grado, aunque concretado en la utilización de fuerza excesiva para la violencia en relación con otra utilización de fuerza no violenta. Cortina explícitamente no señala la distinción agresión-violencia, pero creo que se puede encontrar cierta relación de lo general y lo particular cuando señala la violencia como la aplicación de una fuerza para un fin determinado y que se realiza contra la tendencia natural de las cosas, por un lado, y que la aplicación de esta fuerza puede ser provocando un daño físico o moral, por el otro. En la primera parte de su definición podemos apreciar una generalización, mientras que la acotación de la segunda nos daría una particularidad. Y podemos preguntarnos si esta provocación intencional del daño no podríamos verla como la particularidad agresiva de la aplicación de la fuerza de la violencia general.

La relación, entonces, entre generalidad y particularidad para diferenciar la agresión de la violencia es más o menos aceptada, pero si para Asensio Aguilera es la violencia una forma particular de agresión, por lo general para la mayoría de otros autores la relación es la contraria. Y aunque también frecuentemente se señala la distinción en relación al grado de daño o uso de la fuerza, en el sentido de que la violencia es más dañina e implica mayor fuerza en su desarrollo, no todos los autores así lo consideran, por ejemplo cuando Segato considera la violencia moral como un tipo de violencia silenciosa, cotidiana y que no requiere gran uso de situaciones lesivas (supra, cap. 2: 54). Lo mismo sucede con la consideración de la intencionalidad de daño, pues si por ejemplo para Martín-Baró

tanto natural en las relaciones intraespecíficas, permiten cierto grado de disculpa de la agresión, mientras que la concepción centrada en el ataque del agresor y la intención de causar daño, se presenta como comportamiento negativo y condenable.

esta intencionalidad es lo que caracteriza la agresión, otras consideraciones, como la distinción que realiza Tobeña entre agresión impulsiva y la premeditada (supra, cap. 1: 35), pueden no considerar necesaria o suficiente esa intencionalidad. Y quizá ocurra lo mismo cuando se señala en general la agresión como cuestión reactiva a una situación determinada, como en alguna consideración de Freud, en la teoría de la frustración-agresión o hasta en el experimento de Millgram, donde lo central es la obediencia a una autoridad no el causar daño.

Sin embargo podemos considerar otra cuestión no totalmente o bien formulada en la distinción entre agresión y violencia. Nos referimos a que a lo largo del trabajo, cuando reseñamos las perspectivas psicobiológicas individuales éstas son tratadas preferentemente en términos de agresión, mientras que en las perspectivas sociopolíticas se habla preferentemente de violencia⁴⁸. Así, desde esta situación, se podría señalar la generalidad en referencia a un nivel de análisis amplio socialmente, que involucra a varios actores e interacciones complejas, en tanto que la particularidad quedaría referida a un nivel de análisis de relaciones interindividuales y generalmente más inmediatas en sus causas y su manifestación. ¿Esto explicaría que, si como señala Adela Cortina, la violencia es más utilizada como un adjetivo en relación a algunos otros sustantivos, en cambio sí podamos usar más fácilmente los términos agresión y agresividad como sustantivos, pues la referencialidad de la agresión sería más inmediata, mientras que la de la violencia sería más difusa, y según otras situaciones?

Otras características de la violencia también se pueden considerar desde este tipo de distinción entre la agresión y la violencia. Como ejemplo tomemos el señalamiento de Martín-Baró del hecho de que se puede hablar de una violencia institucional o estructural, pero considera que sería más difícil hacerlo en referencia a la agresión, es decir, hablar de agresión estructural o institucional (sin embargo cree que esto podría hacerse cuando una institución determinada, como

⁴⁸ De los autores descritos en el primer capítulo únicamente es Pincus, en sus análisis sobre la violencia homicida, el que se refiere más a la violencia que a la agresión, y esto creo que está referido al grado de lesividad, lo que se puede observar cuando el maltrato infantil no lo considera violencia sino como una de los factores que puedan influir en la posterior manifestación de la violencia, con un homicidio o un ataque parecido en magnitud de daño.

el ejército, ejecuta actos deliberados de agresión). Pero si bien él atribuye este hecho a la cuestión de la intencionalidad --arguyendo que es posible concebir una institución social que utilice la fuerza para obligar a actuar a las personas en contra de su parecer, pero es difícil probar que esta institución social busquen intencionalmente causar daño-- (Martín-Baró, 2003: 75), creo que la diferenciación entre violencia y agresión según el nivel de análisis también explicaría este hecho.

Desde esta perspectiva se puede considerar la agresión no como un sinónimo de la violencia, sino como un elemento un tanto diferente pero no desasociado de ella; es lo que le concede su manifestación y expresión más visible, y que si bien se puede considerar en si misma, es factible siempre de una contextualización más amplia. Toda agresión podría considerarse, entonces, una forma de violencia, pero no toda violencia va a manifestar o adquirir características agresivas, en cuanto considerar la agresión como el hecho de producir a algún individuo, de manera directa, un daño físico o algún perjuicio emocional.

Por otra parte, para especificar un poco más la violencia, consideremos ahora tres características o presupuestos sobre ella que también Martín-Baró nos señalará, pero que en general son asumidos por otros autores. El primero "es que la violencia presenta múltiples formas y que entre ellas pueden darse diferencias muy importantes", y citando a otro autor, F. Hacker⁴⁹, señala que éste considera que "de la agresión individual, biológica, a la legitimada y organizada socialmente hay un largo camino con muchas etapas". Es necesario, por tanto --dice seguidamente Baró-- mantener presente esta amplia diversidad de actos violentos y agresivos, entre los cuales pueden darse diferencias quizás esenciales que obligan a eludir explicaciones simples, por atractivas que sean" (Martín-Baró, 2003: 80 y 81). Esta característica, si bien no la desarrollamos profusamente en el trabajo como ya arriba señalamos, creo que si queda patente al considerar los diversos autores y sus propuestas de investigación o visiones sobre diferentes tipos de violencia.

Otro de estos presupuestos, que trataremos de desarrollar más adelante, "es que la violencia tiene un carácter histórico y, por consiguiente, es imposible

⁴⁹ El texto citado de F. Hacker es el de *Agresión* (1973) editado por la editorial Grijalbo.

entenderla fuera del contexto social en que se produce", por lo que es necesario, sobre todo en atención tanto a su explicación como a su valorización y justificación, contemplar "el acto de violencia" en el marco de intereses y valores de una sociedad determinada o los grupos específicos con los que está relacionada y en el tiempo concreto en que se desarrolla (Martín-Baró, 2003: 81).

"El último presupuesto, nos dice Baró, se refiere a la llamada 'espiral de la violencia'", con la que se considera que "los actos de violencia social tienen un peso autónomo que los dinamiza y los multiplica". Y también considera Martín-Baró que "el mismo carácter histórico de los procesos de violencia establecen las dimensiones máximas que pueden alcanzar, aunque en general sólo a *posteriori* se vea con claridad cuáles eran esas fronteras de posibilidad" (Martín-Baró, 2003: 81 y 82). Esta última característica no la encontramos desarrollada a lo largo de todo el presente trabajo, sino que la encontraremos más o menos presente sobre todo en el segundo apartado del capítulo dos (el de los orígenes contextuales de la violencia, aunque no se le señala y desarrolla explícitamente como tal). Y esto me parece que es debido precisamente a que en este apartado se consideran ciertas interrelaciones sociales como causas de violencia, y la violencia misma puede contemplarse como una de esas interrelaciones, mientras que desde otras perspectivas las causas buscadas serán elementos biológicos, ideales, o estructuras simbólicas e institucionales que no permiten la centralización de la propia violencia como causa.

Pero en todo caso, la espiral de la violencia la podríamos apreciar en tres sentidos, el primero es sugerido por Merton cuando nos habla de una anomia que se incrementa (supra, cap. 2: 66), según el cual, y refiriéndonos más concretamente a la violencia, en determinadas situaciones ésta se muestra muy eficiente, por lo que su utilización se ve reforzada en el mismo agente y/o puede ser asumida por otros agentes en virtud de esa eficiencia mostrada. Otro sentido es que la espiral de violencia pueda entenderse como una situación de acción y reacción, es decir, que a la violencia ejercida por un agente contra otro, este último responda también con violencia. Así por ejemplo, a la violencia estructural ejercida en una situación opresiva se le responda con otra violencia de sentido inverso

encaminada a romper este orden opresivo, como Césaire considera que se da con la reacción revolucionaria contra el colonialismo (supra, cap. 2: 61). El último sentido está ilustrado por la consideración de Waldmann (supra, cap. 2: 72-74) de que en las interacciones sociales permeadas por violencia, como las nuevas guerras civiles, se establece una dinámica propia en la que la violencia se autorrecrea y refuerza, y ésta puede implicar los dos sentidos anteriores.

Finalmente, otra cuestión que me parece importante señalar se refiere a las concepciones que se pueden establecer sobre la violencia, y que creo las podemos situar en una línea continua en el que ubicaríamos como polos las que denominaríamos "concepción amplia" y "concepción restringida" de la violencia. La ampliación y restricción de estas concepciones refieren a los espacios explicativos en cuanto a las relaciones que tocan, a la temporalidad de sus manifestaciones, a la concreción o difusión de sus consecuencias y, desde luego, las causas difusas o inmediatas que se consideren. Por ejemplo, una concepción de la violencia que se concentre en los daños físicos a otras personas será una concepción restringida en cuanto no considera los daños emocionales ni las agresiones a objetos o símbolos, las relaciones que se consideran serán directas, el espacio temporal es el de la inmediatez y tenderá a buscar la causa de ésta violencia en alguna razón cercana. Y creo que el tipo o los tipos de violencia que sean considerados por cada perspectiva de estudio influirán en la concepción de la violencia que se utilice. Pero también, desde la consideración causal que sea asumida como central, será utilizada una concepción restringida de la violencia o una ampliada. Claro que también se podría considerar, y de hecho darse, lo inverso; que sea la concepción de la violencia que se asuma la que determine el tipo de violencia que se va a privilegiar y las causas que se consideren.

Entre los discursos sobre la violencia que hemos descrito a lo largo del trabajo, podemos encontrar como un ejemplo de concepción restringida aquella que cuando hablamos de la violencia doméstica se señaló como propia del discurso funcionalista (supra, cap. 2: 90-92). Es una concepción que, según nos dice el colectivo que utilizamos para describir esta parte, se limita a describir lo que existe en el hecho de la violencia doméstica, es ahistórica y se interesa por la

situación inmediata, considera las causas de la violencia como individuales, remitidas a la naturaleza de los agresores y de los agredidos o bien se señalan como producto de una pelea de pareja o el mal comportamiento de los hijos. Y como ejemplo de concepción ampliada podemos ver la concepción de Laura Segato. Es una concepción que remite a una estructura simbólica profunda de patriarcalismo, que se difunde a otras estructuras de dominación, atiende a consideraciones de poder y dominio, se presenta como permanente en un tiempo muy largo y que puede manifestarse en muchas otras formas de violencia más específicas, como la violación, la violencia física y la violencia moral. Y entre estos dos polos podemos encontrar una concepción como la de Charles Tilly. Concepción que, por una parte, restringe la violencia a la que ocasiona daños físicos personales y materiales, que se manifiestan a corto plazo y que son directos, mientras que, por otra parte, considera una amplia gama de interacciones en que se pueden dar, así como una gama igualmente amplia de tipos de violencia a las que atiende y diversos factores causales que confluyen en su manifestación.

II- Relación de la violencia con poder, razón e historia

Desde que las cuestiones de la historia, la razón y el poder no son unitarias, sino que pueden concebirse de más de una forma, la relación que con la violencia pueda señalarse será también diversa. En este apartado tratamos de ver como se conciben esta relación (o relaciones mejor dicho) según consideramos se manifiestan en los discursos que hemos descrito en los capítulos anteriores. Y si para ello entramos a ver como se conciben esas cuestiones (historia, razón y poder), no pretendemos ni definirlas claramente, ni agotar todos los problemas que ellas suscitan. Éstas son cuestiones que ayudan a clarificar algunas de las características que la violencia pueda asumir, y por lo tanto nuestro propósito al verlas es para obtener esa ayuda, no para analizarlas por si mismas.

La relación de la violencia con la historia podríamos verla en dos sentidos principales: una es la de concebir que a lo largo de la historia humana o de alguna comunidad en particular o de alguna persona concreta, han aparecido situaciones o episodios de violencia, es decir, concebir que la violencia es un elemento dentro de un relato histórico más amplio, elemento que puede ser importante o meramente accidental, pero que no es necesario para el relato histórico ni fue inevitable su producción dentro de él. El otro sentido es considerar que un acto o una serie de actos concretos de violencia presentan líneas de sucesión histórica, es decir, que la manifestación de la violencia contó con condiciones de preparación y que cuenta con consecuencias, las cuales, a la vez, pueden ser condición para nueva violencia; se considera aquí una historicidad propia de la violencia. Se puede establecer una unión de estos dos sentidos cuando se consideran los marcos de relaciones sociales y las circunstancias históricas determinadas como factores estrechamente relacionados con la manifestación o no de la violencia.

Desde esta posición Martín-Baró considera un estudio de los actos y hechos agresivos y/o violentos como ideológicos, y nos dice que “el estudio de la acción en cuanto ideológica nos obliga a ir más allá de la apariencia visible de la conducta y penetrar en sus raíces históricas, tanto por lo que tienen de expresión de una estructura social como por los intereses de clase que la persona o grupo involucrados ponen en juego” (Martín-Baró, 2003: 80). Y de forma parecida Fredric Wertham considera que “un acto violento siempre está constituido por un triángulo (...). Tenemos que visualizar siempre la influencia potencial que ejercen entre sí los siguientes factores: primero, el perpetrador; segundo, la víctima; tercero, la reacción de la demás gente, sea dentro de un pequeño círculo, sea dentro de un círculo más amplio” (Wertham, 1971: 43).

La importancia que tiene considerar la violencia en sus relaciones históricas, no sólo consigo misma sino en las relaciones sociales más amplias, radica en que de esta manera se pueda tener una mejor comprensión de ella, y desde ésta comprensión realizar una evaluación más clara y abierta. Concentrarse en la inmediatez del acto violento y en uno o dos de sus participantes (el agresor y

la víctima), puede ocultar las causas no visibles inmediatamente y llevar a soluciones que sólo son paliativos del problema, pero no lo atienden realmente. Ideológicamente podemos ver referido este problema con el ejemplo descrito de los discursos sobre la violencia doméstica, en especial con la crítica del discurso transformador al discurso funcionalista, referente a que éste último, al ser ahistórico e inmedatista, lo que realiza realmente es mantener en pie al orden social patriarcal (supra, cap 2: 95-98).

Y si en la entrada del segundo capítulo afirmamos que la historicidad de la violencia casi no es contemplada desde las perspectivas psicobiológicas, esto se puede considerar debido a que su foco de interés se centra en la agresión y, como consideramos más arriba, por lo general ésta es concebida desde una posición más inmedatista; atiende a los individuo (sobre todo al agresor y la víctima) y busca causas que, o están siempre presentes (instintos, pulsiones), o sólo son desencadenantes contextuales (se reacciona a una frustración, se obedece una orden).

Sin embargo habría que matizar un poco. Por ejemplo, cuando tanto Pincus como especialmente Tobeña señalan la vivencia experiencial de los individuos como un factor importante de eventuales desencadenamientos de actos agresivos y/o violentos, se está aludiendo a una situación histórica. Pero ésta es una cuestión que afecta más a la propensión de que ciertos individuos puedan desarrollar un talante agresivo, que a la propia explicación de la agresión que sucede en determinado momento. Aunque con esto no deja de ser la historia individual un factor a tomarse en cuenta. Cosa igualmente parecida sucede con la consideración de la evolución de las especies como conformadora de un instinto agresivo, en la versión de Lorenz, o de elementos neuroendocrinos, en la visión de Tobeña, para la expresión de la agresión. Y esto se muestra en la consideración del propio Lorenz cuando señala que aludir al “para qué” de la agresión no es lo mismo que especificar el “por qué” de la misma, y donde el “para qué” se refiere a la función que la agresión cumple en la sobrevivencia de la especie, mientras el “por qué” es la causa concreta que en determinado momento llevó a la manifestación de la agresión.

También dijimos, en la entrada del segundo capítulo, que perspectivas como las de Segato y Schmitt se podían concebir como transhistóricas; en el sentido de que sus respectivos factores causales centrales (la estructura simbólica del patriarcalismo y la ontología política) se conciben como estando presentes a lo largo de casi todo el periodo histórico humano⁵⁰. Este carácter transhistórico puede dar pábulo a la idea de que la violencia es un elemento siempre presente de la condición humana, por lo que sería muy difícil su eliminación, a no ser que se cambie o elimine esa condición humana; hacer desaparecer la política en el caso de Schmitt o acabar con la estructura patriarcal en el de Segato. Y si bien para Schmitt esa situación no es posible y tal vez ni deseable, para Segato sí es claramente deseable, pero posible sólo mediante un largo proceso. Sin embargo, en el caso de Schmitt, si bien parte de "la realidad de la hostilidad humana" (en su caso la guerra), su interés es el circunscribir y delimitar esta hostilidad para así regularla mediante actuaciones de derecho, esto es, tomar un cierto control y limitación de la violencia (supra, cap. 2: 45).

Como último ejemplo de la relación entre violencia e historia consideramos el caso del colonialismo en la concepción de Aimé Césaire. En esta concepción se señalan dos procesos: uno ideológico, mediante el cual se estructuró y consolidó una relación de dominio entre Europa y otros continentes, y otro fáctico, mediante el cual se llevó a cabo materialmente el sometimiento y conquista de los pueblos de esos otros continentes. Se considera desde esta perspectiva una delimitación temporal que, aunque larga, señala unos sucesos históricos en los que la violencia se presenta no como un epifenómeno, sino como una situación sustancial de estos acontecimientos, pero donde la violencia también despliega cierto poder condicionante a los diferentes actores de las relaciones colonialistas (entre otras, deshumanizando al colonizador y privando de iniciativa al colonizado). Además, señala la relevancia de los intereses de determinados grupos, principalmente étnicos pero también de clase, que se encuentran en la base del despliegue de la violencia y las luchas sociales. Así, desde esta perspectiva causal, la relación de la

⁵⁰ Esto es lo que presenta lugar a las críticas que podrían hacerse de estas concepciones, como la referida por Godelier a que el puro despliegue de estructuras simbólicas profundas elimina las relaciones históricas específicas, apuntada en la nota a pie de la página 54.

historia y la violencia es muy considerada, pero al ser una concepción muy amplia no delimita y especifica sucesos particulares de violencia, aunque claro, tampoco cierra las vías para que consideraciones más detalladas de casos sí lo realicen.

En cuanto a la relación de la violencia con la razón también la podemos concebir en dos sentidos: el primero está referido a la relación de medios y fines, y el segundo a una evaluación valorativa sobre la violencia. Ambos sentidos mantienen a la vez relaciones, a veces complejas, con otras cuestiones, como las de intencionalidad, emotividad, instrumentalidad, para el caso del primer sentido, o las de civilidad, legalidad y legitimidad, para el segundo.

Este segundo sentido está generalmente ligado con las consecuencias de la violencia, y puesto que el trabajo se ha centrado en consideraciones causales no se le ha presentado con la relevancia requerida. Sin embargo consideremos algunas cuestiones. Nos referimos a la evaluación valorativa de la violencia atendiendo a una idea ético-normativa que considera la violencia como un mal, fruto de situaciones de barbarie y, por lo tanto, contraria a la racionalidad civilizada⁵¹. Desde la consideración de un progreso humano en cuanto a razón y moralidad, como el considerado en la definición de violencia hecha por Adela Cortina, la violencia se considera un resabio del pasado irracional de la humanidad. La violencia causa dolor y caos, produce males. Y por esta razón, el monopolio de los usos de la violencia llevado a cabo por el Estado, en última instancia, se presenta como un mal necesario, legítimo, para evitar males mayores causados por el uso indiscreto de la violencia por cualquier individuo o grupo. Se presenta como una utilización racional de un mal o elemento irracional para conseguir el bienestar social. Así, como la violencia es un actuar contrario a la razón y al bienestar social, será proscrita legalmente. Sin embargo se mantiene un terreno legal para su uso, y que es precisamente el oponerse a esa violencia

⁵¹ Utilizamos el término civilizado más en relación con la civilidad, amabilidad, contención de las personas y las comunidades, no tanto a la idea de una agrupación amplia de culturas, es decir, de civilización. Aunque hay que reconocer que las dos concepciones están ligadas desde la idea europea de que su civilización es la civilización racional, opuesta a otras civilizaciones o culturas primitivas y que no han desarrollado la racionalidad.

ilegal. Pero, como nos sugiere Tilly (supra, cap. 2: 78), a esta violencia legal muchas veces se prefiere no considerarla como tal, sino como fuerza pública, acción policial o alguna otra idea afín a estas.

Sin embargo esta situación de evaluación valorativa puede dar pie a cierta relativización, pues, como consideran Robert E. Dowse y John A. Hughes, "los actos de violencia pueden juzgarse como moralmente buenos, malos o neutros según quiénes participen en ellos, contra quién estén dirigidos y quién realice el juicio (...). Si los miembros de un grupo o sociedad consideran los actos de violencia como justificables en cierto modo, podremos hablar de actos legítimos" (Dowse y Hughes, 1999: 497). Así, la valoración atenderá no solamente al acto violento mismo, sino que estará en relación a dos tipos de agentes, los que participan directamente en los hechos violentos (agresor y agredido) y los que califican o valoran los hechos, que por lo demás muchas veces también ellos son agentes participantes. Pero también la justificación y legitimidad social de un acto de violencia puede en ocasiones ser contraria a la legalidad positiva, y en esta situación ser los valores e intereses de una comunidad determinada los que presenten mayor peso para la evaluación. Una comunidad puede así oponerse a un gobierno al que consideren malo e injusto mediante actos violentos que, por no formar parte del aparato gubernamental, son legalmente prohibidos. De esta forma la razón, como progreso moral y de civilidad, no presenta una manera unívoca de considerar la violencia, sino que dependerá de los agentes, de los valores y creencias de éstos y de la situación en la que se presenten los hechos violentos.

Ahora bien, este sentido de relación entre violencia y razón no está del todo desligado del primer sentido, sobre todo porque la evaluación valorativa es factible de hacerse tanto a los medios como a los fines considerados por los actores, bajo los que se presenten los actos violentos. Y presenta también otros problemas, como cuando se utiliza la violencia como un medio efectivo en el logro de ciertos fines a corto plazo, pero a costa de grandes pérdidas a largo plazo. O como cuando ciertos fines que se lograrían obtener mediante la violencia son considerados buenos y legítimos por una comunidad o un grupo, pero esto equivale a enormes daños sobre otra comunidad o grupo. Entonces ¿desde qué

perspectiva se haría la evaluación valorativa y, por ende, cómo se consideraría la racionalidad en estos casos?

El primer sentido de esta relación razón-violencia, según señalamos, está referido a la cuestión de los medios y los fines, más concretamente, a la consideración de si la violencia suele ser utilizada como un medio para alcanzar ciertos fines o ella es un fin en si mismo. Desde esta perspectiva la violencia que es considerada como medio se adecuaría a un tipo de consideración racional, la racionalidad instrumental, mientras que aquella que es considerada como un fin en sí misma se consideraría como irracional, por cuanto se considera que una finalidad de esta clase está asentada en cuestiones de tipo emocional, más que racionales. Sin embargo estas relaciones suelen no ser tan sencillas como nos la presentaría el esquema. Veamos más detalladamente el asunto.

Si se considera que son ciertas agrupaciones emotivas (irritativas y placenteras, en la versión de Tobeña) la principal fuente de la agresividad o la violencia, se estaría considerando la violencia como un fin en si mismo, pues el fin consiste en aliviar o colmar esas motivaciones. Aquí estaríamos considerando, por ejemplo, la primera versión de Freud sobre la "pulsión del yo" y su continuación en la teoría de la frustración-agresión, o la distinción de Tobeña de un tipo de agresión impulsiva, con un umbral bajo para la activación de emociones y "poca capacidad para anticipar las consecuencias", así como la parte de las consideraciones de Merton sobre la frustración social, pero también, en cierto sentido, la teoría de la violencia de Pincus, en su consideración de que el maltrato infantil va a generar un impulso violento que, de no poder ser contenido racionalmente, se manifestará en futuros homicidios u otros ataques dañinos. Así, emociones como frustración, ira, odio, temor, etc., desde el lado individual, o fanatismo, nacionalismo exacerbado, venganza étnica, resentimiento de clase, etc., desde el lado social, estarían detrás de las consideraciones de la violencia irracional⁵².

⁵² También pueden tener cabida aquellas acciones violentas que se cometen por el placer que éstas reportan. No es infrecuente que en situaciones como la guerra algunos actos se realizan obteniendo ese placer, hay, por ejemplo, quienes consideran que persiguen a un enemigo como si se fuera de casería. Wolfgang Sofsky por ejemplo nos habla de varias situaciones de violencia en la que el

Y si se considera que la fuente de la violencia y/o agresión está más bien en ser una táctica en la persecución de otros fines (poder, bienes materiales, privilegios personales o colectivos, bienestar social, etc.), se estaría considerando la violencia como un medio que, al ser sopesado y calculado, estaría en consonancia con la racionalidad instrumental. Desde esta perspectiva se pueden apreciar algunas consideraciones de Tobeña cuando nos habla de la agresión como táctica de comportamiento y de la agresión premeditada; las consideraciones de Waldmann sobre la guerra civil, especialmente las referidas a las de motivación política; la parte de Merton referente al comportamiento de innovación que desplaza la normatividad ética hacia reglas tácticas y de eficiencia, y, desde luego, algunas de las formas que adopta la violencia relacional en la perspectiva de Tilly.

Sin embargo, puesto que la relación medios-fines puede variar según se considere cierta amplitud en la sucesión temporal a tomarse en cuenta --como cuando, podemos pensar, alguien asesina a otra persona por venganza y entonces este asesinato, este acto violento, puede ser considerado como un fin en sí mismo visto desde la inmediatez del acto, pero si se considerara que la venganza es una situación necesaria para adquirir cierto estatus u honor en una comunidad determinada, este acto violento podría ser considerado un medio para un futuro logro de estatus, que sería el fin--, entonces la separación entre medios y fines, y por tanto entre racionalidad y emotividad, ya no será tan nítida, ambas parejas de cuestiones pueden tener cabida en la explicación del acto violento y será la perspectiva desde la que se considere el acto (en este caso, de sucesión temporal) la que privilegiará la instrumentalidad o emotividad, la racionalidad o irracionalidad del mismo. De una forma parecida se puede considerar la relación medios-fines --sobre todo en el caso de hechos violentos que implican a varios actores-- cuando consideramos que un mismo acto violento puede tener un sentido diferente para diferentes actores que contribuyen a realizarlo, como cuando dirigentes de alguna lucha armada quieren eliminar a algún bando rival

placer es un elemento importante en su libro *Tratado sobre la violencia*, editorial Abada, 2006, España.

como medio para el control de algún territorio o un bien, mientras que sus seguidores lo buscan como expresión de supuestos odios raciales. Aquí también la instrumentalidad y la emotividad pueden tener cabida, pero será el punto de vista desde el que se analice el que dará mayor relevancia a uno u otro aspecto. Por ejemplo pensemos en un análisis político que privilegia a los actores que toman las decisiones estratégicas, frente a un análisis social que contempla el más amplio sector de los actores subordinados.

Tomando en consideración estas cuestiones (y a partir de esos ejemplos muy esquemáticos y caricaturescos), podemos ver la conjunción de estas relaciones, medios-fines, racionalidad-irracionalidad, desde perspectivas individualistas como la de Tobeña hasta la mayoría de las perspectivas sociales. Veamos por ejemplo el caso de la perspectiva de Segato. ¿La violencia desde su concepción de base patriarcalista, es puramente instrumental en el mantenimiento del dominio de los que en una situación de estatus se presentan como superiores? ¿Al surgir de un “núcleo duro” de una estructura simbólica, no sería la violencia una reacción emotiva ante la sensación de una amenaza a esta estructura? Me parece que las dos cuestiones tienen su importancia dentro de esta perspectiva de Segato. Si el mantenimiento de un orden de estatus es la finalidad última, toda violencia que sea utilizada para conseguirlo puede ser vista como instrumental, pero en la manifestación concreta de esta violencia los actores pueden no participar con plena conciencia de esta relación de medios y fines y actuar emocionalmente, en último término debido a que esta estructura simbólica ha sido interiorizada por los actores (supra, cap 2: 50-56). En cambio, desde la perspectiva de Tilly, esta distinción entre fines y medios puede ser contemplada en los diferentes tipos de violencia que se consideren, y podemos verla referida principalmente en su distinción de “centralidad de la violencia” y “grado de coordinación”. Mientras mayor centralidad tenga la violencia se puede concebir como fin en sí misma, pero mientras más coordinación haya, se podría concebir como más instrumental. Sin embargo, dado que hay tipos de violencia con alta centralidad y coordinación, podemos pensar en esos tipos de violencia como conjugando instrumentalidad y finalidad (supra, cap.2: 83-84).

Contemplamos así que la relación de la violencia con la razón es compleja, pues atiende a consideraciones diferentes de razón, a diferencias en las percepciones de implicados, evaluadores y analistas, a la amplitud temporal desde la que se contemple la violencia, pero también a los diferentes tipos de violencia de las que se trate y las perspectivas desde las que se aborden. Y esto nos llevaría a considerar que una negación y condenación de la violencia por considerarla tajantemente irracional, puede correr el peligro de no apreciar a ésta en sus dimensiones más precisas y ocultar o desdibujar algunos comportamientos o situaciones de violencia realizados desde una postura perfectamente racional⁵³.

En lo referente a la relación de la violencia con el poder partiremos de la distinción que sugiere Susan Strange en su libro *La retira del estado; la difusión del poder en la economía global*, la cual consiste en la diferenciación entre los que ella llama “poder estructural” y “poder relacional”. Ella considera que el poder consiste en “la capacidad de una persona o de un grupo de personas para influir en los resultados, de tal forma que sus preferencias tengan prioridad sobre las preferencias de los demás” (Strange, 2003: 38). Y el ejercicio de este poder puede presentarse en cualquiera de esas dos modalidades, relacional y estructural. El poder relacional sería el ejercido en relaciones directas entre diferentes actores, mientras que el estructural sería el que se ejerce dentro de estructuras más o menos institucionalizadas y en las que de antemano está establecido el lugar y el papel de los diferentes actores, presentándose sobre todo en situaciones jerárquicas. Es también, en cierta forma, un poder indirecto y puede que en muchas ocasiones hasta inconsciente⁵⁴. Y aunque Strange parte de un contexto

⁵³ Por ejemplo, desde la perspectiva de Pincus la violencia aparece no sólo como irracional, sino hasta patológica. Y él la ve manifiestamente en el homicidio. Pero Tobeña comenta, por ejemplo, un estudio sobre asesinos intempestivos en Estados Unidos, asesinos con problemas patológicos (de 102 casos entre 1949-1999, 48 % tenían diagnóstico formal de trastornos psiquiátricos), pero cuyas víctimas no llegaban al 1% del total de homicidios. Muchos de esos otros homicidios ni siquiera llegaron a resolverse y muchos otros tenían que ver más con robos, competencias entre bandas rivales de narcotráfico, etc., es decir, la incidencia de lo puramente instrumental en el homicidio era muy grande (Tobeña, 2001: 103-105).

⁵⁴ Nos dice la autora que el reconocimiento de este poder inconsciente es una contribución de los estudios de género a las relaciones internacionales. Y como ejemplo de cómo actúa este poder

de relaciones interestatales, creo que con cierta libertad podemos extender sus concepciones hasta otros tipos de interacciones, desde las individuales hasta las grupales o de comunidades, sin importar que sean Estados o no.

Ahora bien, la concepción del poder de esta autora sobre la influencia en los resultados y la primacía de preferencias implica, en primer lugar, que el poder está inserto en procesos sociales, no es una posesión; en segundo lugar, que no necesariamente se trata de un sometimiento, sino que esa influencia puede realizarse por medios como el convencimiento, y, en tercer lugar, que esas preferencias pueden ser de diferente índole, desde intereses materiales hasta otros menos tangibles, como algunos valores, creencias o un ordenamiento de estatus y el lugar que se ocupa en él. Sea que se acepte esta concepción amplia de poder o se prefiera otra más restringida referente solamente a lograr que otros hagan lo que uno desea, podemos considerar que la relación que éste tiene con la violencia es que esta última se presenta como un mecanismo que puede ser usado en la consecución de ese poder, es decir, y siguiendo el concepto de violencia dado por Adela Cortina o Martín-Baró más arriba, que se utilice la fuerza rompiendo la tendencia natural de algo, y donde ese algo son los otros individuos sobre los que se ejerce la violencia. Desde esta posición el ejercicio de poder puede recurrir o no a medios violentos. No tiene que ser ni que el poder siempre necesite la violencia para ejercerse, ni que la violencia siempre esté ligada a una forma de poder. Pero en todo caso, cuando se establece esta relación⁵⁵, la violencia también puede adquirir las modalidades de ser relacional o estructural. Veamos esto.

Desde la idea de la competición entre individuos por bienes y territorio, así como la selección de los más fuertes de éstos para la cría y cuidado de la prole o la defensa y gobierno de una comunidad, establecida por Lorenz, y pasando por

inconsciente señala que: “en las parejas el compañero puede no desear ni pretender el control que tiene sobre los resultados que afectan a su compañera. Pero como bien saben muchas mujeres las estructuras sociales en las que se da el emparejamiento se asegurarán de que exista ese poder” (Strange, 2003: 50)

⁵⁵ Cuando decimos que hay una relación no queremos decir que exista una implicación causal de un lado a otro, de violencia a poder o de poder a violencia, simplemente se señala que en un momento determinado estos dos elementos pueden actuar conjuntamente.

las ideas de Tobeña de la agresión como una táctica en la competición social "dirigida a obtener saldos favorables en las interacciones conflictivas" o en la búsqueda de un estatus social para "no tener que estar combatiendo en cada disensión con la que se encuentre" un individuo (supra, cap. 1: 34 y 35), hasta la mayor parte de las perspectivas sociopolíticas descritas, encontramos uno, otro o ambos elementos. Varían, sin embargo, las formas en que se presentan y la importancia que se les concede.

Por ejemplo, viendo más detalladamente algunas perspectivas sociopolíticas, Schmitt parece no atender mucho a la cuestión de poder, sino al de la política. Pero desde su idea de que es una unidad política determinada la que define --por lo demás y en última instancia desde una posición bastante subjetiva-- quienes son amigos y quienes enemigos, así como decide sobre la guerra o la neutralidad, se establece con esta decisión "la posibilidad de disponer abiertamente de la vida de las personas" (supra, cap. 2: 47), y esta capacidad de disponer sobre la vida de otros bien podemos considerarla como una de las manifestaciones más extremas del poder. Ahora bien, ¿qué forma adquiere ese poder? Si se considera la guerra como una lucha entre unidades políticas, este poder puede apreciarse como relacional, pero si se considera la relación al interior de las unidades políticas y su base social, este poder puede considerarse, entonces, como estructural.

Y la situación para otras de las perspectivas en términos generales se puede presentar más o menos clara. Así, para Segato, la relación de la violencia con el poder es muy importante, es central, pues el mantenimiento del poder patriarcal mediante la violencia es base fundamental de su perspectiva, considerando así mismo que la eliminación del poder patriarcal implica la superación de la violencia. Y la forma de poder (y por tanto de la violencia) que privilegia es la estructural, pero sin negar nunca la relacional. En el caso de Aimé Césaire es igualmente importante la relación de la violencia con el poder, pero él considera que no había necesidad absoluta en esta relación, pues, como nos dice, la europeización del mundo no europeo pudo haberse realizado de otra forma que no fuera bajo la bota de Europa (supra, cap. 2: 59). Sin embargo se dio esta

relación, y se presentó con igual importancia para sus dos formas, la relacional y la estructural. En cambio para Tilly, dado el presupuesto relacional de la violencia del que parte y el carácter político que le concede, tanto en su relación con los órganos gubernamentales como en la manifestación reivindicativa de los conflictos en los que se desarrolla la violencia, la relación que se presenta entre violencia y poder adquiere prioritariamente la forma relacional, pero sin negar con ello que en situaciones determinadas la relación también pueda presentarse en su forma estructural.

De esta forma vemos que también aquí nos encontramos con relaciones complejas entre la violencia y el poder, pero que a grandes rasgos se pueden identificar dos maneras de presentarse estas relaciones, la estructural y la relacional. Sin embargo serán los tipos de violencia que se consideren y las perspectivas desde las que se analicen, quienes determinen la relevancia de estas relaciones, así como el considerar si hay implicación necesaria o no entre los elementos violentos y los de poder. No obstante creo que la mayoría de las perspectivas descritas no consideran necesaria la relación, sino que consideran a la violencia como un medio que puede estar disponible para su utilización en la consecución de un poder. Y la utilización de este medio, por otra parte, puede realizarse de manera plenamente consciente o no, considerando que sería más factible denominarla consciente cuando se atiende a las formas relacionales de violencia y poder, mientras que sería más factible de considerarse inconsciente cuando sean estructurales las formas a las que se atiende.

III- Factores relevantes de la violencia

Veamos ahora algunas de las cuestiones que han emergido en las descripciones realizadas de las diferentes perspectivas. Desde la primera perspectiva descrita, la de Darwin, aparecen una serie de elementos que podemos encontrar a lo largo de las demás perspectivas, pero cuyas matizaciones e importancia variarán considerablemente según otros muchos factores con los que se relacionen estos

elementos. Rápidamente señalamos algunos de estos elementos: lucha, cooperación, formación grupal, temor a enemigos y que la agresión tiene una función. Más adelante, con las otras perspectivas, se irán añadiendo algunos otros elementos, como el contexto de organización social, distinción entre motivaciones internas y estímulos externos y su relación, inhibidores y desinhibidores de la violencia, el aprendizaje, jerarquía y dominación, política, etc. Aquí trataremos de ver como se consideran varios de estos elementos y como se relacionan entre si según las diferentes perspectivas. Presentamos, en cierta forma, un resumen de las diferentes perspectivas a partir de ciertos elementos descritos en la exposición.

En el siguiente apartado trataremos más ampliamente la cuestión en que nos hemos centrado; las causas de la violencia. Ahí veremos la distinción causal entre motivaciones internas y estímulos externos, así como las relaciones que se pueden establecer entre ellas, por lo que las consideraciones de instintos, pulsiones, frustración, aprendizaje, socialización o institucionalización serán más consideradas allí. Aquí nos ocuparemos de lucha, agrupación, inhibidores y desinhibidores de la agresión o la violencia y los contextos sociopolíticos en los que se desarrollan y que a la vez condicionan las interacciones agresivas y violentas.

Partimos de algunas ideas de Tobefña, quien considera que las interacciones sociales pueden presentarse como de carácter cooperativo o conflictivo⁵⁶, y que estas situaciones conflictivas se pueden saldar mediante causas pacíficas y negociadores o mediante otros de carácter combativo y violentos. Así desde esta perspectiva la agresión es contemplada como una de las tácticas que la gente utiliza en determinadas interacciones sociales, las

⁵⁶ La distinción entre conflicto y violencia es sumamente importante. Con el primer término generalmente se apunta a una situación de enfrentamiento entre intereses, valores, creencias, que pueden estar presentes desde en un mismo individuo o en más personas, hasta en grupos amplios. Y pueden producir desde angustias, estrés u otros problemas y malestares en las personas enfrentadas en un conflicto. La violencia será una de las modalidades que se adopten para afrontar e intentar solucionar el conflicto (la otra modalidad será la de adoptar estrategias negociadoras). Y muchas veces puede ser vista como la forma más fácil y cómoda de afrontarlo con la perspectiva de no sacrificar nada de esos intereses o creencias. Lo que podemos ver en la consideración de Waldmann cuando dice que, en el nivel de la banalización de la violencia, ésta es utilizada para evitar los conflictos.

caracterizadas como de lucha y combate. El combate, por su parte, puede establecerse por determinados bienes o por estatus social, y en estos combates la agresión puede adquirir una modalidad de defensa o una de ataque y dominio, sin quedar, no obstante, totalmente separadas, pues según la dinámica de la lucha cualquiera de ellas se podría desplazar hacia la otra.

Ahora bien, desde las consideraciones biológicas, estos elementos agrupados por la lucha dan ocasión a que se desarrolle evolutivamente lo que Darwin y Lorenz considerarán un instinto que permite o mueve en los individuos el desarrollo de la agresión, y que en Tobeña estará referido a la creación de factores neuroendocrinos que posibilitan el despliegue de conductas agresivas. Ambas ideas implican el establecimiento de mecanismos internos a la naturaleza de los individuos que permiten los actos violentos. Así, se asume que contextos competitivos permiten la aparición de mecanismos más o menos especializados que maximizan las oportunidades de ganancia, pero que al adquirir una relativa autonomía se pueden manifestar con el despliegue de actos agresivos por sí mismos.

Sin embargo hay quienes consideran inexistentes o no muy importantes estos mecanismos internos y se centran más en las posibilidades que el desarrollo de los individuos tiene en determinados contextos sociales, las que permiten, por medio del aprendizaje, con ocasión de alguna frustración o por obediencia a autoridades sociales, la manifestación de las conductas agresivas. Desde estas perspectivas el contexto relacional de luchas por bienes o estatus en buena medida se diluye en la consideración de un determinado acto discreto, por lo general el de ataque, y se busca su causa en ese aprendizaje, en esa frustración o en una orden. En cierta medida la oposición de los ambientalistas a los innatistas esta en considerar que la naturalización de la agresión/violencia por instintos, pulsiones o funcionamiento cerebral lleva, por una parte, a la dispensa del acto por considerarlo parte de la naturaleza humana o, por la otra, al fatalismo de considerar que así es, ha sido y será la situación en relación a la violencia. Mientras que considerar los factores determinantes para la agresión/violencia de

carácter ambiental, permite considerar que, al conocerlos, estos se puedan controlar o hasta eliminar.

Pero las perspectivas arriba consideradas no se quedan aquí, pues también se van a considerar elementos inhibidores de la agresión y otros elementos relacionados con ellos, como la interpretación de señales externas al individuo que inhiben o, por el contrario, favorecen las conductas agresivas, así como, en especial en el caso del aprendizaje social, los elementos valorativos dependientes socialmente que también contribuyen a esa inhibición o desinhibición. Sin embargo también van adquirir características particulares según las perspectivas, pues si Lorenz, Darwin y Tobeña consideraron una naturalización para los mecanismos agresivos, van a hacerlo también para los mecanismos inhibidores de esa agresión. La cooperación y simpatía para congéneres cercanos en Darwin, los rituales filogenéticos en Lorenz y ciertos mecanismos neuroendocrinos para Tobeña. Pero que en todo caso están también bastante relacionados con los elementos ambientales, pues, por ejemplo, en Lorenz estos rituales filogenéticos que en el hombre no están totalmente desarrollados o que se encuentran ante situaciones rápidamente cambiantes, tienen que complementarse o sustituirse por otros rituales de carácter cultural. Y para Tobeña tanto los elementos agresivos como sus inhibidores están en total dependencia de elementos externos, algunos de los cuales son inmediatos y relacionales y otros de más largo alcance, como el propio aprendizaje y la experiencia vivencial.

Mientras, en el caso de la teoría de la frustración-agresión se señala que la frustración puede predisponer para la agresión, pero serán ciertas señales externas las que informen (o se les interprete como tal) de la viabilidad o no del acto agresivo. En el caso de la teoría del aprendizaje social la situación de la inhibición o desinhibición de la agresión se ve en estrecha relación con un refuerzo valorativo, también aprendido socialmente, que por medio de premios o castigos de la acción violenta aprendida, directa o indirectamente, se va a posibilitar la violencia o su inhibición. Y con respecto al experimento de Milgram sobre la obediencia, se destaca el hecho de que, ante una situación de disconformidad en el terreno de la autoridad, ésta es interpretada como una señal para no acatar la

obediencia y causar daño a otros. Pero también se señala la formación grupal entre la autoridad y quien obedece y la distancia que se establece con la víctima, como dos importantes factores en la desinhibición de la agresión.

Y como mencionamos, la lucha puede establecerse en relación a determinados bienes o a estatus social. Dentro del campo individualista son, aparte de Tobeña, sobre todo Darwin y Lorenz quienes los señalan explícitamente. Darwin lo hace en referencia con la competencia por el alimento y por la procreación, es decir, por los bienes sexuales y alimentarios. Lorenz va a añadir a estos elementos la situación del estatus con la competencia de los más fuertes para el gobierno de una comunidad, pero señalando así mismo que la consecución de ese estatus puede sufrir un desplazamiento hacia la elección de individuos que sean más sabios o tengan mayor experiencia, es decir, que se pase de las características agresivas hacia otras cognitivas. Tobeña considera algo semejante aunque no exactamente igual en su consideración del estatus, pues piensa que si este puede lograrse por medio de acciones agresivas directas, su mantenimiento se consigue por señales simbólicas y rituales, así, en su caso, el desplazamiento de características agresivas a otras cognitivas no estará tanto referidas al logro de estatus, sino sólo a su mantenimiento. Pero en todo caso ambos consideran ya una situación de dominio mediante el estatus relacionada con la agresividad.

Otro de los elementos importantes que hemos visto es el de la consideración de la grupalidad, que sin embargo no será central en las consideraciones individualistas, sino en las consideraciones sobre el nivel social. En el primer nivel es sobre todo Darwin quien considerará esa grupalidad, señalando que ésta es establecida por la cercanía de ciertos individuos que desarrollan lazos de simpatía y cooperación, lo que lleva a temer a los individuos no cercanos como enemigos y a la posibilidad de combatir contra ellos. Pero también los comentadores del experimento de Milgram, como ya señalamos, llegan a considerar la formación grupal como un elemento importante, ya que ésta señala un acercamiento entre los integrantes del grupo y un distanciamiento con

aquel que no lo es, permitiendo con ello que sea más factible el despliegue de violencia contra el extraño.

En relación a las perspectivas sociopolíticas nos encontramos con varios de estos mismos elementos, pero con características, centralidad y relaciones con otros elementos que les da la particularidad de concebir lo social no como mera agrupación de individuos, sino como una entidad con características propias. En relación con el combate las perspectivas más explícitas son las de Schmitt, Waldmann y Tilly. Y están en relación importante con la política. El primero con su consideración de la guerra en general. Pero si este autor parte de considerar la existencia de una naturaleza combativa del ser humano, se concentra sin embargo en los aspectos básicos de uno de los campos constitutivos de la sociedad, el de la política. En ésta la guerra tiene la característica central de ser no sólo un hecho, sino una posibilidad real que determina las coordenadas de lo político en base a la distinción amigo-enemigo. El combate, la lucha, es un elemento central en la conformación de este campo social y, por ende, para todas las interrelaciones que se desarrollan en él.

En la consideración de las guerras civiles de Waldmann, entre tanto, este mismo carácter combativo también es central, pero su relación con la política varía. Ésta puede ser un fundamento de las motivaciones que llevan a la guerra civil, pero no el único. Pueden aparecer otras motivaciones de carácter religioso, económico o personales. La violencia aquí puede presentarse como un medio para determinados fines o presentarse como un fin en sí mismo. Y el grado en que se manifiesta esa violencia está en relación con los objetivos políticos, ya que en la medida en que se abandonan esos objetivos la violencia se ve incrementada y pasa, de ser un medio para objetivos políticos, a ser un fin en sí mismo.

En Tilly, por último, la combatividad se presenta desde las contiendas reivindicativas que asumen el causar daño a personas y objetos como parte más o menos central de su estrategia de actuación. Su relación con la política viene establecida por las categorías de agentes participantes, la participación de los gobiernos y el carácter reivindicativo de dichas contiendas colectivas.

En algunas de estas perspectivas la distinción entre la lucha por bienes o por estatus social es apenas considerada. A Schmitt, por ejemplo, la cuestión de si se lucha por bienes, y que clase de bienes, no le parece relevante para su análisis, pues él se concentra más en que se lucha a partir de la existencia real de un enemigo, sin señalar porque sería considerado así, tan sólo que esta ahí y así se le definió. En Waldmann esta distinción podría considerarse en que la lucha de carácter político es una lucha por estatus, mientras que las otras lo son generalmente por bienes. Mientras que Tilly, por su parte, señala que las reivindicaciones que dan lugar a los combates pueden ser de ambos tipos, pero los encontramos sobre todo concentrados en la consideración que hace de los mecanismos de desigualdad social, esto es, a los mecanismos de explotación y los de acaparamiento de oportunidades. Señalando, así mismo, que no sólo el gobierno hace uso de estos mecanismos, sino también otros grupos políticos y económicos y que son más efectivos y rentables cuando están establecidos en situaciones donde hay divisiones sociales bien establecidas, como las étnicas, las raciales y las de género.

Sin embargo si vemos otras perspectivas la consideración de una lucha por estatus es más importante. Especialmente en la perspectiva de Segato podemos apreciar esto. Pero siempre y cuando advirtamos que ella no consideraría la creación y el mantenimiento de un orden de sumisión-dominio como una lucha, sino simple y llanamente como un ataque⁵⁷, un acto de sometimiento y desposesión de parte de unos individuos hacia otros. Y en la concepción del colonialismo de Césaire se presenta una imagen muy semejante, pero con algo más de atención a la lucha por los bienes, debido a que en esta perspectiva se presenta como fundamental la necesidad económica europea para la expansión colonialista. En ambas perspectivas, entonces, la creación y el mantenimiento de

⁵⁷ Si Segato piensa en que el orden de dominio-sumisión se mantiene mediante la violencia, y Tobeña piensa que lo hace por rituales y símbolos, puede ser, en buena medida, porque al concentrarse este último autor en la agresión se interesa por la parte más inmediata y visible, mientras que Segato piensa en la violencia y se centra en la parte más difusa de ésta (p.e. su concepción de la violencia moral), con lo que los rituales y símbolos que mantienen el orden de estatus son contemplados por nuestra autora como violentos en sí mismos, y no como meras señales cognitivas.

un orden de estatus por medios violentos es de suma importancia, aunque en Segato será el orden de estatus de carácter patriarcal el considerado como central, mientras que en Césaire lo será uno de carácter racial.

En lo referente a los elementos de inhibición y desinhibición de la violencia encontramos en primer lugar las normatividades éticas y jurídicas. Schmitt parte de la posición de que una comprensión adecuada de lo político ayuda a definir mejor el problema de la guerra y, con ello, a que se puedan establecer regulaciones de carácter jurídico tanto para su desencadenamiento como para su desarrollo. Segato considera, por su parte, que el desarrollo y fortalecimiento de los derechos humanos ayudaría a definir, clasificar y meditar sobre todos aquellos comportamientos difusos que sustentan el orden patriarcal y, con ello, a que se les pueda superar. Waldmann también considera la normatividad jurídica como inhibidora de los cauces y grados que presentan la violencia, pero a éstos añade otras regulaciones de carácter político y hasta estratégico. Y considera, además, que un alejamiento de los intereses políticos ha tenido como consecuencia una creciente desinhibición del grado y los alcances de la violencia. En Merton la normatividad presenta más un carácter moral y hasta cultural, y se presenta relacionada con los medios y los fines, esto es, con medios y fines socialmente valorados. Nos propone una relación inversa entre la valorización de estos elementos que afectan a la inhibición o desinhibición de los comportamientos (algunos de los cuales pueden ser violentos); mientras más se valoren los objetivos, menos importancia tendrán los medios normativamente establecidos para llegar a ellos y se aceptarán todo tipo de medios, incluyendo los violentos.

El problema se presenta un poco más complejo en Césaire. Él plantea que el desarrollo de una mentalidad y una ideología etnocentrista, concentrada en Europa, permitió la legitimación, la justificación y la activación de la violencia colonizadora. Pero el proceso de conformación de esta ideología pudo establecerse también a la inversa; que la violencia colonizadora marco la necesidad de una ideología que la justificara y legitimara. En todo caso ambos procesos estuvieron (han estado) estrechamente relacionados, alimentándose uno al otro. Así, el ejercicio de la propia violencia y del poder detrás de ella, se convirtió

en el elemento desinhibidor más importante. No sólo el europeo al tratar a los otros pueblos como bestias se convirtió él mismo en bestia, sino que con ese trato se creó un distanciamiento moral que lo insensibilizaba y eximía de culpa.

Este ejemplo nos conecta también con el último elemento, el de la formación grupal con características combativas. El establecimiento de "grupaldades combativas", según podemos entrever a partir de dos perspectivas que nos sirven de ejemplo, se podría dar en dos modalidades principales. La primera es que ciertos procesos internos de una comunidad determinada la llevan a asumir para ella una *distinción e identidad fuerte*, que la hacen hostil a otras comunidades. Nos parece que es el caso ejemplificado en la perspectiva del colonialismo, donde las necesidades de Europa llevaron a concebir su desarrollo como racional, civilizado y superior a cualquier otra forma de desarrollo. Consideramos que es una distinción fuerte porque ésta consistió en establecer que otras formas de desarrollo, o se adecuaban, sometían o igualaban al desarrollo que Europa ejemplificaba y promovía, o simple y llanamente tenían que desaparecer, justificando con esto el exterminio étnico. No fue sólo marcarse como diferente a otras comunidades señalando algunos rasgos que la caracterizaban y definían, sino considerar que sus características eran las únicas válidas. Con lo que la relación de convivencia e intercambio que podría establecerse con esas otras comunidades desembocó en la hostilidad y el sometimiento de ellas.

La otra idea de creación de grupaldades combativas consiste en que dentro de la dinámica de una relación determinada se desarrollen conflictos a partir de diferencias en intereses, creencias y/o valores, algunos de las cuales se pueden reificar en características determinadas, aduciendo posteriormente que estas características fueron las responsables (motivadoras) de las hostilidades. Este caso nos parece que lo ilustra Charles Tilly cuando considera la relación que con las contiendas colectivas reivindicativas tienen los emprendedores políticos y los especialistas en la violencia. Estas categorías de agentes que pueden activar líneas divisorias, manipular los relatos que sustentan las identidades, ejercer la representación y coordinación de grupos, que de alguna forma controlan medios de ejercer daño y que con todo ello se dedican al acaparamiento de oportunidades

y la explotación, cuentan con una oportunidad especial para trabajar en la creación de esas identidades combativas, las cuales, cuando tienen éxito, se presentarán como con un arraigo profundo, histórica y culturalmente. Aunque hay que señalar que la dinámica propia de las interrelaciones y los contextos sociales y políticos, amplios e inmediatos, también tienen un peso importante en estos procesos.

¿Cómo se percibe esto desde otras perspectivas? En Merton podemos ubicar fácilmente una perspectiva semejante a la de Tilly cuando nos habla del comportamiento que caracteriza como “rebeldía”. Es éste un comportamiento que da lugar a la organización de grupos políticos para busca cambiar un orden social con el que no se está de acuerdo, pero él autor señala que son ciertos elementos de una clase social en ascenso quienes suelen coordinar la frustración y el resentimiento de las clases bajas con el objetivo de ese cambio. Así, a esos actores de clase en ascenso bien podríamos considerarlos como emprendedores políticos, quienes en atención a sus intereses, creencias y valores organizan y coordinan las agrupaciones combativas. Y en general creo que desde este mismo enfoque se puede ver la perspectiva sobre la guerra civil de Waldmann, en especial cuando consideramos el papel que los señores de la guerra tienen en los conflictos más recientes.

En el caso de la perspectiva de Segato quizá sería un tanto descaminado hablar de que ella considera agrupaciones combativas⁵⁸, pero cuando nos habla de dos ejes, dos economías simbólicas, una vertical o de estatus y otra horizontal o de iguales, podemos considerar que se forman agrupaciones a partir de esos ejes. Y de igual importancia es su señalamiento de que para pertenecer al grupo de iguales se requiere de una capacidad de expropiación ejercida en el grupo de desiguales. De esta manera la formación de grupos que atacan, someten y expropián a otros, y que pueden realizarse de maneras diferentes según las relaciones sean raciales, económicas, nacionales o de género, están bien asentadas en la perspectiva de Segato. Y creo que sería más factible considerar este tipo de formación más cercano al primer tipo de agrupación combativa, sobre

⁵⁸ Por la simple cuestión de que ella, como se mencionó más arriba, no considera el establecimiento de una estructura de sumisión-dominio como una lucha, sino como un acto de sometimiento y expropiación.

todo si consideramos su idea del patriarcalismo como una situación que establece que las características de la masculinidad son siempre superiores y mejores, con un valor intrínseco siempre más alto, que las de la feminidad⁵⁹.

En el caso de Schmitt sin embargo esta distinción de las agrupaciones combativas no está presente de manera clara. Él señala simplemente que una unidad política determinada es aquella que cuenta con la capacidad para definir a un enemigo y para decidir en lo referente a la guerra. Cómo se llegue a estas definiciones y decisiones es cosa que no le interese mucho aclarar o, mejor dicho, considera que una comunidad de carácter religioso o económico o de cualquier otro tipo, adquiere carácter político en cuanto pueda definir a un enemigo con la fuerza suficiente para eventualmente llegar a la confrontación bélica. Pero si consideramos su insistencia en que para considerar a un enemigo basta con identificarlo con un otro que es "existencialmente distinto y extraño en un sentido particularmente intensivo" (supra. Cap. 2: 46), podríamos considerar que su perspectiva se acerca más al primer sentido de agrupación combativa. Sin embargo, cómo se de la distinción entre amigo y enemigo no es importante para su perspectiva, lo importante es que se de, que exista, y que esa existencia condiciona y define las interrelaciones en el terreno de lo político.

IV- Sobre la causalidad

Giovanni Arrighi retoma una imagen que Robert Wade utiliza para señalar las dificultades de atribuir prioridad causal a alguno de los elementos presentes en la expansión económica asiática de las últimas décadas, invitando a pensar más en el desciframiento de la combinación de una caja fuerte que en la simple apertura

⁵⁹ Ella realiza un trabajo sobre las muertas de Ciudad Juárez en el que destaca una distinción de lo masculino y lo femenino que bien se puede considerar como una distinción fuerte en el sentido que le damos más arriba. El texto es del 2004 y se llama *Territorio, soberanía y crímenes de segundo Estado: la escritura en el cuerpo de las mujeres asesinadas en Ciudad Juárez*. Pero no cuento con la referencia de su publicación.

de un candado⁶⁰. Esta imagen me parece perfectamente pertinente para la cuestión que nos ocupa, la de establecer una cierta cartografía causal de la violencia según distintas perspectivas. A lo largo de las descripciones que se han venido realizando la violencia se presenta como compleja, con diversas formas de manifestarse y desarrollarse y con causas también diversas. Algunas de estas últimas pueden concebirse como disyuntivas, pero las más de las veces como conjuntivas, actuando en diferentes niveles, como contextos unas y como desencadenantes otras, etc.

Pero la utilización que se hace aquí de la idea de causa es muy amplia. No implicamos únicamente una relación de necesidad, en la que un determinado elemento o factor explicativo llevará necesariamente a un suceso de violencia. Pensamos más bien en que existen elementos o factores que pueden permitir, posibilitar, motivar y desencadenar actos y comportamientos de violencia.

La esquematización que hemos realizado entre elementos ontológicos y situacionales y según consideraciones individuales o sociales, nos permite hacer algunas diferenciaciones en cómo se puede concebir la causalidad. Por ejemplo, desde la posición ontológica individualista, tanto los instintos de Lorenz como las pulsiones de Freud, bien pueden presentarse como *motivadores* para la agresión con que internamente cuentan los individuos, en tanto que los elementos neuroendocrinos de los que nos habla Tobeña pueden considerarse mejor como *posibilitadores* para el desarrollo de la agresión. Pero estos dos tipos de elementos se presentan regularmente como maleables según las situaciones socioculturales ante las que se encuentren. Y desde estas situaciones se pueden destacar algunos elementos que se presentan como *impulsores* de las acciones agresivas/violentas, ser las *causas* identificables, como sucede con las frustraciones o la obediencia a una autoridad determinada que demanda ese tipo de comportamiento o acción.

La relación de necesidad en ninguno de estos casos es total. Quizá consideraciones en el sentido del modelo hidráulico de Lorenz, según el cual el

⁶⁰ Esta imagen la retomo del libro de Giovanni Arrighi *Adam Smith en Pekín; origen y fundamentos del siglo XXI*, editado en España por la editorial Akal (2007), y aparece en la página 259.

instinto agresivo se va acumulando y baja el umbral de los estímulos exteriores que permiten su activación o busca activamente estos estímulos o, como extremo, se activa sin la presencia de estos estímulos, quizá este modelo, decimos, si permite la consideración de cierto grado de necesidad, en el sentido de una relación regular, entre el instinto agresivo y la agresión desencadenada o manifestada de ciertos individuos. Pero aún aquí las consideraciones de Lorenz sobre un parlamento de los instintos que se relacionan y condicionan mutuamente en la manifestación de los comportamientos, hace que la relación de necesidad se tenga que matizar aceptando la existencia de varios factores intervinientes en la manifestación de la agresión. Estas mismas consideraciones valen también para el caso de la pulsión de muerte de Freud, pues ésta siempre encontrará contrapeso en la pulsión de vida, así como también se encontrarán caminos alternativos a la manifestación llana de la agresión, como puede ser el de la sublimación⁶¹.

Algo diferente sucede con el aprendizaje de la violencia. Pese a considerar la teoría del aprendizaje social de Bandura como una perspectiva ambientalista, que resalta los "estímulos externos" para la agresión, contrapuesta a las innatistas, que resaltan las "motivaciones internas", hay que señalar que el aprendizaje en general de la violencia también puede presentar una parte muy importante que la relaciona con las motivaciones internas de los individuos en relación con la agresión/violencia, esto es, considerar que el aprendizaje lleva, en último término, a la interiorización de la violencia. Esta postura la podemos ver en relación con las consideraciones que tanto Pincus como Tobeña desarrollan, en cuanto a que ciertas experiencias vitales condicionan la personalidad y los comportamientos individuales, modulando la madurez de la anatomía y fisiología cerebral.

El primero, sin embargo, rechaza el aprendizaje como una causa de violencia. Pero al señalar que el maltrato infantil prolongado lleva a la creación en estos individuos de un impulso violento que puede manifestarse en la violencia

⁶¹ La sublimación es aquella estrategia inconsciente que permite un desplazamiento del objeto de una pulsión, pero conservando su intensidad. Freud la desarrolla sobre todo en referencia a la sexualidad, con la idea de que la pulsión sexual, en su búsqueda de satisfacción, puede encaminarse a otros objetos, como el desarrollo artístico o la producción científica.

delictiva, señala un camino de internalización de la violencia (aún cuando él no considere explícitamente el maltrato como violencia). Y si consideramos la perspectiva de los discursos institucionales sobre la violencia doméstica, en las que se dice que el maltrato infantil lleva una fuerte carga de aprendizaje en cuanto al uso y padecimiento de la violencia; por una parte, se aprenden estrategias violentas contra los infantes y las mujeres y, por otra parte, mediante la socialización diferencial según el género, los niños aprenden que la utilización de la violencia es un mecanismo normal para defender privilegios o solucionar conflictos, mientras que las niñas aprenderán a que deben soportar la violencia (supra, cap. 2: 84). Entonces el maltrato infantil no sólo es creador de un impulso emotivo agresivo, sino que también permite el aprendizaje de tácticas violentas y a mantener una relación con éstas según la situación social de los individuos⁶².

Si contemplamos el esquema, pero ahora desde las consideraciones sociales, la posición ontológica, que hemos denominado como matriz estructural, presenta cuestiones como la naturaleza del campo de la política, estructuras simbólicas y organizativas e ideologías, que son vistas como las *causas* últimas (o primeras según desde donde se mire) de la violencia. Y pueden considerarse también como *motivos internos* del campo social. Pero estos factores pueden manifestarse de formas diferentes, por ejemplo, la ideología⁶³ eurocentrista, en la perspectiva de Césaire, no sólo *justifica* y *legitima* la violencia, sino que es un elemento *movilizador* para y *motivador* de la violencia, en tanto que las estructuras organizativas y simbólicas, tanto en Segato como en Césaire, pueden considerarse como factores *posibilitadores* y *permisores* para la violencia, pero sin dejar de ser al mismo tiempo también *motivadores* de la misma (especialmente en

⁶² Creo que la diferencia en las posiciones de Pincus y las de los discursos sobre violencia doméstica en relación al maltrato infantil como aprendizaje, podría considerarse en cómo se concibe ese aprendizaje. Si por él se entiende sólo aquel de carácter cognitivo y consiente, entonces tal vez Pincus tenga razón en no considerar el maltrato como aprendizaje, pero si se considera que éste va más allá de lo meramente cognitivo y que puede ser en buena parte inconsciente, entonces la otra postura es perfectamente válida. Por lo demás, esta segunda postura no invalida la de Pincus, sino que en parte la enriquece.

⁶³ Por lo demás esta posición sobre la ideología es válida no sólo para el caso del colonialismo, sino también para todas aquellas situaciones en donde un conflicto determinado se sustente en posiciones ideológicas.

Segato, pues la conservación de esta estructura es lo que exige la violencia). Mientras que en Schmitt la naturaleza de lo político simplemente se asienta en la posibilidad real de los encuentros bélicos. Puesto que las comunidades humanas mantienen como un campo importante de lo social a lo político, y está en la base de este ámbito la distinción de amigo y enemigo, por tanto, la existencia misma de este campo social lleva la *posibilidad* siempre del desarrollo de violencia.

Por su parte, en las perspectivas que denominamos como origen contextual de la violencia, los factores que se toman más en cuenta son vistos como *desencadenantes* de la violencia. Los factores centrales generales serán diferentes según las perspectivas: determinadas interacciones sociales en la perspectiva de Tilly; motivaciones políticas, económicas, religiosas y personales en la de Waldmann, y divergencia entre los fines y medios socialmente valorados y las estructuras sociales de oportunidad en Merton. Estas perspectivas buscan localizar causas más visibles y cercanas para determinados tipos de situaciones violentas, pero no forzosamente niegan factores como los denominados ontológicos. Por ejemplo, cuando Tilly señala su preferencia por la causación relacional en contraste con aquella que se centra en las ideas, dice que es un desafío que “no va más allá de insistir en la importancia de la interacción social para que se generen, se difundan y se lleven a la práctica las ideas que mueven a la violencia”. Y que su perspectiva deja abierta la posibilidad para que su maestro, Barrington Moore, “tenga razón al considerar que las religiones monoteístas promueven una gran intolerancia” y, con ello, gran disposición para ejercer violencia sobre quienes no comparten dicho monoteísmo (Tilly, 2007: 8).

Pero al interior de algunas de estas perspectivas encontramos también otros elementos que guardan relación con ciertas formas que aquí hemos implicado con la causalidad. Waldmann por ejemplo señala un contexto amplio en el que se inscriben las nuevas guerras civiles, el de la decadencia y profunda transformación del Estado nacional. Este contexto *permite* y *posibilita* el surgimiento de la violencia, así como condiciona la forma desregulada que ésta adopta. Sin embargo no es un *motivador*, no puede considerarse *causa* de la violencia, sólo es un escenario en el que, cuando surge la violencia, ésta se puede

desarrollar más fácilmente. Una idea semejante la establece Tilly cuando nos habla de los regímenes políticos y la relación entre capacidad y democracia que ellos pueden tener, como contextos en los que se manifiesta la violencia; algunos permiten más violencia que otros y condicionan la forma en que puede presentarse. Pero en sí mismos estos contextos no son las causas de la violencia.

Especial consideración merece lo que Segato define como violencia moral. Es una forma de violencia, sí, pero también apunta a un proceso que podríamos llamar la “institucionalización” de la violencia. Es un proceso mediante el cual el núcleo del patriarcalismo, que es una estructura simbólica, se va, por así decirlo, a materializar en prácticas determinadas, y también va, a su vez, a diseminarse en ciertos grupos por medio de la socialización de los individuos a través de esas prácticas. De esta forma la estructura simbólica del patriarcalismo se mantiene y recrea constantemente *fijando la violencia* al interior de los grupos y de los individuos.

En cierto sentido, tanto esta “institucionalización” de la violencia como el “aprendizaje” guardan relación; ambas llevan a la internalización, en los individuos y/o en los grupos, de la violencia. Pero se podría considerar que siguen vías opuestas. El aprendizaje, tal como lo referimos más arriba, recorre el camino que va de ciertas prácticas y experiencias vitales al interior del individuo, desarrollando en él motivaciones agresivas y un repertorio de tácticas, que el individuo podrá desplegar en relaciones futuras. La institucionalización de la violencia, por su parte, recorre el camino que va de alguna estructura simbólica (y podríamos añadir, de estructuras organizativas e ideologías) a la cotidianidad de las relaciones grupales, desplegando o posibilitando los actos, comportamientos e interacciones violentas. En general los dos procesos los podríamos considerar como inconscientes y no premeditados, pero sumamente importantes en cuanto a la materialización y fijación, desde los individuos hasta las colectividades, de la agresión/violencia.

Por otra parte, una cuestión muy relacionada con las causas que se inscribe dentro de un ámbito que podemos considerar un tanto metodológico, es la

distinción señalada explícitamente por Lorenz entre el “para qué” y el “por qué” de la agresión/violencia. El primero se concibe como una cierta función que la violencia cumple en determinado sistema, mientras que el segundo atiende a causas más específicas en una situación determinada. Lorenz critica como finalista las consideraciones que lleguen a confundir las causas con la función. Es decir, piensa que mostrar la función que la violencia cumple en determinado sistema no es lo mismo que especificar la causa que la origina en situaciones particulares, y que creer que al señalar esa función con ello se alude a las causas es engañoso y hasta reduccionista, pues reduce la existencia de varios elementos, interrelaciones y contextos al solo hecho de la función.

En su caso, como en el de Darwin, la función que la agresión cumple es la de servir al mantenimiento de las especies, proporcionando una estrategia de comportamiento que las ayude en la búsqueda de alimentos, en la selección sexual y en la protección de las crías y defensa de la comunidad. Pero desde las consideraciones individualistas esta función biológica no es la única. También Freud cree que la agresión puede cumplir una función, específicamente piensa que la pulsión de agresividad, parte constitutiva de la pulsión de muerte, mediante la tensión que mantiene con la pulsión de vida, ayuda al mantenimiento equilibrado de la psique de los individuos, esa es su función.

Desde las consideraciones sociales podemos encontrar una idea de la violencia cumpliendo una función en la perspectiva de Segato. Tal función es la de mantener en pie y reconstituir constantemente el sistema formado por los ejes de estatus y de iguales, es decir, mantener una situación que permita la exacción constante en el eje de desiguales de aquello (bienes, poder simbólico y real, honor, valía, etc.) que es la credencial para participar en el eje de iguales. Y desde luego también encontramos una idea de función en la perspectiva de Césaire, esta vez sirviendo al mantenimiento del poder y los privilegios europeos frente al resto de los continentes, los colonizados.

Para la situación del por qué o las causas más o menos inmediatas de la violencia podemos partir desde las consideraciones del propio Lorenz en lo referente a lo que denomina “análisis de las motivaciones” --según el cual se

tendrían que tomar en cuenta para una situación específica tanto los estímulos externos y los contextos, como las motivaciones internas--, hasta aquellas que sólo hablan de algunos estímulos externos, como es el caso de la teoría de la frustración-agresión. Y desde las consideraciones sociales, podemos encontrar las motivaciones de Waldmann, sean éstas políticas, económicas o personales, así como aquellas que atienden más al contexto de interacciones del orden de las contiendas reivindicativas de Tilly. O también, retomando una idea del discurso transformador sobre la violencia doméstica, considerar factores micro-sociales de vulnerabilidad social y psicológica, como el desempleo, el estrés o el consumo de ciertas drogas. Desde esta postura, por lo tanto, se atiende a ciertas causas que varían según cierto espacio temporal en el que se desarrollen y consideren, viéndose algunas como más inmediatas y otras con ciertas mediaciones.

Ahora bien, retomando la imagen inicial sobre ver la situación causal más como el desciframiento de la combinación de una caja fuerte que como la apertura de un candado, nos encontramos efectivamente que los factores que intervienen en la producción de acciones, comportamientos y sucesos violentos son varios y de muy diversas características, tanto en lo que respecta a su proceder como a su nivel de actuación, lo que afecta o condiciona a la forma en que se presenta la violencia (*agredir físicamente* a alguien con el fin de *arrebatarle* algún *bien* es bastante diferente a *socavarlo moralmente* para *someterlo* a una situación de *dominación*). Es decir que esta amplitud de factores causales para el desarrollo de la violencia se manifiesta también en una variabilidad de formas de violencia. Por esta razón se puede invertir la situación y que sea a partir de las formas de violencia que se consideren las que determinen la búsqueda de los factores causales. Esto puede estar motivado no sólo por posiciones cognitivas, sino también por el intento de soluciones que se da a los hechos violentos. Veamos un poco esto.

Por una parte, se puede intentar localizar actos y comportamientos discretos y más o menos inmediatos. A partir de estos actos es fácil localizar los agentes: aquel o aquellos que realizan el acto y la víctima o víctimas. Es decir, se puede establecer una situación de responsabilidad. Pero no sólo se fincarían

responsabilidades, también con esto se pueden señalar las formas de atención hacia la(s) víctima(as). Las causas de estos actos discretos igualmente podrían ser relativamente fáciles de señalar y, con ello, buscar su eliminación o cuando menos su control, evitando su aparición o repetición. Me parece, por ejemplo, que estas son las ideas que estarían detrás de algunos de los discursos sobre la violencia doméstica que se describieron en el capítulo segundo, sobre todo de aquellos denominados funcionalistas.

Por otra parte, se puede atender a situaciones de violencia más difusas en las que no se busque tanto localizar las causas inmediatas, como el origen o raíz de estas situaciones. Desde esta postura las delimitaciones de los agentes, las responsabilidades y las actuaciones inmediatas en la atención, resultan más difíciles. Pero no sería tanto esto lo que se busque, sino más bien un cambio más o menos profundo, más o menos radical, de las condiciones que permiten el surgimiento de la violencia, basadas en la idea de que el castigo y atención realizados en cada momento en el que surja un acto violento, deja siempre abierta la puerta (o cuando menos la ventana), para que el acto se vuelva a presentar, en otro momento, con otros agentes, si no se atiende a la raíz o el origen de dicha violencia. Pero tampoco se trata de descalificar o negar la primera postura, se trata de ir más allá, de atender situaciones más generales y abarcadoras. Me parece que esta postura está bastante ejemplificada con el discurso transformador referente a la violencia doméstica.

Las ventajas y desventajas de considerar la violencia a partir de actos discretos o situaciones difusas podrían explorarse más, así como la consideración de la sencillez o complejidad de la combinatoria de los elementos y factores, de las situaciones y los contextos. Pero en este trabajo he pretendido tan solo describir e identificar elementos, señalar algunas relaciones de la violencia con algunas otras situaciones sociales, esquematizar niveles de análisis, en unas palabras, cartografiar diversas consideraciones que al respecto de la violencia señalan diferentes autores, desde diferentes perspectivas. No se ha pretendido ni agotar las perspectivas que tocan el tema, ni teorizar sobre él. De hecho no se ha pretendido para nada abordar directamente el tema de la violencia. Por estos

motivos adentrarse y desarrollar teóricamente alguno o varios de estos elementos queda fuera del alcance de este trabajo. Y en cierta forma este intento de cartografía pretendería ser una ayuda para ubicar los elementos, factores, relaciones y contextos desde los que cognitivamente se puede y se ha atendido algunos estudios sobre la violencia, con miras a situarnos mejor en estudios más profundos y particulares sobre el amplio campo de la violencia.

Bibliografía

Asociación Pro Derechos Humanos, *La violencia familiar: actitudes y representaciones sociales*, Ed. Fundamentos, España, 1999

Bauman, Zygmunt, *Modernidad y holocausto*, Ed. Sequitur, Madrid, 2006

Césaire, Aimé, *Discurso sobre el colonialismo*, Ed. Akal, Madrid, 2006

Chemama, Roland y Bernard Vandermersch (directores), *Diccionario del psicoanálisis*, Ed. Amorrortu, Buenos Aires, 2004

Denker, Rolf, *Elucidaciones sobre la agresión*, Ed. Amorrortu, Buenos Aires, 1972

Dowse, Robert y John A. Hughes, *Sociología política*, Ed. Alianza, España, 1999

Fisas, Vicenç (ed), *El sexo de la violencia; género y cultura de la violencia*, Ed. Icaria, Barcelona, 1998

Ghiglieri, Michael P., *El lado oscuro del hombre: los orígenes de la violencia masculina*, Ed. Tusquets, España, 2005

López de Munain, Jacinto Goiburu, *Fuertes contra la violencia*, Ed. Ediciones Universidad de Salamanca, Salamanca, 1996

Lorenz, Konrad, *Sobre la agresión: el pretendido mal*, Ed. S. XXI, México, 1994

Martín-Baró, Ignacio, *Poder, ideología y violencia*, Ed. Trotta, Madrid, 2003

Merton, Robert K., *Teoría y estructura sociales*, Ed. FCE, México, 2002

Pincus M. D., Jonathan H., *Instintos básicos: por qué matan los asesinos*, Ed. Oberon, Madrid, 2003

Schmitt, Carl, *El concepto de lo político*, Ed. Alianza, Madrid, 1999

Segato, Rita Laura, *Las estructuras elementales de la violencia; ensayos sobre género entre la antropología, el psicoanálisis y los derechos humanos*, Ed. Universidad Nacional de Quilmes, Buenos Aires, 2003

Strange, Susan, *La retirada del Estado; la difusión del poder en la economía mundial*, Ed. Icaria e Intermón Oxfam, Barcelona, 2003

Tilly, Charles, *Violencia colectiva*, Ed. Hacer, Barcelona, 2007

Tobeña, Adolf, *anatomía de la agresividad humana; de la violencia infantil al belicismo*, Ed. Galaxia Gütemberg, Barcelona, 2001

Waldmann, Peter y Fernando Reinares, *Sociedades en guerra civil; conflictos violentos de Europa y América Latina*, Ed. Paidós, España, 1999

Wertham, Fredric, *La señal de Caín: sobre la violencia humana*, Ed. S. XXI, México, 1971

Índice genera

Introducción	3
Cap. 1. Perspectivas psicobiológicas sobre la violencia	11
Perspectivas innatistas	12
Perspectivas ambientalistas	22
Relación del innatismo y el ambientalismo	29
Cap. 2. Perspectivas sociopolíticas sobre la violencia	41
Matriz estructural de la violencia	43
Origen contextual de la violencia	61
Relación estructural y contextual de la violencia	84
Cap. 3. Consideraciones generales sobre la violencia	99
Definiciones de violencia y agresión	100
Relación de la violencia con poder, razón e historia	108
Factores relevantes de la violencia	120
Sobre la causalidad	130
Bibliografía	141